LA SERIE DE KNOXVILLE FOOTBALL

ATADOS Y ATRAPADOS



GINA AZZI

ATADOS Y ATRAPADOS

LA SERIE DE KNOXVILLE FOOTBALL
LIBRO 4

GINA AZZI

three cities publishing

Atados y Atrapados

Derechos de autor © 2026 por Gina Azzi

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, así como su distribución, comunicación pública o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros procedimientos, sin la autorización previa y por escrito de la editorial, salvo en los casos permitidos por la ley en materia de propiedad intelectual, en particular las citas breves incorporadas en reseñas críticas o determinados usos no comerciales autorizados legalmente.

Esta obra es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con acontecimientos reales es mera coincidencia.

ATADOS Y ATRAPADOS

Avery Callaway, quarterback de los Knoxville Coyotes, es una leyenda del fútbol americano.

Y cree que soy una acosadora.

Lo prometo: no lo soy. Resulta que, simplemente, vivimos en el mismo edificio.

Además, conozco a los hombres —a los deportistas— como Avery. Egocéntricos, innegablemente encantadores, insultantemente guapos.

Salí con uno una vez, hasta que me rompió el corazón.

Pero eso fue hace mucho. Y gracias a aquello ahora soy más lista, más ambiciosa y mucho más disciplinada.

De hecho, estoy en Tennessee únicamente para conseguir mi doctorado en ornitología.

Entonces, ¿cuál es el problema? Que mi visado está atrapado en un laberinto de papeleo interminable, que corro el riesgo de perder la carrera de mis sueños… y que Avery Callaway me ha propuesto matrimonio.

Sé que sus razones son egoístas. Que su motivo es puramente personal.

Sé que nuestro matrimonio no es más que un acuerdo.

Tengo que recordarlo cuando Avery me demuestra su apoyo de formas que jamás habría imaginado.

Hace que me sienta importante. Cuidada y amada.

Pero ¿es real?

¿O estar atada al quarterback supondrá un golpe que ninguno de los dos ve venir?

ÍNDICE

1. Avery
2. Valentina
3. Avery
4. Valentina
5. Avery
6. Valentina
7. Avery
8. Valentina
9. Avery
10. Valentina
11. Avery
12. Valentina
13. Avery
14. Valentina
15. Avery
16. Valentina
17. Avery
18. Valentina
19. Avery
20. Valentina
21. Avery
22. Valentina
23. Avery
24. Valentina
25. Avery
26. Valentina
27. Avery
28. Valentina

El Último Tanto
También de Gina Azzi
Sobre la autora

1

AVERY

—ESTÁ PRECIOSA —murmura mamá a mi lado, alzando la copa de champán hasta los labios—. Me encanta verla así de feliz.

Da un sorbo, pero no aparta la mirada de mi hermana Raia.

—A mí también —respondo. Y es verdad.

Raia irradia felicidad mientras contempla a su prometido —mi mejor amigo y compañero de equipo—, Cohen Campbell. Cuando me enteré hace un año de que estaban saliendo, no fue la noticia soñada. Pero lo que me dolió no fue la relación en sí, sino que me lo ocultaran.

La realidad es que Raia y Cohen encajan a la perfección. Si tuviera que elegir un hombre para mi hermana, no habría nadie mejor que Cohen. Sé que la respetará y la querrá como merece. Y ella… nunca la había visto tan segura, tan en paz, tan feliz como ahora, con el anillo de compromiso brillando en su dedo anular.

Están eufóricos, enamorados de una forma que yo todavía no he vivido.

Le doy un trago a mi champán y recorro la sala con la mirada. Está abarrotada: mis compañeros de los Coyotes, los de fútbol americano, los de Raia del equipo de fútbol, nuestra familia, amigos… Todos celebrando. Y de pronto tengo la incómoda sensación de que soy el único que se ha quedado fuera del juego.

Cohen y Raia van a casarse.

West y Nova tienen una niña preciosa.

Joder, hasta Talon, nuestro kicker, está en las nubes con su novia, Leni, la hija del entrenador.

Nuestra prima Anna rehízo su vida con Brooks, el ex de Raia. Y las amigas del internado han venido todas con pareja.

Solo yo voy por libre.

Puede que tenga fama de ir cambiando de chica cada semana, pero no he tenido nada real —algo profundo, de verdad— desde hace años. No desde que rompí con mi novia del instituto, Mila, engañándola en un escándalo que le destrozó el corazón, sacudió a toda nuestra pequeña comunidad y me obligó a mirarme al espejo con desprecio. Sí, era joven. Y Mila estaba atravesando un duelo terrible por la muerte de sus padres. Me convencí de que ya nos habíamos distanciado, de que pensaba dejarlo incluso antes del accidente.

Pero lo gestioné fatal.

¿Qué clase de hombre le hace algo así a una mujer —a una persona— a la que dice querer?

Después de la ruptura, Mila perdió su trabajo con los Coyotes. Y yo… yo crucé el incendio y salí al otro lado convertido en el Hombre Más Sexy de América. Desde fuera parecía que todo me sonreía, pero por dentro me ahogué en culpa y vergüenza durante años.

Y hay días en los que todavía no puedo sostenerme la mirada en el espejo.

He intentado compensarlo. Hablé con Mila, aclaramos las cosas y le deseé lo mejor cuando empezó algo con la estrella del hockey Devon Hardt. Me esforcé por reforzar la relación con mis padres y con Raia. Por ser mejor amigo para Cohen. Por convertirme en un líder sólido para mis compañeros.

Y aun así sigo solo.

Sigo buscando algo. A alguien.

Suspiro y apuro el champán. Le quito a mamá la copa vacía de la mano.

—Ahora vuelvo con más.

Mamá me dedica una sonrisa cálida.

—Tú también estás muy guapo esta noche, Avery.

Resoplo.

—No hace falta que me digas cosas bonitas. Es la noche de Raia.

Inclina la cabeza.

—Lo sé. Pero me duele ver a cualquiera de mis hijos pasándolo mal.

Me doy la vuelta antes de contestar. ¿Eso es lo que estoy haciendo? ¿Pasarlo mal?

Tenía que ser ella quien lo notara, justo en una sala llena de gente que celebra.

La vergüenza casi me asfixia mientras me dirijo a la barra. ¿Qué dice eso de mí? Mi hermana flotando en una nube y yo aquí, revolcándome en mis propios demonios. Es asqueroso.

—Vaya, qué sorpresa verte por aquí —bromea el abuelo cuando me planto frente a la barra.

—Podría decir lo mismo, viejo.

Bufa entre dientes y hace un gesto al camarero para que le sirva otro whisky.

—Y un pinot grigio —añade.

Levanto las dos copas vacías de champán y el camarero asiente, manos a la obra.

—Mírale los ojos —suspira el abuelo, sonriendo hacia Raia—. Le brillan. Está desbordando felicidad.

—Los dos —confirmo, fijándome en la sonrisa bobalicona de Cohen mientras su hermano Cooper le rodea el hombro.

El abuelo me mira de reojo, pensativo.

—Siempre pensé que serías tú quien se casara con Mila.

Me aclaro la garganta. Mi familia, pese a la decepción enorme que se llevó conmigo cuando engañé a Mila, nunca me dio la espalda. Ni siquiera eso —su perdón, el de ella— consigue aliviar el peso. Al contrario, ensancha el desprecio que siento por mí mismo y multiplica los remordimientos.

El abuelo niega con la cabeza, agradece el whisky al camarero y deja un billete doblado de veinte dólares en el bote de propinas. Da un trago y chasquea los labios.

—No todo el mundo está hecho para esto —dice, paseando la mirada por la sala—. El matrimonio, los hijos, la casita con valla blanca.

Se encoge de hombros, pero detecto la decepción en su tono.

Él pensaba que yo sí estaba hecho para eso. Es el hombre de familia por excelencia. El que todavía baila en la cocina con la abuela y compra la marca de detergente que a ella le gusta, aunque cueste tres euros más que la otra. El que casi no se perdió casi ninguno de mis partidos, ni de Raia o Anna, cuando éramos pequeños.

Duele que no me vea capaz de llenar unos zapatos así. Y peor aún es saber que no lo dijo para herirme. Fue un comentario lanzado al aire. Un consuelo.

Asiento mientras se aleja, deteniéndose para besar a la abuela en la mejilla y entregarle el pinot grigio.

Vuelvo hacia el camarero, le doy las gracias, dejo otro billete de veinte en el bote y voy en busca de mamá.

La encuentro riéndose con su hermana, mi tía Karen.

—Aquí tenéis —digo, pasándoles una copa a cada una.

—Ay, gracias, Avery —sonríe la tía Karen—. Tu madre me estaba contando los sitios que Raia y Cohen están valorando para la boda. ¡Va a ser preciosa!

—Lo será —asiento.

—Eh, tío —dice Talon, dándome una palmada en la espalda—. Ven a contarle a West lo de tu acosadora.

—¿Tienes una acosadora? —jadea la tía Karen, llevándose la mano al colgante de perla que cuelga de su cuello.

—Avery —me reprende mamá. Alza las cejas como diciendo: ¿y eso no pensabas contármelo?

—Es inofensivo. —Hago un gesto con la muñeca—. Es más una broma que otra cosa.

Lanzo una mirada a Talon mientras me aparto de mi tía y de mamá.

Él articula un "perdón" en silencio y hace una mueca.

—Talon dice que esa chica apareció en varios entrenamientos de puertas abiertas —se ríe West cuando me acerco a él, a Talon y a Leni.

—¿La has vuelto a ver desde entonces? —pregunta Leni, frunciendo el ceño. Hace poco salió de una relación horrible con un ex abusivo y detesto que este tema pueda removerle algo.

Niego con la cabeza.

—No transmite nada raro. Quizá lo de acosadora fue exagerado —rectifico—. Es solo que me la cruzo constantemente en el edificio, en el vestíbulo, en el gimnasio… por el barrio. Y la forma en que me mira…

—¿Le gustas? —aventura West.

—Más bien lo contrario —aclaro—. Es como si me estuviera… estudiando.

Talon suelta una carcajada y West se parte.

West niega con la cabeza.

—Tío, tu vida es rarísima. —Mira por encima del hombro y sonríe al ver a Nova—. Menos mal que ya pasé la etapa de intentar descifrar la mente femenina.

—Amén —coincide Talon, rodeando la cintura de Leni con el brazo.

Ella se inclina hacia él y suspira, satisfecha.

Ojalá no le hubiera dado mi champán a la tía Karen. Ahora mismo me vendría de lujo el alcohol. O algo más fuerte.

—¿Alguien quiere otra? —propongo, señalando la barra.

—Estoy bien —dice West, levantando su cerveza casi llena.

—Ve ahora, antes de que empiecen los brindis —me aconseja Leni.

Asiento y me escabullo de la conversación para volver a la barra.

—¿Otro champán? —supone el camarero.

—Ponme algo más fuerte, tío.

Me dedica una mirada cómplice y me sirve el mismo whisky que está bebiendo el abuelo.

Le doy un trago al líquido ámbar y disfruto del ardor mientras baja por mi garganta. Entonces me giro hacia el frente de la sala al oír el tintineo de un tenedor golpeando una copa.

Mi hermana sostiene un micrófono. Cohen está a su lado, con el brazo rodeándole la cintura y la mano apoyada en su cadera.

—¡Hola a todos! —saluda Raia, agitando la mano con timidez. El murmullo se apaga y todas las miradas se centran en ellos—. Queremos daros las gracias por estar aquí esta noche celebrando con nosotros.

—¡Estamos en semana de descanso! —grita uno de mis compañeros, creo que Gage Gutiérrez—. ¡No hay otro sitio donde prefiramos estar!

Sí, definitivamente es Gage.

Las risas llenan la sala.

—Es verdad —admite Raia—. Cohen y yo estamos inmensamente agradecidos de que forméis parte de nuestras vidas.

Mientras continúa agradeciendo a familiares y amigos, observo cómo la gente se agrupa.

Parejas. Amigos de toda la vida. Familiares.

Yo me quedo junto a la barra, al margen del grupo. Siempre al margen y, sin embargo, para todos, en el centro.

Es una sensación extraña. Un viaje mental.

Todos me miran y creen que llevo una vida glamurosa. Quarterback de los Knoxville Coyotes. Avery Callaway, el Hombre Más Sexy del Año.

Pero la realidad es que estoy solo. Hay días en los que me limito a cumplir. Y la mayoría de ellos estoy harto de mis propias mierdas.

Por una vez, me gustaría que alguien esperara más de mí.

No en el campo ni en mi carrera. En la vida. En lo personal. Como hombre.

Recorro con la mirada el salón lleno de ruido y me duele que ninguna de esas personas esté en ese lugar conmigo.

Me siguen dando vía libre.

Y no la merezco. Hace mucho que no.

ESTOY AGOTADO cuando llego a la puerta principal de mi edificio. A mi alrededor, el centro de Knoxville bulle de vida. El conductor del

Uber se detiene junto a la acera y levanto la mano para indicarle que puede marcharse.

Mientras se aleja, observo cómo las luces traseras de su Tesla se difuminan en la noche. Echo la cabeza hacia atrás y contemplo el edificio. Vivo en el séptimo piso. Mi apartamento está completamente a oscuras. No dejé ninguna luz encendida. No hay nada que invite a entrar. De hecho, ahora mismo no me apetece subir en el ascensor y sentarme en ese espacio vacío. Solo.

Sacudo la cabeza, intentando desprenderme de este ánimo turbio, de esta energía inquieta. En lugar de entrar, doblo la esquina. Hay un bar de barrio que nunca está ni demasiado lleno ni demasiado vacío. Es punto de encuentro para los vecinos y, a la vez, un sitio acogedor donde algún turista despistado puede tomarse una pinta.

Me cuelo en el Sal's Sports Bar y suspiro aliviado. Me tomaré una cerveza, veré el partido que estén poniendo en la tele y dejaré que el murmullo de desconocidos me envuelva. Luego me iré a casa y caeré rendido.

Estoy a punto de sentarme en la barra cuando la veo. O mejor dicho, cuando la oigo.

Tiene el móvil pegado a la oreja y habla en español, rápido, entrecortado. Su tono roza el pánico. Me fijo en cómo sus uñas —cortas, limpias, sin esmalte— repiquetean contra la madera de la barra.

Melena larga y rizada, ligeramente encrespada. Ojos azul verdosos que normalmente rebosan curiosidad y ahora parecen al borde del colapso. Un puñado adorable de pecas cruzándole el puente de la nariz. Y el jersey más informe que he visto jamás sobre el cuerpo de una mujer.

Es mi acosadora.

2

VALENTINA

—TE PEDÍ que no te metieras —le recuerdo a mi padre, con la voz tensa, cortante.

—Vale… —suspira con pesadez, usando mi apodo. Me lo imagino frotándose los ojos, esos dedos largos deslizándose por la frente—. Solo intentaba ayudar.

Me muerdo la lengua. No dudo de su intención. El problema es que cada vez que mi familia intenta ayudar, lo estropea aún más. Mi mundo —la universidad, la investigación— no tiene nada que ver con el suyo: el fútbol. O, como lo llaman aquí en Estados Unidos, soccer.

Mi padre es considerado uno de los mejores futbolistas de todos los tiempos.

Rubén García. Cinco Balones de Oro. Varias Botas de Oro, Pichichis de la Liga. Dos mundiales. Entrenador del Año de la FIFA. Es una institución, una leyenda viva. Un nombre que todo el mundo conoce, sobre todo en Europa.

Mi hermano, Alejandro, ha seguido sus pasos. Algunos ya especulan con que Ale superará los logros de papá. En reconocimiento mediático, desde luego, ya lo ha hecho. A medida que el fútbol gana popularidad en Estados Unidos y Canadá, sus contratos publicitarios lo han llevado a portadas de revistas y a

gigantescos carteles en Times Square, en Nueva York, y en Dundas Square, en Toronto.

Mi hermana, Carla, juega en los Chicago Tornadoes y se ha convertido en referente para las niñas que practican deporte, además de embajadora de varias marcas internacionales de cosmética.

Mamá ha celebrado cada triunfo volcándose por completo en ese universo. Ahora es el único que conoce.

Y ahí está el problema. Salvo mi abuela, nadie en mi familia entiende quién soy ni lo que me apasiona. Soy la hija de en medio, la rara, atrapada entre dos atletas de élite. Mi obsesión por los estudios, la investigación y todo lo relacionado con la ornitología ha pasado casi desapercibida en casa. Y cuando, de vez en cuando, muestran interés o intentan echar una mano, rara vez sirve de algo.

Como ahora.

—Papá. —Respiro hondo, intentando armarme de paciencia, y clavo la vista en mi copa vacía—. ¿Qué dijo exactamente el abogado?

Busco la mirada del camarero mientras escucho a mi padre titubear al otro lado del teléfono. Le indico que me ponga otra copa de vino. Una más de la cuenta para mí.

Ya noto el efecto de la primera, y beber así, rápido y con el estómago vacío, es una receta para el desastre. Pero mientras el silencio de papá se alarga, sé que mi futuro también va en esa dirección.

—Es la maldita burocracia —acaba diciendo.

Cierro los ojos, resignada.

—Me han denegado el visado.

—Por ahora —admite, a regañadientes.

—Papá… —murmuro. Se me retuerce el estómago y siento cómo la sangre abandona mi rostro—. Me mudé aquí, a Tennessee, por esta mentoría. Si no puedo trabajar con la doctora Mendoza, si no puedo publicar con él, entonces…

—Lo sé, lo sé —me interrumpe. La vergüenza tiñe su voz. Sé que se arrepiente de haber metido la mano en mi proceso de visado. Es muy propio de él pensar que su nombre, su influencia, bastarían

para allanar el camino. Pero ese tipo de empujones no funcionan con el sistema de inmigración estadounidense—. Encontrarás otra solución. Siempre has sabido arreglártelas, Valentina.

Suelto una risa breve, casi un resoplido. Además de no comprender la carrera que quiero construir —un doctorado en Ecología y Biología Evolutiva, docencia universitaria, una plaza con opción a titularidad y publicaciones académicas—, su fe ciega en que "ya me apañaré" resulta tan cómica como frustrante. No se improvisa otra vía para quedarse en un país cuando tu visado no ha sido aprobado.

—Vale —susurro. De acuerdo.

—El mes que viene voy a Estados Unidos por el partido de Carla —continúa.

Claro que sí. Papá entiende de fútbol. Él y mamá, junto con mis abuelos, asisten a todos los partidos posibles de Ale y Carla.

—Intenta subir a Chicago —añade.

Me aclaro la garganta, tragándome la punzada de decepción al comprobar que no ofrece venir aquí. A Knoxville. A ver dónde vivo. A interesarse por la investigación que estoy llevando a cabo.

—Iré —respondo al final. Si ellos no vienen, ya me desplazaré yo a Chicago. Es lo que se espera de mí. Y yo siempre cumplo con lo que se espera.

—Mantén la cabeza alta, Vale. Todo saldrá bien —concluye antes de despedirse.

Cuelgo y dejo el móvil sobre la barra. Rodeo con los dedos el tallo de la copa y doy dos grandes tragos, esperando que el alcohol apague la espiral de pensamientos que me taladra la mente.

Si pierdo esta mentoría, ¿qué será de mi carrera?

Si no termino esta investigación, ¿la retomará alguien más? ¿O todo el trabajo de estos meses habrá sido en vano?

¿Cómo voy a optar a una plaza de profesora ayudante si pierdo mis referencias académicas?

¿Por qué papá tuvo que meterse cuando le pedí que no lo hiciera?

Confía en el proceso, fueron exactamente mis palabras.

Haré una llamada, fueron las suyas.

Dejo la copa casi vacía sobre la barra y suelto un suspiro.

—Qué casualidad verte por aquí —dice una voz masculina a mi lado.

Giro en el taburete y me encuentro cara a cara con Avery Callaway, el quarterback estrella de los Knoxville Coyotes de fútbol americano.

Alzo una ceja.

—¿Ah, sí? —murmuro. Vive en mi mismo edificio. Que frecuentemos los mismos sitios del barrio no tiene nada de sorprendente.

—Sí —continúa, apoyando los codos en la barra. Entre sus manos descansa una pinta recién servida—. Últimamente te veo por todas partes. En el campo, en el vestíbulo del edificio, en cafeterías… y ahora aquí.

Me observa como si esperara una confesión.

¿Y qué se supone que tengo que decir?

Le sostengo la mirada, aguardando a que siga.

Tras varios segundos de silencio, suspira.

—Mira, seguro que eres una chica maja, así que te lo diré con delicadeza. Que te guste me halaga. De verdad. Si quieres un autógrafo o una foto, puedo firmarte lo que quieras —señala una servilleta de papel— o sonreír para un selfie. —Echa un vistazo a mi móvil—. Pero aparecer siempre en los mismos sitios que yo… eso tiene que acabar.

Se me abre la boca sin que pueda evitarlo.

¿Esto va en serio?

Una burbuja de risa, envuelta en un filo irracional de frustración, me sube desde el estómago hasta la garganta.

—¿Te crees que te estoy… acosando? —escupo, con más hostilidad de la que pretendía.

Se echa ligeramente hacia atrás al percibir el veneno en mi tono. La duda cruza su expresión.

—Es tan típico de vosotros —continúo.

Sus cejas se disparan hasta casi perderse en su línea del pelo.

—¿Típico de mí?

—Sí, de ti. —Hago un gesto vago con la mano en su dirección—. De los deportistas en general —añado, incapaz de frenarme. Con la conversación con papá aún palpitándome en la cabeza, sigo—. Os pensáis que el mundo gira a vuestro alrededor. Que sois el centro de la historia de todos los demás. Pues sorpresa: a veces no lo sois.

Avery frunce el ceño, mirándome como si acabara de hablar en otro idioma.

—¿Qué…? —Niega con la cabeza—. ¿Qué haces aquí?

—Tomarme una copa de vino y desahogarme después de una conversación de lo más frustrante con mi papá —replico, seca—. Y si me has visto en el vestíbulo de tu edificio es porque, sorpresa otra vez, yo también vivo allí.

Se incorpora, sorprendido.

—Pero el estadio…

—No voy a tu campo de fútbol porque sea fan tuya. Estuve allí dos veces porque Raia y Carla me arrastraron. Nuestras hermanas son amigas —explico despacio, vocalizando cada palabra.

—Eso ya lo sé —salta él.

—Raia, que por cierto me cae genial, quería apoyar a Cohen. Y, supongo, a ti. —Hago un gesto hacia él, intentando suavizar la mueca de desdén que se me dibuja en los labios mientras fulmino con la mirada al engreído quarterback—. No te estoy acosando. No quiero que me firmes nada ni que sonrías para un selfie estúpido. Solo estoy… Dios, intentando vivir mi vida. Igual que tú.

—Joder —murmura, visiblemente horrorizado.

Al ver la mezcla de desconcierto y humillación en su rostro, mi enfado se atenúa.

—Yo… —Avery cierra los ojos—. Soy un capullo.

Ante su admisión, se me escapa una carcajada.

—Sinceramente, lo entiendo.

Abre los ojos de golpe.

—¿Lo entiendes?

—Claro. Estoy emparentada con varios atletas de élite. Sois todos bastante egocéntricos.

Se ríe ante mi diagnóstico, sin ofenderse lo más mínimo.

—Eso es verdad.

Asiento.

Se gira del todo hacia mí.

—Perdona por haber sido un idiota y dar por hecho algo tan horrible.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. —Niega con la cabeza y me tiende la mano—. ¿Empezamos de cero? Soy Avery.

Suspiro y coloco mi mano en la suya. Me sorprende el calor de sus dedos al cerrarse alrededor de mi palma.

—Valentina.

Avery se frota la nuca, incómodo.

—Mira, Valentina, lo siento. —Se muerde el labio, dudando—. He tenido acosadoras antes y…

Se desliza en el taburete a mi lado. Me mira directamente a los ojos. Aspiro aire, desconcertada por la disculpa que flota en el fondo de sus iris oscuros. Gris carbón.

—No debería haberte abordado así.

—Gracias —murmuro, apurando el vino.

—Al menos déjame invitarte a otra —dice, llamando al camarero. Hace un gesto para que rellene mi copa y añade un pedido de chupitos.

La cabeza me da vueltas. Y aunque estoy casi segura de que es por el alcohol, una parte de mí se pregunta si no será por su cercanía. Tendría que estar muerta —algo que Carla me ha insinuado más de una vez— para no notar lo atractivo que es Avery.

Alto. Musculoso. Imponente. El pelo castaño claro perfectamente recortado, aunque lo bastante largo como para que pueda pasarse la mano por él. Sus ojos son intensos, penetrantes. De esos que te dejan clavada en el sitio y parecen mirar más allá de la superficie.

Su cuerpo vibra con una energía inquieta, latente bajo la piel. La reconozco. La he visto en Ale. Y, a veces, en papá.

Emana de él. Me atrae y, al mismo tiempo, me mantiene a distancia.

Me llama… y me advierte.

Pero hay algo más. Con Avery hay un filo que mi hermano y mi padre no tienen.

El aroma de su colonia me envuelve: especiado, caro. Viste pantalón de vestir azul marino y camisa blanca abotonada. Lleva las mangas remangadas hasta los antebrazos y mi mirada recorre desde sus codos hasta las puntas de sus dedos. Esos brazos han sido responsables de más de una victoria en la Super Bowl.

Ahora que la frustración se ha disipado, su presencia me arrolla. No porque sea deportista —por Dios, he crecido rodeada de ellos—, sino porque es un hombre que me está mirando como si realmente me viera.

Como si quisiera conocerme.

Es desconcertante. Embriagador. Me abanico con la mano, notando cómo el calor me sube por el cuello y me deja descolocada.

—¿Estás bien? —pregunta Avery. La preocupación en su voz tira de algo en el centro de mi pecho y lo afloja.

—No suelo beber tanto.

—Perdona. —Hace una mueca y vuelve a llamar al camarero—. No te bebas el vino. Te pido agua.

—No. —Niego con la cabeza—. Está bien. Esta noche me estoy… recreando en mi propia miseria.

Sus cejas se fruncen en forma de V sobre el puente de la nariz.

—¿Ruptura horrible?

¿Ruptura? Me echo a reír.

—No, nada de eso.

—Entonces, ¿qué pasa?

Lo miro y vuelvo a negar con la cabeza.

—No lo entenderías.

Sonríe.

—¿Porque soy un jugador de fútbol que cree que el mundo gira a su alrededor?

Le devuelvo la sonrisa, aliviada de que no me esté guardando rencor por mis palabras.

—Porque tienes pasaporte estadounidense —aclaro.

Resopla divertido.

—No dejas de sorprenderme, Valentina. Siento que nunca sé qué va a salir de tu boca.

Suelto una risita.

—Nadie ha dicho jamás eso de mí. Soy la predecible García.

Avery se encoge de hombros y sonríe.

—No es la impresión que tengo.

Destapa la botella de agua que el camarero deja frente a nosotros y me la pasa.

Doy un pequeño sorbo antes de dejarla y envolver con los dedos el tallo de la copa de vino.

—No estoy teniendo una gran noche —admito.

—Ya me había dado cuenta. —Echa un vistazo alrededor del bar —. Si te soy sincero, yo tampoco.

Choco mi copa contra su pinta y bebo. El vino blanco seco se desliza por mi garganta, adormeciendo el enfado y sustituyéndolo por… otro tipo de calor. Uno que rara vez me permito explorar.

Arrugo la nariz.

—¿Cita desastrosa?

—No —ríe—. Nada de eso. Es solo que estoy en un momento raro. Esta noche era la fiesta de compromiso de Raia.

—¡Ah! Claro. —Asiento.

Avery niega con la cabeza.

—No vi a tu hermana allí.

—Carla estaba fatal por no poder ir. Pero este fin de semana organiza en Nueva York un baby shower para la que fue su capitana.

—Ah.

Asiente, pero la sombra en su rostro no desaparece.

Frunzo el ceño.

—¿No te hace ilusión el compromiso? Creía que Cohen era tu mejor amigo.

Avery da un largo trago a su cerveza.

—Lo es. No es eso. Me alegro muchísimo por Raia y por él. Son la pareja perfecta.

No añade nada más, pero la tristeza cruza sus ojos y, por un segundo, parece mayor.

El ambiente cambia y lo entiendo. Es extraño que pueda leer lo que no dice. Quizá sea el vino…

—Quieres tener lo mismo con alguien —murmuro, completando la frase que se queda en el aire.

Levanta la mirada hacia mí. Ahora sus ojos son de un gris más claro, cargados de un deseo profundo de ser comprendido. Es una mirada que conozco bien porque yo la llevo puesta demasiadas veces. Siempre me siento fuera de lugar. Aparte.

Pero jamás habría atribuido ese sentimiento al quarterback estrella del estado.

—Nunca tendré eso —afirma, con una seguridad que me desconcierta—. No lo merezco.

Frunzo el ceño ante su elección de palabras. ¿Por qué no? Estoy a punto de preguntarlo, pero se adelanta.

—Pero me gustaría tener algo —añade.

—Sí —susurro, asintiendo. A mí también me gustaría tener algo. Y aunque creo que lo merezco, dudo que llegue a encontrarlo—. Los hombres me ven demasiado rara para salir conmigo —suelto de golpe.

Se ríe, mirándome con una sonrisa amplia. La curiosidad reemplaza la tristeza en sus ojos, y me gusta haber sido yo quien se la haya provocado.

—Me cuesta creerlo.

—Pues deberías. Creíste que te estaba acosando.

Sus ojos brillan cuando me observa.

—Cierto. Vale, Valentina.

Se gira en el taburete, una de sus rodillas rozando la mía antes de recolocarse. Ahora me enfrenta de lleno. Mis rodillas quedan atrapadas entre las suyas.

Da un largo trago a la cerveza, deja el vaso y me mira fijamente.

—Tu turno. ¿Qué es lo que no entiendo?

Suspiro con pesadez y doy otro sorbo al vino.

—Puede que me deporten.

3

AVERY

—¿QUÉ? —suelto, casi gritando, mientras la sorpresa me sacude—. ¿Deportada? ¿Estás… intentando intentando quedarte en el país?

Lo juro, todo lo que sale de la boca de esta mujer es inesperado. Y, aun así, es divertido. Un soplo de aire fresco.

Nada que ver con la acosadora que imaginaba que era.

Valentina García pertenece a una poderosa familia del fútbol cuyo nombre y reconocimiento de marca dominan Europa y ya han echado raíces en Norteamérica.

No se parece en absoluto a su Hermana pequeña, que es un auténtico torbellino, ni a su imponente hermano mayor del que he oído tantas historias. Ella es… diferente. Más reservada y discreta… al menos hasta que abre la boca. En ese momento no tiene ningún problema en decir exactamente lo que piensa.

Y, sin embargo, por el rubor que no deja de extenderse por sus mejillas, tengo la impresión de que no es así con todo el mundo. Pero conmigo, esta noche, está siendo… ella misma.

Resulta refrescante.

Las pocas veces que la vi en el campo de fútbol parecía reservada. Casi distante.

Pero la mujer con la que estoy hablando ahora tiene lengua afilada y una energía vibrante. En esta breve conversación me ha

mostrado todo un abanico de emociones. Me ha encantado ver cómo cada una de ellas se encendía en su rostro y hacía que sus dedos marcaran un ritmo diferente contra el borde de la barra.

Por no mencionar que Valentina es preciosa.

De la forma más discreta imaginable. Como si ella misma no creyera que es bonita. O deseable.

Estoy acostumbrado a que las mujeres me persigan. La mayoría van muy maquilladas, con la piel perfectamente bronceada y cuerpos firmes y trabajados. Me aprietan sus pechos contra mí y deslizan sus uñas perfectamente manicuras por mis brazos. Son insinuantes, pero también directas con lo que buscan.

No se parecen en nada a la mujer sonrojada, sincera y deslumbrante que está sentada a mi lado.

—Bueno, no exactamente —dice ella despacio—. Pero estoy aquí, en Estados Unidos, concretamente en Knoxville, para estudiar con una profesora a la que he admirado y respetado durante años. La doctora Mendoza es una figura muy influyente en su campo y está utilizando gran parte de su investigación de campo para apoyar mejor los programas de conservación que, si Estados Unidos llega a legislar sobre ellos, tendrán un impacto enorme a nivel global.

¿Eh? Frunzo el ceño y me inclino un poco más hacia ella.

—¿Qué estudias?

—Se supone que estoy haciendo un programa de doctorado en Ecología y Biología Evolutiva en la Universidad de Tennessee.

—Joder —murmuro—. Eso tampoco me lo esperaba.

Se encoge de hombros, como si esa reacción fuera algo que escucha a menudo. ¿Lo es? Retrocedo mentalmente, sintiéndome fatal por lo despectivo que debí de sonar.

Me aclaro la garganta y añado:

—Nunca he conocido a nadie de esa disciplina. ¿Cuál es tu área de investigación?

Sus ojos se iluminan.

—Ornitología.

—El estudio de las aves —murmuro.

—Exacto —dice, apoyando una mano sobre la mía—. Estoy trabajando en una investigación que espero poder presentar dentro

del programa de divulgación y educación del Ijams Nature Center.

—Eso es… increíble —digo, y lo digo de verdad.

Valentina casi se ilumina. En ese instante me doy cuenta de cuánta gente debe de restarle importancia en cuanto empieza a hablar de lo que le interesa. Porque no son intereses que la mayoría de la gente comparta, como ocurre con el fútbol.

Y aun así, ver cómo el sol le florece en la cara es más que suficiente para que me quede anclado a mi taburete de la barra escuchándola hablar durante el resto de la noche.

Casi me decepciona cuando cambia de tema.

—Gracias. Pero mi visado se ha quedado atrapado en la burocracia. Y ahora mismo no sé si podré quedarme aquí, en Knoxville —suspira con pesadez—. La doctora Mendoza es un genio, y la oportunidad de estudiar bajo su tutela… es un sueño para mí. Dudo que vuelva a tener una oportunidad así.

—Lo siento, Valentina.

Se encoge de hombros y aparta la mirada mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

Mierda.

—Lo peor es que mi papá intentó intervenir después de que le pidiera que no lo hiciera, y su implicación ha empeorado las cosas. Ha hecho saltar una alarma en mi solicitud.

—Joder —murmuro, girando la mano bajo la suya.

Entrelazo mis dedos con los suyos y la miro fijamente, dándome cuenta de lo devastada que está ante la posibilidad de perder esta oportunidad.

Pienso en todas las oportunidades que me han dado, en las puertas que se me han abierto para jugar al fútbol al nivel en el que lo hago. Cada vez que he podido seguir mi pasión, me he lanzado de cabeza. Nunca me han frenado cosas como… inmigración o visados.

Valentina sigue hablándome de su visado de estudiante y del callejón sin salida en el que se ha metido, de su investigación de campo y de los plazos para publicar, de la doctora Mendoza, que ha dejado una huella enorme en ella.

Cuanto más la escucho, más preguntas le hago.

Al notar mi interés genuino por lo que cuenta, Valentina gira el cuerpo hacia mí y empieza a compartir aún más. Observo cómo cambian las emociones en su rostro: un ligero alzamiento de la barbilla, un destello de intensidad en sus ojos verde azulados.

Cuanto más se abre conmigo, más ganas me dan de ayudarla.

No tiene ni puto sentido. No soy precisamente un tipo altruista. Y, sin embargo, quiero serlo.

Quiero ser el tipo de hombre que esté a la altura del abuelo. Quiero intentar tener algo parecido a lo que mi hermana comparte con Cohen. Quiero ser… suficiente para alguien por la persona que soy, no por el deportista.

Aunque puedo admitir que los dos hemos estado bebiendo, sé que no es el alcohol lo que alimenta la idea que empieza a formarse en mi cabeza.

Cuando Valentina hace una pausa para terminarse el vino, inspiro profundamente.

—Valentina —digo, esperando a que me mire.

Cuando lo hace, es como si me arrollara un bulldozer.

Esos ojos brillantes están ligeramente nublados por el alcohol, pero siguen llenos de curiosidad y… esperanza.

La ira de nuestro primer encuentro se ha suavizado y se ha transformado en algo cercano a la admiración.

Solo eso ya me hace sentir a un millón de metros del suelo, porque esta mujer inteligente, rápida, preciosa, no me admira porque sepa lanzar un pase perfecto en espiral. Está interesada porque nuestra conversación ha tenido peso.

Ha saltado por encima de lo superficial y ha entrado de lleno en algo real.

Y eso es algo que no compartía con una mujer —sin contar a las de mi familia o a las novias de mis amigos— desde hace años.

¡Años!

Valentina inclina la cabeza, pidiéndome en silencio que continúe.

Se pasa los labios uno contra otro y me fijo en lo carnosos y brillantes que son. Las pecas del puente de su nariz destacan aún más, y me encanta que no lleve base de maquillaje para ocultarlas.

Es… real. Directa. Honesta.

Y yo estoy en posición de ayudarla.

—Valentina —repito—. ¿Quieres casarte conmigo?

Se le abre la boca y los ojos se le agrandan.

Recorren mi cara, luego la barra, antes de detenerse en los dos chupitos de tequila que pedí hace siglos.

Coge uno y se lo bebe de golpe, haciendo una mueca por el ardor.

Le agarro el brazo para sostenerla.

Ella se sacude mi mano y me mira fijamente.

—¿Puedes repetir eso?

—Yo… eh… ¿quieres casarte conmigo? —repito, atónito. Tiene que ser la estupidez más grande que he hecho en mi vida.

Estoy ofreciendo matrimonio —¡matrimonio!— a una mujer que no encaja en el papel de damisela en apuros. Joder, si hasta hace dos horas la consideraba una inocente acosadora.

Después de ver esta noche el amor que une a Raia y Cohen, ¿no debería aspirar a algo así? No a un simple soplo de aire fresco y una conversación profunda con la primera mujer que me encuentro en un bar.

¿A qué nivel he dejado el listón?

Joder, ¿ya ni siquiera está sobre la mesa y va rodando por el suelo?

Y aun así, no retiro la oferta.

Dejo que las palabras floten en el aire, que se estiren y se contraigan, que adopten todo tipo de formas mientras espero la respuesta de Valentina.

Lógicamente, sé que debería decir que no.

Pero hay una parte de mí que quiere que diga que sí.

No tiene ni puto sentido.

Nada de esta noche tiene sentido.

—¿Hablas en serio? —susurra.

—Claro —respondo, cogiendo el otro vaso de chupito y vaciándolo de un trago. El ardor del alcohol me ancla a este momento. A esta mujer—. Cásate conmigo. Eso solucionará tu problema con el visado en un abrir y cerrar de ojos.

4

VALENTINA

ME PELLIZCO, literalmente.

Tengo que estar borracha, no hay otra explicación.

A la segunda, clavo las uñas en mi piel con más fuerza. —¡Ay!

—¿Qué estás haciendo? —La mano de Avery se dispara hacia mí y me toma los dedos entre los suyos, apretándolos con suavidad. Su expresión es de confusión… y preocupación.

—No puedes estar proponiéndome matrimonio de verdad —digo con calma. De forma racional.

Los ojos de Avery se suavizan y la mirada que me dedica, tinta líquida, casi duele. Es demasiado comprensiva; demasiado tierna. Demasiado… fuera de mi zona de confort. —¿Por qué no?

—Estamos borrachos. Tenemos que estar borrachos. Yo nunca bebo tanto. —Hago un gesto hacia el camarero, que ya ha retirado mis copas vacías—. Pero… ¿cuántas copas de vino me he tomado?

—Yo no estoy ni cerca de estar borracho —responde Avery, con tono serio.

Lo miro, sintiendo cómo el pánico se enciende en mis ojos. —Yo sí —admito. La cabeza me da vueltas y el corazón me late de forma irregular—. Debería… tengo que irme a casa.

—Vale. —Llama al camarero y le pasa una tarjeta de crédito—. Te acompaño a casa y mañana hablamos.

—Mañana hablamos —repito.

—Te invito a desayunar.

Frunzo el ceño. —¿No tienes… fútbol? ¿Los partidos no son los domingos?

Sonríe de lado. —Tenemos semana de descanso.

—Ah.

—Entonces, ¿desayuno?

—Sí. —Puedo ir a desayunar. Quiero decir, lo más probable es que Avery cancele cuando recupere la cordura mañana por la mañana. Es mejor que deje esta conversación aquí antes de que se vuelva aún más absurda y… embarazosa.

No hay manera de que un jugador de fútbol americano —un quarterback famoso a nivel nacional— quiera casarse conmigo. Miro mi jersey rosa pálido y mis simples vaqueros. He venido a un bar con zapatillas Hoka y llevo las tarjetas de crédito sujetas con una goma del pelo. No soy sofisticada, elegante ni el tipo de mujer impecable que siempre parece tenerlo todo bajo control.

No soy el tipo de mujer con la que salen los deportistas.

Durante una fracción de segundo, el recuerdo de Dane Thomson —uno de los compañeros de Ale en la selección sub-20— irrumpe en mi mente. Sacudo la cabeza y desaparece.

Suelto el aire lentamente. Si estoy evocando recuerdos de Dane, significa que ya estoy oficialmente borracha. No pienso en él. Nunca.

Está encerrado en una baúl mi mente, demasiado doloroso como para abrirlo.

—¿Lista? —pregunta Avery.

—Sí. —Me deslizo del taburete de la barra y Avery me sujeta por el codo para mantenerme estable. Pero no estoy tambaleándome. Lo que estoy es insegura. Confundida. Abrumada.

Uno pensaría que el camino desde el bar hasta nuestro edificio sería incómodo. Curiosamente, no lo es. Avery y yo mantenemos la conversación ligera, pero seguimos hablando.

Me cuenta más sobre la fiesta de compromiso de Raia y Cohen. Yo menciono que intentaré ir a ver uno de los partidos de fútbol de Raia y Carla en Chicago.

Cuando entramos en el ascensor, me mira expectante.

—Estoy en el quinto —le digo. Pulsa el botón del cinco.

—Yo en el séptimo —añade.

Sonrío de lado. —¿Ves? No soy una acosadora.

Avery resopla. —Estoy avergonzado por eso.

Niego con la cabeza. —No lo estés. Yo estoy… avergonzada por todo esto. —Hago un gesto entre nosotros para abarcar toda la noche. El bar. Mi verborrea. La propuesta de matrimonio.

Aunque una parte de mí admira que Avery no haya dado marcha atrás ni se haya reído de su propuesta absurda de casarse conmigo, también sé que mañana entrará en razón. Tiene que hacerlo. Aparte del hecho obvio de que hombres como él no se casan con mujeres como yo, hay otra cuestión importante.

¿Qué demonios sacaría él de un acuerdo matrimonial conmigo?

—No lo estés. —Su voz es áspera y me saca de mis pensamientos.

Cuando lo miro, noto las motitas verde parduzcas que salpican sus ojos grises. El interés que ilumina sus iris.

No puede ser deseo. Pero tampoco es lástima.

Cuando las puertas del ascensor se abren, Avery toma mi mano. Cruzamos el umbral. Camino hasta la segunda puerta del pasillo y saco la llave del bolso. —Aquí es.

Asiente y espera mientras abro.

Nos quedamos allí unos segundos, mientras intento averiguar qué se supone que debo hacer. ¿Qué espera que haga?

¿Le invito a pasar?

Los nervios me recorren el cuerpo al imaginar a Avery Callaway dentro de mi pequeño y ordenado apartamento, ocupando todo el espacio y el oxígeno con su cuerpo grande, su forma tranquila de estar en el mundo, su encanto aparentemente inagotable.

Aparte de mi padre, mi hermano, mis primos y algunos de los amigos más cercanos de Ale y Carla, no he tenido a un hombre en mi espacio en años. Pero la cercanía de Avery no me pone en alerta como debería. Como lo han hecho otros hombres en el pasado.

En lugar de eso, una oleada de calor me recorre por dentro. El bajo vientre se me tensa y aspiro aire con brusquedad.

¿Qué demonios me pasa?

Avery se inclina hacia mí y mis ojos vuelan a los suyos. Me preparo, bloqueo mi cuerpo y no me muevo. Pero no intenta besarme.

En lugar de eso, deposita el beso más suave y breve en mi frente. —Que duermas bien, Valentina. Mañana llamaré a tu puerta.

—Vale —susurro. Dejo escapar un largo suspiro cuando se aparta.

Sonríe y hace un gesto hacia mi puerta. —Esperaré a que cierres.

Su consideración casi me hace llorar. Es algo que haría Ale. Y, sin contar a los hombres de mi familia, nunca ha habido un hombre que me haya mostrado una atención así.

—Buenas noches —murmuro. Luego entro en mi apartamento, cierro la puerta y paso el cerrojo.

Me quedo varios segundos apoyada contra la puerta, con la palma de la mano pegada a la madera lisa, intentando regular la respiración.

Mi corazón galopa, la piel se me vuelve hipersensible y las mejillas me arden.

¿Qué demonios ha sido eso?

¿De verdad llamará a mi puerta mañana?

No. No puede. No lo hará.

Me convenzo de que no hay ninguna posibilidad mientras me doy una larga ducha, me desenredo el pelo y me acurruco bajo el edredón.

El sueño llega rápido y me hundo en su cálido abrazo con ganas. Estoy desesperada por bloquear los acontecimientos de la noche y la segura mortificación que traerán mañana.

LLAMA.

Joder. Mis ojos se disparan hacia el reloj del horno. Son las 9:03 de la mañana y Avery Callaway está llamando a mi puerta.

Respiro hondo y me levanto de la isla de la cocina. Llevo casi cuarenta minutos sentada allí. Por mucho que no esperara que Avery

apareciera, tampoco he conseguido quitarme de encima la preocupación de que lo hiciera.

Pensé en llamar a mi abuelita. Sé que me daría un consejo sensato. Quizá incluso una opinión objetiva. Pero también se preocuparía, y esa preocupación podría llevarla a hablar con mis padres de todo esto.

Si Rubén y Paloma García pensaran que su peculiar hija mediana está a punto de casarse con un hombre al que apenas conoce, perderían la cabeza.

Pero… ¿vendrían hasta aquí?

Odio hacerme esa pregunta siquiera.

No, no hay nadie que me pueda aconsejar sobre *esto*.

Así que lo analizo. Tomo notas. Pienso en las preguntas importantes. Y elaboro una lista de puntos que hay que discutir.

Vuelve a llamar.

Me detengo frente al espejo sobre la consola del pasillo. Puede que nunca gane ningún concurso de belleza, pero hoy tengo un aspecto pulido y profesional. Me he recogido los rizos rebeldes hacia atrás en un moño bajo con raya en medio. Llevo pantalones de pana verdes y una camisa negra abotonada. Y, miro hacia abajo, unas zapatillas calentitas.

Puedo hacerlo. Puedo tener esta conversación, sobre todo si Avery ha tenido el valor de presentarse.

Enderezo los hombros, camino hasta la puerta y la abro de par en par.

Avery tiene la mano levantada, como si fuera a llamar por tercera vez, y la baja con una sonrisa algo avergonzada cuando me ve.

—Buenos días, Valentina.

Joder. ¿Cómo puede tener la voz tan aterciopelada y suave tan temprano por la mañana? Cuando yo me despierto sueno como un gallo ronco.

Por si acaso, me aclaro la garganta.

—Buenos días. Pasa. Puedo preparar café.

Avery apoya las manos a ambos lados del marco de la puerta y se inclina ligeramente hacia delante. Parpadeo al mirarlo hacia arriba y siento cómo se me calientan las mejillas. Sea lo que sea ese

movimiento masculino, debería ser ilegal. La postura hace que sus bíceps se tensen y que los antebrazos se marquen. Se me seca la garganta y vuelvo a carraspear.

—Nah, prometí sacarte a desayunar. —Su sonrisa se tuerce un poco cuando añade—: Algo me dice que te sentirás más cómoda en un lugar público, y tenemos mucho de lo que hablar.

¡Ah! ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede notar que me incomoda estar con hombres en espacios pequeños cuando ni Ale ni mi primo Rafa se han dado cuenta jamás? Ellos siempre lo han atribuido a que soy una empollona, no a que estoy nerviosa.

—Tenemos mucho de lo que hablar —coincido, dando un paso atrás y abriendo más la puerta—. Pasa un momento. Voy a coger los zapatos y mis notas.

—¿Tus notas? —dice Avery, con un deje divertido en la voz.

Lo miro por encima del hombro mientras saco unos zapatos del armario.

—Esto es un delito, ¿sabes?

Se ríe.

—Vas directa al meollo del asunto, ¿eh?

Entorno los ojos. Él sonríe aún más.

—Déjame al menos meter algo de cafeína en mi sistema primero —dice Avery—. Conozco un sitio genial para comer tortitas y, si vamos ahora, todavía evitaremos la hora punta de la mañana. Cuando estemos allí, podrás contarme todas tus preocupaciones.

Me pongo los zapatos y lo miro fijamente.

—¿Tú no tienes ninguna?

Ante la seriedad de mi tono, su expresión se vuelve más seria. Mete las manos en los bolsillos de los vaqueros y se balancea ligeramente hacia delante sobre la punta de los pies.

—Sí que las tengo.

No añade nada más, pero es suficiente.

Asiento, entro en la cocina, meto mi cuaderno y un bolígrafo en el bolso y me lo cuelgo del hombro. Cojo las llaves del pequeño cuenco de la consola del pasillo y paso junto a Avery.

—Vamos.

—De acuerdo —dice, saliendo detrás de mí del apartamento y esperando mientras cierro con llave—. A por ello.

5

AVERY

EN CUANTO EL café caliente me toca la lengua, me siento más despierto. Más preparado para enfrentarme a esta interesante, desconcertante y preciosa criatura que está al otro lado de la mesa estudiando las distintas botellas de sirope.

Pedimos, cogemos las tazas de café y nos sentamos en un rincón tranquilo de mi sitio favorito para comer tortitas. Por experiencia sé que el local estará a rebosar hacia las diez y media de la mañana, pero a las 9:19 todavía está relativamente vacío.

—Vale, Valentina —digo—, suéltalo.

Ella endereza los hombros y lanza una mirada a su bolso. Está claro que quiere sacar el cuaderno que vi meter dentro antes de salir de su apartamento. Seguro que ha hecho una lista de pros y contras y ha estado deliberando sobre un montón de puntos importantes. Espero a que se decida y me sorprende gratamente cuando renuncia a las notas y, en su lugar, envuelve las manos alrededor de la taza humeante de café y se inclina un poco sobre la mesa.

—Si hacemos esto… —baja la voz—, si nos casamos, estaremos cometiendo un delito. Es un matrimonio falso y podrían acusarnos penalmente.

Asiento. Ya había pensado en eso y, aun así…

—No creo que llegue a tanto.

—¿No crees? —Los ojos de Valentina se abren de par en par—. Avery, podrías ir a la cárcel.

Dios, qué mona se pone cuando se altera. He estado en el punto de mira del enfado y la frustración de muchas mujeres, pero ninguna me ha mirado nunca con tanta preocupación como Valentina en este momento.

—Si hacemos esto, lo haremos bien y no habrá de qué preocuparse.

—¿Hacerlo bien? ¿Qué significa eso?

—Tendremos que salir juntos. Vivir juntos. Tú vendrás a mis partidos y yo iré a tus charlas o a los eventos de la universidad. Mis padres esperarán que vengas a las cenas familiares y… —me detengo cuando una idea nueva se enciende en mi cabeza— seguramente acabarás metida hasta el cuello en los preparativos de la boda de Raia.

Valentina suelta un jadeo y se lleva una mano a la boca. Como si solo hubiera considerado las implicaciones legales de nuestro matrimonio y no las… prácticas. Contengo una sonrisa, sabiendo que tomarme esto a la ligera no sería buena idea.

—No habías pensado en eso, ¿verdad?

—No —admite, negando con la cabeza. Los dedos le tiemblan un poco cuando se lleva la taza de café a los labios y da un sorbo largo —. Estaba tan centrada en el proceso legal que… no creo que esto sea una buena idea —murmura, soplando el café—. No puedo creer que estemos siquiera considerando algo así.

Sus ojos vuelan hacia los míos.

—Debería volver a casa. Mis padres estarán encantados y… esta investigación, en realidad nadie de mi familia la entiende. —Me dedica una sonrisa temblorosa—. Siento haberte hecho perder el tiempo, Avery. Me da tanta vergüenza… —Se interrumpe y empieza a levantarse de la silla.

—Espera. —Extiendo la mano y le sujeto la muñeca.

Valentina vuelve a sentarse. Sus ojos son más verdes que azules ahora, llenos de disculpa y arrepentimiento.

—Hablemos de esto, Lena —digo. El diminutivo me sale de forma natural—. Vamos a… hablar.

Inspira hondo y me mira durante unos largos segundos.

—Nadie me llama Lena.

—¿No? —Frunzo el ceño—. ¿No te gusta?

Niega con la cabeza.

—No, sí me gusta. Es solo que… mi familia me llama Vale. Pero *vale* también significa "ok" o "de acuerdo" en español.

—Eso es confuso —comento.

Sonríe levemente.

—Lena me gusta.

—Bien.

Respira hondo. Luego formula la pregunta que he estado esperando desde que llamé a su puerta esta mañana.

—¿Por qué me estás ofreciendo esto? No lo entiendo, Avery. ¿Qué ganas tú con todo esto?

Aprieto los labios, pensando con cuidado qué decir. Dios sabe que llevo dándole vueltas a esto desde el momento en que le propuse matrimonio a Valentina.

Al principio sentí una punzada de pánico y quise retirar mis palabras. Pero la sorpresa en su cara, el destello de esperanza en sus ojos, me hicieron morderme la lengua.

Y después de dar vueltas en la cama toda la noche, analizando la situación desde todos los ángulos, considerando distintas opciones y variables, ya no quiero retirar mi oferta.

Al contrario.

Quiero que diga que sí.

Me aclaro la garganta, sintiéndome un poco ridículo, pero sabiendo que tengo que decirle la verdad. Mi verdad.

—¿Tienes tiempo?

Sonríe de lado y parte de la tensión abandona sus hombros. Se recuesta en la silla, levanta la taza de café y arquea una ceja, esperando a que empiece.

—He tenido una sola relación seria en mi vida. Se llama Mila Lewis y empecé a salir con ella en segundo de instituto. Es una gran mujer: preciosa, inteligente, sofisticada.

Cuando veo que una sombra cruza la expresión de Valentina, añado:

—Ahora está felizmente casada y vive en San José con su marido. Es jugador de hockey. ¿Te suena? Devon Hardt.

Un destello de reconocimiento se enciende en los ojos de Valentina y asiente.

—¿La echas de menos?

—No. —Me río, negando con la cabeza—. Joder, ya la estoy cagando. Lo que pasó es que, con los años, supe que no estaba preparado para casarme. Yo jugaba para los Coyotes y Mila trabajaba como fisioterapeuta del equipo. Nuestro grupo de amigos estaba completamente entrelazado. Cohen sigue siendo muy amigo suyo. Nuestras familias esperaban que yo le pidiera matrimonio en cualquier momento. Y la presión empezó a aumentar. Yo quería experimentar otras cosas.

—Otras mujeres —apunta Valentina.

—Eso formaba parte, sí —admito—. Quería salir con gente. No sentirme culpable por salir con mis amigos o con el equipo después de una victoria. Quería… libertad, supongo. Tenía pensado romper con Mila cuando ocurrió algo horrible y ella perdió a sus dos padres.

—Oh, Dios —jadea Valentina. Se lleva la mano a la boca otra vez. Es una historia que casi todo el mundo en esta ciudad conoce y recuerda. Pero Lena no es de aquí. No habría oído hablar de ello. No recuerda las consecuencias, las que todavía hoy me llenan de vergüenza.

—Intenté seguir con Mila. Estar ahí para ella. —Niego con la cabeza—. Estaba destrozada, claro. Deprimida, luchando por salir adelante. Y yo… mi corazón no estaba en ello. Dejé de aparecer cuando me necesitaba. Empecé a escabullirme para ver a otras mujeres. Yo… joder, Lena, le rompí el corazón, manché su reputación y la herí justo cuando ella solo estaba intentando sobrevivir.

Valentina guarda silencio. Me observa con una intensidad que me hace querer retorcerme en la silla. Tenso el cuerpo y sostengo su mirada sin apartarla. Siento que es importante contárselo todo desde el principio. No apartar la vista bajo su escrutinio. Se siente como crecer. Y aunque es incómodo de cojones, sé que me lo merezco.

—¿Y luego qué pasó? —pregunta en voz baja.

—Luego me largué a la mierda. Todo el mundo cree que arruiné la reputación de Mila mientras la mía, de algún modo, salió intacta, pero eso es una tontería. Quiero decir, sí, dañé su reputación. Perdió su trabajo por mi culpa.

Valentina hace una mueca.

—Había demasiada tensión, un conflicto de intereses. —Hago un gesto con la muñeca, indicando que había más—. Yo salí al otro lado como el quarterback campeón. El Hombre Más Sexy del Mundo. Ganador de la Super Bowl —enumero logros que no me llenan con el orgullo que pensé que sentiría—. Pero es mi reputación la que de verdad está destrozada. Nadie confía del todo en mí. Me animan porque ahora puedo lanzar un balón de fútbol americano. No porque me respeten o me admiren como hombre. Y cuanto más entendía eso, más me descontrolaba. Fiestas, mujeres, sin consecuencias.

Valentina me observa, con la expresión cuidadosamente neutra. No puedo saber qué está pensando, así que sigo adelante.

—No quiero ser ese hombre. Hace mucho que no quiero serlo. Y llevo años trabajando en ello, en mí mismo. Hice las paces con Mila. Intenté ayudar a Raia y a Cohen a reencontrarse cuando estuvieron a punto de romper. Estoy ahí para mi equipo e intento ser el líder que necesitan. Pero… quiero más, Lena. Y sé que, después de todo lo que acabo de decir, probablemente no me creas, pero te juro que puedo ser ese hombre para ti. Si me das la oportunidad, no me desviaré. No andaré jodiendo ni desapareceré. Estaré ahí; seré tu constante.

—¿Pero qué ganas tú con esto? —repite ella, todavía desconcertada.

—La oportunidad de demostrarme a mí mismo que puedo ser el tipo de hombre correcto. Uno del que mi abuelo y mi padre puedan sentirse orgullosos. El tipo de hombre al que la gente admira por algo más que por el fútbol.

Valentina suelta un largo suspiro y se le hinchan las mejillas. Parece pensarlo un momento antes de decir, sencillamente:

—Te creo, Avery.

Meneo la cabeza, creyendo que es un farol.

—Acabas de hacer tu confesión y es como si quisieras penitencia. Cualquier hombre dispuesto a ponerse en esa posición está siendo honesto. Al menos sé que dices lo que piensas. Habrá que ver qué pasa con tus acciones.

—No te haré daño —le prometo.

—Pero tampoco me amarás —susurra. Entonces sus ojos se abren de golpe y la boca se le queda entreabierta—. No quería decir eso en voz alta.

—No pasa nada. Deberíamos ser sinceros. No sé qué decir sobre el amor. No sé si soy capaz de sentirlo. Demonios, ni siquiera creo haber estado realmente enamorado de Mila. Si lo hubiera estado, no la habría engañado. Y es la única mujer con la que he tenido una relación romántica de verdad.

—Eres capaz de ello, Avery. Todos lo somos —responde Valentina —. Solo que nunca imaginé casarme sin estar enamorada. Es… algo que tengo que asimilar, supongo.

—Sí —digo, entendiendo de dónde viene—. Puedo prometerte mi amistad, mi honestidad, mi casa, mi familia… y mi pasaporte.

—Hablas en serio. De verdad lo harías.

—Por ti y por mí.

—Vaya… vale —murmura—. Yo puedo ofrecerte mi amistad, mi honestidad, mi familia agobiante… y mi horrible forma de cocinar.

Sonrío.

—Suena perfecto.

Valentina se ríe y sus mejillas se tiñen de un delicado rosa.

—¿Cómo se lo contamos a la gente? Nadie se lo va a creer.

—Tengo una idea, pero es bastante horrible —admito.

Ella levanta una ceja.

—Vamos a tener que mentir. A mucha gente —digo despacio.

Hace una mueca.

—Cuéntame.

—Nos casamos en secreto y no se lo decimos a nadie. En lugar de eso, dejamos que nuestras familias y nuestros amigos piensen que estamos saliendo y que la cosa se pone seria muy rápido. Tú te mudas conmigo o yo me mudo contigo. —Me encojo de hombros. En realidad da igual cuál; solo nos separan dos plantas—. Y después de

unos meses, cuando te pida matrimonio, nuestras familias y amigos pensarán que nos enamoramos rápido y tuvimos un romance de esos de torbellino. Así nuestro matrimonio parecerá creíble, aunque en realidad ya estemos casados.

—Pero las fechas no cuadrarán con mi documentación —señala.

—¿Crees que unos meses importarán?

—¿Para el departamento de inmigración de tu país? Sí.

—Ya. —Suspiro—. ¿Un embarazo no deseado?

Me lanza una mirada fulminante.

—Vale, vale. —Levanto las manos—. ¿Tienes planes esta semana?

—No, la verdad.

Sonrío.

—Como te dije, tengo semana de descanso. Estoy libre.

—Vale.

—¿Te apetece tener una primera cita de cinco días?

—¿Qué? —casi se ríe.

—Imagínalo. Nos llevamos bien después de la fiesta de compromiso de Raia y Cohen y pasamos la noche juntos.

Valentina palidece.

—Luego te llevo de viaje y pasamos una semana juntos. Al final, nos fugamos para casarnos. —Me encojo de hombros—. No es lo más convencional del mundo, pero si lo vendemos bien, creo que la gente lo comprará. En cierto modo, mis padres están desesperados por que siente la cabeza. Mis amigos llevan años tomándome el pelo con eso de que siempre tengo una chica distinta cada semana, pero en el fondo creen que, cuando me enamore, me enamoraré fuerte y rápido.

—¿Y se creerán que te has enamorado de mí? —pregunta Valentina con escepticismo, señalándose a sí misma.

La miro: sus ojos grandes y brillantes, su sonrisa preciosa. Su mente afilada y esa curiosidad que le arde por dentro.

—En un segundo —le prometo—. Lo que se preguntarán es cómo demonios conseguiste corresponderme.

6

VALENTINA

LOS NERVIOS y la expectación me recorren los brazos arriba y abajo mientras subo al vuelo rumbo a Austin, Texas.

Sonrío agradecida a la azafata antes de acomodarme en el asiento de clase business. Avery se sienta en el asiento a mi lado.

Le echo un vistazo mientras guarda nuestro equipaje de mano. El único equipaje que hemos traído.

—No hacía falta que te dieras el capricho de volar en business.

Me guiña un ojo y saca el móvil.

—No pasa nada y, además, tenemos que documentarlo para nuestra boda.

Claro.

El estómago se me contrae mientras sonrío para la foto. Avery y yo nos acomodamos en nuestros asientos y miro por la ventanilla para recomponerme mentalmente.

Cuando Avery me pidió que dijera una ciudad de Estados Unidos que quisiera visitar, respondí de inmediato: Austin. Sobre todo ahora, a finales de noviembre, cuando la observación de aves migratorias está en su punto álgido. Austin se encuentra en la región de la ruta migratoria central, y podemos ver especies increíbles —sobre todo pájaros cantores y aves rapaces— mientras, de paso, vivimos una

aventura. Una que, como Avery me recordó, es crucial para vender nuestra historia.

Nuestra historia. Nuestro *matrimonio*.

Todavía no puedo creer que Avery me ofreciera casarme con él. Pero después de que me explicara su pasado, todo tiene más sentido. Quiere demostrar a su familia y a sí mismo que puede ser un hombre que hace lo correcto. Y aunque yo no pondría precisamente un matrimonio falso dentro de esa categoría, entiendo por qué él sí lo hace.

Para mí son todo ventajas. Podré quedarme en Estados Unidos para completar mi investigación con la doctora Mendoza y no correré el riesgo de que me rompan el corazón. Avery vive por su carrera en el fútbol americano y no se mete en enredos románticos serios.

De hecho, al casarse conmigo probablemente se ha quitado de encima gran parte del drama femenino que parece perseguirlo.

Cuando se lo mencioné, había sonreído y dicho:

—Más tiempo para el fútbol.

Y más tiempo para mi investigación.

Que ambos estemos tan centrados en nuestras carreras es otro punto a favor que compartimos.

El avión despega y observo cómo Knoxville se va desvaneciendo.

Cuando miro a Avery, lleva los auriculares puestos, los ojos cerrados y el rostro relajado.

Lo estudio en silencio, preguntándome cómo es posible que todo mi mundo haya dado un vuelco en veinticuatro horas. Claro que había visto a Avery alguna vez. Vivimos en el mismo edificio, Carla es amiga de su hermana y, hace poco, salió en la portada de una revista que está en todas las cajas de los supermercados de la ciudad.

Pero estar sentada a su lado… un escalofrío me recorre.

Tiene el mismo encanto que Dane. Atrae a la gente sin siquiera intentarlo. Cuando entra en un lugar, notas su energía y quieres acercarte a ella, como flores que levantan la cara hacia el sol. Es algo instintivo, casi desesperado, y nunca te paras a pensar: ¿y si te quemas?

¿Y si te hacen daño? La amplia sonrisa de Dane y sus ojos azul claro cruzan fugazmente por mi mente. Avery no es Dane. Nadie es Dane.

Sacudo esos pensamientos y aparto la mirada de Avery. Me pongo los auriculares y doy al play en un álbum de José Vélez que le encanta a mi abuela. La familiaridad de la música me envuelve y me imagino sentada en la cocina de Abuelita, con la voz poderosa de José Vélez entonando una balada preciosa y el aroma dulce de canela de una coca de mollitas horneándose para nuestra merienda de la tarde.

Suelto un largo suspiro, cierro los ojos y me quedo dormida.

DESPUÉS DE UNA rápida conexión en Atlanta, llegamos a Austin.

—Después de ti —dice Avery, abriendo la puerta del hotel.

Entro en la habitación y suelto un jadeo antes de girarme hacia él.

—Te has pasado.

—Estoy intentando conquistarte, Valentina —me recuerda—. Al final de la semana, dentro de apenas cuatro días, voy a proponerte matrimonio en un entorno romántico, tú vas a decir que sí y nos vamos a fugar para casarnos.

Enumera nuestro plan fraudulento con total naturalidad. Como si no fuera la cosa más absurda y horrible que cualquiera de los dos haya hecho jamás.

Inclino la cabeza mientras lo miro. Él mismo ya ha admitido haber hecho cosas peores. Para él, este matrimonio falso palidece en comparación con todo el dolor que ha causado a sus amigos y a su familia.

Para mí, en cambio, este matrimonio falso es la cosa más absurda, fuera de lugar y temeraria que he hecho en mi vida. Bueno… una de ellas, al menos. Seguro que dejará a mis padres en shock y provocará discusiones entre los miembros de mi familia.

Y, aun así, no estoy entrando en pánico. Al menos no como me esperaba. De alguna manera, confío en Avery Callaway. Después de solo veinticuatro horas. No estoy segura de qué dice eso sobre mi estado mental.

En lugar de decir nada de eso, señalo los ventanales de suelo a techo que dan a una preciosa zona del lago Lady Bird.

—¿Crees que pensarán que estás compensando algo? —pregunto con descaro, arqueando las cejas.

Avery deja el equipaje en la esquina de la habitación y me observa un segundo antes de estallar en carcajadas. Niega con la cabeza, divertido. Su pelo castaño está despeinado cuando se quita la gorra que llevaba al bajar del avión y la lanza sobre la cama. Sus ojos gris pizarra brillan mientras se le arrugan las comisuras.

—Lena, ¿te preocupa el tamaño de mi paquete?

Sin querer, y por pura voluntad propia, mis ojos bajan hasta su entrepierna.

Su risa aumenta y yo me sonrojo de golpe.

Mierda.

Mis ojos vuelven a los suyos. El calor en mis mejillas es casi insoportable cuando Avery se acerca un paso. Su risa se apaga y su expresión se vuelve seria mientras me observa. El estallido de diversión se ha transformado en una pesadez que nos envuelve como un manto.

La respiración se me queda atrapada en el pecho y la estupidez de mi comentario retumba en mis oídos como un error monumental.

¿Por qué he dicho eso? Nada bueno puede salir de ello.

Está claro que este hombre no va a acostarse conmigo de verdad. Y aunque quisiera, yo no sabría manejarlo. Ni siquiera sabría qué hacer con él.

—Valentina —murmura, alzando la mano para sujetarme la mejilla.

Me quedo completamente quieta. No me inclino hacia su contacto, pero tampoco me aparto. El pulgar de Avery roza una línea sobre mis labios y odio que se entreabran.

Odio que tenga este efecto en mí. Que su cercanía me revuelva el estómago y me disperse los nervios. Los pezones se me

endurecen y el calor se concentra en la parte baja de mi vientre.

Son demasiadas sensaciones. Demasiada necesidad.

Y no sé cómo procesarlo. Cómo entender lo que siento alrededor de Avery cuando normalmente soy una mujer lúcida, decidida y segura de sí misma.

Con él soy un desastre y no tengo filtro. Con él soy capaz de hacer el ridículo sin darme cuenta.

—Te aseguro, cariño, que mientras estés casada conmigo siempre tendrás lo mejor que pueda ofrecerte. —Una pequeña sonrisa asoma en sus labios, pero sus ojos están serios. Firmes—. No todo serán arcoíris y magia, Lena. Pero viajes, alojamientos, reservas en restaurantes… —Traga saliva—. Entradas para conciertos, invitaciones a lanzamientos de marcas, acceso a los mejores clubes de Knoxville… —Su pulgar vuelve a deslizarse sobre mis labios—. Eso sí puedo dártelo. Y, si quieres que lo nuestro sea físico, te juro que me esforzaré haré que sea jodidamente bueno.

Suelto un jadeo. El estómago se me retuerce mientras el calor en mi vientre late con fuerza.

Estoy muerta. Difunta.

—Pero eso es todo lo que podré ofrecer. Esto. —Inclina la cabeza como si abarcara el espacio, el hotel, la ciudad de Austin—. Así que déjame hacer al menos esa parte lo mejor que pueda, ¿sí?

Joder, siento que mi cuerpo está a punto de estallar. Si no estuviera medio aterrorizada, probablemente estaría jadeando. La mente me da vueltas y las piernas me tiemblan. De algún modo consigo asentir levemente.

—Sí… vale.

—Vale —dice Avery, soltándome.

En cuanto lo hace, aspiro una bocanada de aire.

El hormigueo en mis manos se disipa y el zumbido en mis oídos se calma.

—¿Cuánto tiempo estaremos casados? —susurro.

Avery suspira.

—Dos años para conseguir la residencia permanente. Uno sin condiciones.

Dos años.

Setecientos treinta días siendo la señora Callaway y después… nada.

—Claro. Vale. Dos años suena bien.

—¿Te dará tiempo suficiente para terminar tu investigación?

—Sí.

—Aunque tampoco importa. Una vez tengas la residencia permanente, estarás cubierta durante una década.

—Claro. Una década. —Trago saliva, intentando procesar toda la información que está soltando. Entonces podré solicitar puestos de profesora adjunta por todo Estados Unidos. ¿Se sentirán orgullosos mis padres de mis logros?

¿O seguirán esperando que vuelva a España y empiece allí mi carrera?

—Además, dos años es tiempo suficiente para intentar que un matrimonio funcione. No es tan poco como para que parezca que ni lo intentamos ni tan largo como para que surjan problemas graves —razona.

Asiento.

Aunque el ritmo acelerado de mi corazón no parece estar de acuerdo.

Puedo prever problemas graves —como los llama Avery— si no consigo controlar la atracción que siento por él.

Avery sonríe de lado y asiente.

—Muy bien entonces. —Se dirige de nuevo al equipaje y parte del peso que flotaba en el aire se disipa—. ¿Tienes hambre?

Ni lo más mínimo.

—Claro —consigo decir.

—Genial. Voy a darme una ducha rápida y a cambiarme. —Saca ropa de la maleta—. Luego, ¿te apetece que salgamos a comer algo y a explorar la ciudad?

—Suena bien.

Avery asiente una vez antes de entrar en el baño. La puerta se cierra y el pestillo hace clic. Abre el grifo de la ducha y el ruido del agua corriendo ahoga las respiraciones irregulares que intento controlar.

Me dejo caer en el borde de la cama tamaño king y me cubro la cara con las manos.

Entonces otro pensamiento me atraviesa la mente y suelto una palabrota mientras palpo el colchón a ambos lados de mis caderas.

¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta hasta ahora de que solo hay una cama?

¡Una cama!

¿Y si quiero que lo nuestro se vuelva físico?

¿En qué demonios estaba pensando al jugar con fuego?

No ha pasado nada y ya siento el calor.

No tengo ninguna oportunidad con Avery Callaway, el hombre que está a punto de convertirse legalmente en mi marido.

7

AVERY

MI DUCHA ESTÁ TAN jodidamente fría que me sorprende que no se me encoja la polla hasta caerse.

Maldita Valentina García. Esa mujer podría tentar a un santo sin tener ni idea de que lo está haciendo.

Tengo que tener cuidado con ella. A su alrededor. Es peculiar e inocente… lo inocente que sea no lo sé, pero no veía a una mujer ponerse tan roja por una broma inofensiva desde que estaba en el instituto.

Pero no se sintió inofensiva. Por alguna razón se sintió peligrosa. Como si estuviera hurgando en mis inseguridades cuando, lógicamente, sé que solo intentaba quitar hierro al asunto.

El viaje.

La única cama.

El hecho de que no nos conocemos una mierda.

Y aunque sé encajar una broma, también quiero mantener las cosas entre Valentina y yo claras. Los dos sabemos dónde estamos, qué tiene que pasar y cuál es el resultado final. Claro que podemos ser amables, reírnos juntos, compartir algunas comidas. Si me suplicara que me la follara, cumpliría. Vamos, probablemente le daría cualquier cosa que me pidiera.

Pero no puedo darle más de mí mismo de lo que soy capaz de ofrecer.

Y yo solo soy capaz de ofrecer cosas materiales.

Los hoteles de cinco estrellas y los vuelos en clase business. La tarjeta de residencia y dos putos años.

Me aclaro el jabón de los hombros y cierro el grifo de la ducha.

Valentina y yo tenemos que encontrar un punto medio para que esto funcione. Tenemos que confiar el uno en el otro para lo que estamos a punto de hacer, sin bajar tanto la guardia como para que alguno de los dos salga herido.

Al fin y al cabo, esto es un acuerdo. Un entendimiento.

Yo quiero limpiar mi reputación y demostrarme a mí mismo que puedo ser un buen tipo que hace lo correcto.

Y ella quiere un visado.

Debería ser sencillo, ¿no?

Cuando salgo de la ducha, veo la pantalla de mi móvil iluminándose con un montón de mensajes entrantes.

Frunzo el ceño y cojo el teléfono.

COHEN

Tío, ¿estás muerto o qué? ¿Qué pasa?

RAIA

¿Vienes a cenar esta noche?

Mierda.

Hago una mueca. Se me había olvidado. Habíamos quedado en casa de mamá y papá a las seis para cenar con los abuelos y los familiares más cercanos.

MAMÁ

Avery, ¿estás bien? No sé nada de ti…

RAIA

¿Crees que debería llevar blanco o marfil?

¡Perdón! Ese era para Faye.

¿Dónde estás?

ABUELO

Avery, coge el teléfono cuando te llame tu madre.

Veo las tres llamadas perdidas de mamá y suelto un taco. Puedo imaginar la decepción en la cara del abuelo. No es que me lo diga nunca, pero aun así… la veo, la noto. Joder, algunos días festivos incluso puedo saborearla, como si ese regusto amargo se mezclara con mi cerveza.

Me dejo caer sobre la tapa cerrada del váter, pulso el nombre de mamá y me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Dónde demonios estás? —responde mi hermana.

—¡Eh! —procuro que mi voz suene alegre. Ligera.

—¿Eh?

Me aclaro la garganta.

—Perdón por lo de la cena. Ha surgido algo.

—¿Ah, sí? ¿El qué? —insiste Raia—. Si vienes ya, llegarás a tiempo para que el tío Jim empiece a meterse con Brooks.

Resoplo, sabiendo cuánto le gusta a mi tío pinchar al novio de mi primo. Sobre todo porque fue el ex de Raia.

—Estoy en Austin —admito.

—¿Texas? —chilla.

Respiro hondo y cierro los ojos con fuerza.

Estoy a punto de hacer algo imperdonable.

Voy a mentirle a mi hermana después de haber pasado el último año intentando recomponer nuestra relación. No es que hubiera una ruptura como tal. Es más bien que crecimos en direcciones distintas y, cuando me di cuenta, había un abismo entre nosotros.

Pero ahora todo va bien. Ella y Cohen son felices y me encanta la relación que tengo con los dos.

Confío en ellos.

Y aun así…

Miro la puerta cerrada del baño.

¿Puedo echarme atrás en el acuerdo que he hecho con Valentina? Después de proponerle matrimonio, de llamar a su puerta esta mañana y de reservar los vuelos a Austin.

Suelto un largo suspiro.

—Avery, ¿qué está pasando? —pregunta mi hermana, con la preocupación filtrándose en su voz.

Pero si consigo convencer a mi familia de que esto es real, de que importa, Valentina y yo estaremos a medio camino de vender nuestra relación… nuestro matrimonio.

—Yo… he conocido a alguien —digo.

Silencio.

Cierro los ojos, inclino la cabeza y espero.

—¿Estás de puto broma? —escupe Raia al cabo de un momento —. ¿Has dejado plantados a la abuela y al abuelo en la cena por una mujer a la que te estás fo—

—No es así —la corto.

—¿Ah, no? —se ríe con dureza—. ¿Y cómo es entonces, Ave?

—Es Valentina García —digo.

Más silencio.

Luego una carcajada. De incredulidad.

—Avery, ¿qué clase de broma es esta?

—No es una broma. Ni una gracia —aclaro—. Yo… de verdad me gusta, Rai. —Al menos esa parte es cierta—. Ayer por la noche acabamos juntos y… una cosa llevó a la otra.

Estoy insinuando un subtexto que no existe, pero… tampoco es exactamente una mentira.

—¿Y te despertaste en Austin?

—No. Acabamos de aterrizar. La verdad es que se me olvidó lo de la cena y lo siento. Díselo a mamá y a papá. Y a los abuelos. Nunca me habría ido tan pronto si lo hubiera recordado.

—¿Ah, sí? ¿La habrías llevado a cenar? ¿A conocer a la familia? — El tono de Raia es puro sarcasmo.

—Sí —respondo sin más, dándome cuenta de que es verdad—. Me habría encantado presentársela a los abuelos.

La sinceridad de mi voz deja a mi hermana sin palabras un momento.

—¿Qué demonios está pasando, Avery? ¡Yo había oído que pensabas que Valentina te estaba acosando! Es la hermana de Carla, ¿lo sabías? Ella jamás—

—Lo sé. Fue un malentendido. Uno bastante gracioso, si soy sincero.

—¿Y ahora estás… en Texas con ella?

—Sí. —Sonrío y dejo escapar una pequeña risa—. Volveré a finales de semana.

—¿Te quedas toda la semana? —repite Raia.

—Rai, ¿sabes cuando algo simplemente encaja? ¿Cuando no tiene ni puto sentido, pero aun así sientes que es lo correcto?

Se hace un silencio largo antes de que Raia murmure:

—Sí.

—Pues esto se siente así, Rai.

Estiro un poco la verdad, pero tampoco es una mentira descarada.

—Pero Avery, yo conozco a Valentina y—

Raia se corta a mitad de frase, pero escucho perfectamente lo que no ha dicho.

No es para ti. Es buena, generosa y está fuera de tu alcance.

—No es como las demás mujeres. Es diferente —digo yo por ella.

—Sí —admite Raia.

—Lo sé —respondo—. Eso es lo que intento decirte. Esto… con ella… es diferente.

Contengo la respiración, esperando que mi hermana saque las conclusiones que necesito que saque de esta conversación.

Al final suspira con fuerza.

—Te cubriré delante de mamá y papá.

Aprieto los labios para no sonreír.

—Gracias, Rai. Te debo una.

Se ríe.

—Nah, estamos en paz. Ya verás cuando empieces con toda la planificación de la boda de la que tú y Cohen vais a ser responsables. Os voy a hacer hasta un archivador.

Resoplo.

—Trato hecho.

—Disfruta Texas, Ave.

—Gracias, Rai —respondo agradecido.

—Y… —duda.

—¿Sí?

—Trata bien a Valentina. Ella es…

Raia busca las palabras.

—¿Es qué? —entorno los ojos.

—Inocente. Dulce. Su familia la protege mucho. Siempre la ha protegido. Quizá incluso demasiado.

—Sí. —Me aclaro la garganta, entendiendo perfectamente lo que Raia quiere decir.

Valentina no está acostumbrada a tipos como yo y a mi fama de mujeriego. Aunque haya crecido en el centro de una familia famosa en el mundo del deporte, nunca ha estado metida en los escándalos que suelen venir con ello.

Lo entiendo. Yo tampoco querría eso para ella.

No con su forma de pensar sin filtros ni con esa pasión que se le desborda por los poros. No con su curiosidad valiente ni con ese aire peculiar que tiene. Esa mujer estudia aves y habla de ellas como la mayoría de la gente que conozco recita estadísticas de fútbol.

Es especial. Buena. De corazón limpio.

Está fuera de mi liga.

Y aun así voy a reclamarla.

—Lo sé —añado.

—¿Nos vemos este fin de semana?

—Nos vemos.

Termino la llamada y dejo caer la cabeza.

Al otro lado de la puerta escucho a Valentina trasteando por la habitación.

Esto es todo. Estamos en Austin. Estamos a punto de empezar el primer día de nuestra cita de cinco días.

Tenemos que aprovechar al máximo el tiempo juntos antes de que yo vuelva a sumergirme en la temporada y ella se meta de lleno en su investigación. Tenemos que dejar claro cómo van a ser las cosas, terminar el papeleo necesario y marcar algunos límites.

Líneas muy claras que no voy a cruzar.

Por mucho que me apetezca hacerlo.

Porque los hombres con mi pasado no se quedan con mujeres como Valentina.

Nosotros las deslumbramos durante un instante… justo antes de romperlas para siempre.

8

VALENTINA

PASAR tiempo con Avery es distinto a cualquier cosa que haya vivido antes. Aunque crecí con un hermano mayor, Ale pasaba tanto tiempo en el campo de fútbol que, cuando estaba en casa, incluso con sus amigos, nuestras vidas apenas coincidían más que unas pocas horas sueltas. Nunca salía con sus amigos ni los adoptaba como propios. Había una línea muy clara separando nuestras vidas.

Salvo aquellos meses que pasé con Dane, una sucesión de encuentros que me mantenían bailando en un filo delicado entre una emoción vertiginosa y un miedo desesperado, jamás había pasado tanto tiempo a solas con un hombre. Hasta ahora.

Pensé que compartir cama con Avery sería incómodo. En cambio, resultó… normal. Fue respetuoso, casi desinteresado, cuando se giró sobre un lado y apagó la luz aquella primera noche. Desde entonces, nuestros desayunos han estado llenos de conversaciones ligeras, nuestras tardes de actividades divertidas para turistas —como hacer kayak en Lady Bird Lake o puntuar distintos briskets— y nuestras noches de una copa de vino y un buen descanso.

Fuimos a observar aves dos veces, y le señalé colibríes garganta de rubí, halcones de cola roja y martines púrpura, entre otras especies.

Avery observaba con interés, hacía las preguntas pertinentes y me cogía de la mano.

Todo el viaje ha sido terapéutico. Una pausa de la realidad que resulta reparadora y energizante.

—¿Te apetece hacer senderismo hoy? —propone Avery.

—Claro —acepto, rebuscando en la maleta para asegurarme de que he traído mis Hokas.

—Genial. Podemos hacer una de las rutas por McKinney Falls.

—Perfecto.

Sigo rebuscando entre mis cosas hasta encontrar unos leggings y una camiseta de manga larga.

El zumbido de mi móvil hace que levante la cabeza de golpe.

Avery me mira con expresión de disculpa y me tiende el teléfono.

—Es tu hermana.

Suspiro.

—No hay forma de que Raia no se lo haya contado.

—Raia se lo ha contado al cien por cien.

—Carla debe de estar cubriéndome con mamá y papá. Es la única explicación de que aún no me hayan reventado el móvil a llamadas —murmuro mientras la llamada perdida pasa al buzón de voz.

Un segundo después aparece un mensaje.

CARLA

Deja de evitarme. Sé que estás con Avery.

¡Avery Callaway! ¿En qué estás pensando, Vale?

Nunca sales con nadie y justo con este desapareces de repente.

Es buen tío y siempre ha sido genial para pasar el rato… pero no es tu tipo.

Le he dicho a mamá y papá que estás en un viaje extra de investigación de campo.

A la abuela le he dicho lo mismo… pero no me cree.

No puedes evitarme para siempre.

Por cierto, SÉ que estás leyendo estos mensajes.

—Joder… —susurro.

Un pinchazo me atraviesa el pecho al pensar en Abuela. Seguro que cree que la estoy evitando porque no he respondido a sus dos últimas videollamadas. Solemos hablar varias veces por semana.

—¿Qué pasa? —pregunta Avery, frunciendo el ceño.

—Nada.

Lo último que quiero es que lea cómo incluso mi hermana sabe que Avery no es mi tipo. O sea, yo lo sé, pero odio que sea tan evidente para todo el mundo.

—Es solo mi hermana. Les dijo a mamá y papá que estoy en un viaje de investigación de campo. A mi abuela también.

—Te está comprando tiempo. Ha estado bien por parte de Carla.

—Está preocupada —admito—. Y odio no hablar con mi abuelita.

—Sí —dice él con una sonrisa ladeada—. Si fueras mi hermana, yo también estaría preocupado.

Suspiro y aparto la mirada.

—Tienes que venderlo, Lena —me recuerda, usando ese diminutivo de mi nombre que nadie más utiliza.

Me gusta que tenga un apodo para mí, aunque no sea exactamente cariñoso. Hace que parezca que hay algo especial entre nosotros. Como mínimo, ayuda a reforzar la percepción que estamos intentando crear.

Empiezo a escribir una respuesta.

VALENTINA

¡Gracias, Carla! Te debo una.

Las cosas con Avery van genial.

Me conoces, Car. Yo no hago cosas así.

¿No puedes simplemente alegrarte por mí?

Por fin he conocido a un hombre que literalmente me ha dejado sin aliento y soy feliz.

¿No es suficiente por ahora?

Llamaré a Abuelita pronto.

Contengo la respiración mientras los mensajes aparecen en pantalla. Veo que mi hermana los ha leído, y su silencio es a la vez un alivio y una pequeña decepción.

Confío en Carla de formas en las que nunca he podido hacerlo con Ale, con mamá o con papá. Ni con ningún amigo ni compañero de clase. Mi hermana es la única persona, salvo Abuela, que conoce mis pensamientos y sentimientos más profundos.

Y aun así, incluso con ellas, me guardo cosas.

Nunca le conté lo de Dane. Ni lo bueno ni lo malo. Hay cosas que jamás he confesado a nadie, y sigo dejando que me carcoman por dentro.

Pero Carla correría a contárselo a Ale. Querría defenderme, ponerse de mi lado. Es la mejor hermana del mundo y yo no la merezco.

Sobre todo porque no soy tan sincera con ella como creo que ella lo es conmigo.

Esta es la primera vez en mi vida que me planto de verdad ante algo. Defender mi "relación romántica" con un hombre es territorio nuevo para mí… y también para nosotras. Carla lo sabe. Por eso me deja en leído.

Suspirando, guardo el móvil en una pequeña bolsa cruzada. Cambio el peso de un pie a otro para ponerme los calcetines y las zapatillas.

—¿Estás bien? —pregunta Avery en voz baja, y sé que ha notado el cambio en mi ánimo.

—Sí. Solo que odio mentirle a mi hermana.

—Yo también.

Levanto la vista.

—El primer día aquí, cuando salí de la ducha… hablé con Raia. Y ahora todo el mundo sabe que estamos juntos.

—¿Crees que tu familia va a decepcionarse? —pregunto en voz baja. *¿Crees que van a resentirse porque… tu elección sea yo?*

La pregunta que realmente quiero hacer viene después, pero no tengo valor para decirla en voz alta. En lugar de eso, confío en que

Avery sea capaz de leer entre líneas.

Frunce el ceño.

—Me preocupa más que piensen que le he robado protagonismo a mi hermana y a Cohen. El momento no podría ser peor.

Dejo escapar un jadeo al darme cuenta de que tiene razón.

—Eso es horrible. Lo último que quiero es que Raia se sienta menospreciada. O traicionada.

Avery se encoge de hombros.

—Se le pasará. A toda mi familia se le pasará. Y cuando te conozcan, creo que pensarán que eres tú la que ha salido perdiendo en todo esto.

Esboza una media sonrisa y no sé si lo hace para suavizar el aguijón de sus propias palabras o porque de verdad está bromeando.

—No lo tengo tan claro.

—¿Y tu familia?

Me levanto del suelo y me sacudo las manos.

—Les va a dar un infarto.

Avery suelta una carcajada, pero enseguida se le borra la sonrisa.

—¿Lo dices en serio?

—Mi papá va a montar en cólera. Ale seguramente asumirá que me has dejado embarazada. Mamá se pondrá a llorar.

—Joder, Lena. ¿Por qué no hablamos más de esto?

Me encojo de hombros.

—Se les pasará. Con el tiempo. No tengo otra opción y, sinceramente, si Papá no se hubiera entrometido desde el principio, yo no estaría en este lío.

Si mi familia hubiera sido más comprensiva desde el principio y no tuviera que estar siempre saltando obstáculos para seguir mi pasión, todo este asunto con Avery podría haberse evitado.

—No voy a fingir que no me pesa —continúo—. Odio mentir. Detesto el hecho de que estemos haciendo algo ilegal. Sé que está mal. Y aun así… no me están entrando dudas.

Le devuelvo la sonrisa con una mueca.

—Al menos, todavía no.

Avery sonríe. Niega con la cabeza despacio.

—A mí tampoco.

—Bien.

Extiende la mano y la tomo. Después salimos del hotel, nos subimos al coche de alquiler que él ha reservado y conducimos hasta McKinney Falls.

El trayecto es tranquilo. Un silencio cómodo se instala entre nosotros mientras cada uno se pierde en sus pensamientos. Yo disfruto del paisaje que va desfilando por la ventanilla.

Cuando Avery aparca cerca del inicio del sendero, bajo del coche y respiro hondo.

—Me encanta esto —admito.

—¿Hacer senderismo? —Se coloca a mi lado.

—Simplemente estar en la naturaleza. El olor de los árboles, el cielo tan brillante, la brisa. Todo es tan grande, tan poderoso… y yo me siento insignificante en comparación. Siempre que estoy abrumada vengo a lugares así. Me da perspectiva.

Avery observa nuestro alrededor. Las hojas de los árboles están cambiando de color, el cielo es de un azul intenso e infinito. Es un día precioso.

—¿Lista? —señalo el inicio del camino—. Es una ruta fácil, así que podemos tomárnoslo con calma y disfrutar del paisaje. También pasaremos cerca de Onion Creek.

—Vale. —Avery se coloca a mi lado—. Guía tú.

Cuando nos adentramos en la zona boscosa, la tensión que ni siquiera sabía que llevaba encima empieza a abandonarme. Cierro los ojos, levanto el rostro hacia el sol y me dejo envolver por el sonido del agua corriendo, las hojas crujientes bajo los pies y el canto suave de los pájaros.

La respiración de Avery es regular. Constante. Un ritmo que me centra.

Cuando abro los ojos, me está observando con curiosidad.

—Nunca he conocido a nadie como tú, Valentina.

—¿Eso es bueno?

—Creo que sí —murmura con sinceridad.

Sonrío.

—Gracias por traerme aquí, Avery. Siempre he querido venir.

—Me alegro de poder haber venido contigo.

Caminamos hacia una pequeña cascada y, cuando llegamos, nos detenemos a contemplarla. El sol brilla, los árboles están frondosos y acogedores, los colores vibran con una energía que parece reflejar las posibilidades que siento expandirse en mi pecho.

Hoy es un buen día.

Mis dedos buscan los de Avery por pura inercia. Hay que reconocer que no se sorprende ni un segundo. Me toma la mano, entrelaza nuestros dedos y se queda a mi lado.

Por primera vez desde que acepté su propuesta de matrimonio falso, siento que esto no es un error. No es solo un medio para conseguir un fin.

Sé que no vamos a vivir una gran historia de amor, pero entre Avery y yo hay un respeto que importa. Hay una confianza que pesa. Existe la posibilidad de una amistad real, algo que nunca he experimentado antes.

Mientras disfrutamos del paisaje, un águila calva sobrevuela el cielo.

—¡Mira! —exclamo, señalándola.

Los ojos de Avery siguen la dirección de mi dedo y deja escapar un suspiro sorprendido.

—Guau.

Nos quedamos completamente quietos, observando al águila mientras planea y se lanza en picado. Grabo cada detalle de este momento en mi memoria: el escenario impresionante, la majestuosidad regia del águila, el calor de la palma de Avery contra la mía y la ligereza que llena mi pecho.

Cuando el águila se aleja y desaparece tras otra colina cubierta de árboles, suelto una pequeña risa. Al mirar a Avery, veo que me está dedicando una sonrisa enorme.

—Ha sido increíble —dice.

—Increíble —repito.

Aprieta mi mano con fuerza y continuamos caminando.

Pero algo ha cambiado entre nosotros.

Es como si ambos supiéramos que este es el comienzo de algo importante. No solo una farsa, no solo una solución a un problema.

Sino el inicio de algo significativo.
Especial.
Como mínimo… algo sincero.

9

AVERY

NUNCA PENSÉ que ver un pájaro pudiera importarme tanto. Pero ver un águila calva a través de los ojos de Valentina me dejó huella. El asombro y la gratitud en su expresión, la emoción dibujada en las líneas que enmarcan su boca… estaba subida a una especie de euforia natural a la que yo me vi arrastrado solo por estar a su lado. Solo por preocuparme por algo que a ella le importa profundamente.

Nunca había experimentado algo así fuera del fútbol. Y desde luego, no por otra persona ni por algo de lo que sé tan poco. Pero estar junto al arroyo, contemplando la escena gloriosa frente a nosotros, con la mano de Valentina entre la mía, cambió algo entre los dos.

Nos convirtió en auténticos aliados, no en dos partes que simplemente llegan a un acuerdo. Estamos metidos en esto, sea lo que sea, para bien o para mal.

Y cuando me despierto el día de mi boda, estoy emocionado por el siguiente capítulo. Quiero vivir lo que demonios esté a punto de venir con Valentina a mi lado.

Me pongo un traje azul marino sencillo, deteniéndome para abrocharme los gemelos y tomándome un poco más de tiempo de lo habitual para arreglarme el pelo frente al espejo que hay sobre el escritorio de la habitación del hotel. Valentina ha ocupado el baño y,

aunque es una chica sin demasiadas florituras, hay cierta expectación en el aire que hace que esta mañana nos movamos más despacio.

Nos despertamos sin prisa, nos miramos y nos echamos a reír. Bajamos a desayunar al restaurante del hotel, comimos tortitas y bebimos café. La conversación fluyó con naturalidad, aunque noté el brillo en los ojos de Valentina. Había timidez en su mirada. Dulzura.

Hoy la convierto en mi esposa.

Mi esposa.

Dos palabras que nunca pensé que diría, y mucho menos que me pertenecerían.

La puerta del baño se abre y me giro despacio. Cuando Valentina entra en la habitación del hotel, dejo escapar el aire en un suspiro audible.

—Estás preciosa.

Es la verdad. Está impresionante con ese encaje color crema. El vestido es sencillo, rozándole justo por encima de las rodillas y cayendo con delicadeza sobre sus hombros. Es coqueto, romántico… y le queda perfecto.

—Me gustan tus zapatillas —añado riendo al fijarme en sus prácticas deportivas blancas. Los cordones son de una especie de encaje marfil que combina con el vestido. Es la mezcla perfecta entre elegante y funcional. Justo el tipo de cosa que sé que Valentina valora.

Ella sonríe.

—Había que mantener los pies en la tierra.

Su mirada recorre mi cuerpo y me quedo quieto, esperando su veredicto.

—Estás muy bien, Avery.

—¿Muy bien cuánto?

Sus mejillas adquieren ese delicado tono rosado que empiezo a adorar.

—Lo suficiente.

Resoplo una risa.

—¿Lista?

Valentina suelta el aire.

—Lista.

Entonces frunce levemente el ceño.

—Espera… ¿seguro que hemos presentado todos los formularios correctos?

—Mi abogado los revisó dos veces.

—Vale —respira, todavía nerviosa.

A principios de semana revisamos todos los documentos juntos, firmando y poniendo nuestras iniciales donde era necesario. Valentina sostiene mi mirada y me dedica un pequeño asentimiento.

Camino hacia la puerta.

—Vamos a casarnos, Lena.

—Vamos, Avery.

Con los hombros rectos y la barbilla alta, Valentina García sale del hotel como una mujer que sabe exactamente lo que quiere.

Y ahora mismo quiere convertirse en mi esposa.

APARCO FRENTE al juzgado local y miro a Valentina. Tiene los nudillos casi blancos de lo fuerte que está agarrando el tirador de la puerta. Su valentía se evaporó en cuanto se abrochó el cinturón y, con cada calle que dejábamos atrás de camino aquí, se fue replegando más sobre sí misma.

Joder.

Apago el motor y me recuesto en el asiento del conductor.

—Valentina, mírame.

Lo hace. Y odio el miedo que le rodea las pupilas.

—¿Estás segura de esto? —pregunto.

Es su última oportunidad para echarse atrás.

Se pasa la lengua por el labio inferior, difuminando ligeramente el pintalabios rosa que lleva. Luego asiente.

Joder.

—Necesito oírlo, cariño.

—Estoy segura.

Pero no parece segura en absoluto.

Suspiro y cruzo el brazo por encima de la consola central para cogerle la mano.

—Sé que esto es una locura y, si estás teniendo dudas, dímelo y—

—Vamos a tener que besarnos —suelta de repente, cortándome.

—¿Qué?

Valentina hace una mueca y señala hacia el juzgado.

—Vamos a tener que besarnos —susurra entre dientes.

—Vale… —digo despacio.

Se aparta de mi mano y empieza a retorcerse los dedos.

—No soy muy buena en… —me mira y frunce el ceño—. No se me da bien…

Me inclino por encima de la consola central, deslizo la mano hasta la nuca y tiro suavemente de ella hacia mí.

—¿Confías en mí?

Sus ojos se clavan en los míos. Son tan azules que casi parecen brillar. Pero no hay miedo en ellos.

—Sí.

Es apenas un susurro. Una respuesta a la pregunta que aún no he formulado en voz alta.

—Bien.

Curvo la boca sobre la suya y la beso.

Se supone que iba a ser algo dulce. Suave.

En cambio, es salvaje. Desesperado.

En cuanto pruebo su sabor dulce quiero más. Mi mano se desliza desde su nuca para sostener la parte trasera de su cabeza, antes de subir hasta su mejilla. Valentina separa los labios y se aprieta contra mí.

Y no pierdo ni un segundo en tomar más.

La deseo a un nivel casi molecular. Lujuria. Pasión. Necesidad.

Valentina gime bajito y el sonido me golpea como una descarga de adrenalina. Intensifico el beso mientras la otra mano se cierra sobre su cadera.

Estamos besándonos como dos adolescentes en un mirador perdido en la carretera en lugar de como una novia y un novio a punto de casarse.

Un fuerte golpe resuena contra la ventanilla del lado del pasajero, y aparto la boca de Lena de golpe para ver quién demonios nos está interrumpiendo.

Un hombre al que no reconozco, con la mano entrelazada de forma relajada con una mujer vestida de blanco, me dedica una sonrisa.

—Tiempo de sobra para eso, colega. No perdáis vuestra cita. ¡Haz de ella una mujer honesta! —se ríe.

Su prometida también sonríe y nos saluda con la mano.

—Mierda… —murmuro, cerrando los ojos y apoyando la frente contra la de Valentina.

La pareja, que está aquí por el mismo motivo que nosotros, se aleja tranquilamente.

Espero sentir la vergüenza de Valentina. En cambio, se echa a reír.

—Eso ha sido… guau.

Me aparto un poco y esbozo una sonrisa ladeada.

—¿Ah, sí?

Asiente, todavía sonrojada.

—Eso solo ha sido el principio, cariño —prometo, aunque hago una mueca al darme cuenta de lo increíblemente cutre que ha sonado—. Vamos. Entremos.

Salimos del coche y entramos en el juzgado.

Es un edificio imponente. Intercambio un gesto de complicidad con la barbilla con el tipo que había golpeado la ventanilla. Valentina y yo observamos cómo él se casa con su amor y, después… llega nuestro turno.

La ceremonia promete ser sencilla.

Rápida.

Eficiente.

Nos colocamos frente al juez y nos cogemos de las manos, las palmas presionadas entre sí como una promesa. Clavo la mirada en los ojos azul verdoso de Valentina, profundos, casi infinitos, y siento que mi futuro se abre ante mí de una manera que jamás habría imaginado.

Nunca pensé que sería capaz de esto. De ser marido.

Pero en este instante se siente como si fuera lo único que siempre estuve destinado a ser.

Me siento diez metros más alto.

Decimos nuestros votos. Valentina desliza una sencilla alianza de oro en mi dedo anular y, cuando siento su peso, algo se desplaza dentro de mi pecho.

Hasta ahora había pensado en nuestro acuerdo como un simple arreglo. Un trato.

Pero en este momento, mirándola a los ojos, intercambiando votos y anillos, me golpea la magnitud de lo que estamos haciendo.

Me estoy casando con Valentina García.

Cuando coloco una alianza de diamantes tipo eternity en su dedo, ella deja escapar un jadeo. Sus ojos se levantan hacia los míos —sorprendidos, felices— y sostengo su mirada para que vea que yo también estoy feliz con este matrimonio.

Aunque nunca vaya a ser real en el sentido tradicional… ahora mismo lo parece de verdad.

—Puede besar a la novia —dice el juez.

Una sonrisa traviesa aparece en la boca de Valentina mientras se muerde el labio inferior.

Le devuelvo la sonrisa, acorto la distancia entre nosotros y la beso con ganas.

Mientras las otras parejas presentes aplauden y vitorean, siento que Valentina sonríe contra mis labios.

—Lo hemos hecho.

Me aparto un poco para besarle la mejilla.

—Enhorabuena, señora Callaway.

Aspira aire de golpe cuando la realidad de nuestro matrimonio empieza a asentarse.

Sonrío, le tomo la mano y tiro suavemente de ella.

—Vamos. Necesitamos champán.

—¿Lo necesitamos?

—Estamos celebrando, cariño.

—¿Para las fotos de inmigración? —susurra mientras salimos de la sala.

Trago saliva. La garganta se me queda seca. La miro y reconozco la expectativa en su rostro.

—Claro. Para las fotos.

Las palabras me saben agrias al pronunciarlas, porque solo son verdad a medias.

Y no quiero analizar lo que eso significa.

Prefiero disfrutar del resto del día de mi boda con mi esposa.

Así que eso es exactamente lo que hago.

10

VALENTINA

ME QUEDO PARADA en el porche de la casa de los padres de Avery.

—Va a salir bien —me asegura por quinta vez.

Me muerdo el labio inferior.

—No lo sé. Puedo asegurarte que mis padres van a ponerse furiosos.

—Los míos van a estar encantados.

Me paso las palmas sudorosas por la falda, esperando que Avery tenga razón.

La puerta se abre de golpe y la señora Callaway nos recibe.

—¡El hijo pródigo ha regresado! —grita por encima del hombro.

El señor Callaway aparece detrás de ella, arqueando una ceja con expresión irónica hacia su hijo.

—Bueno, pasad, pasad.

La señora Callaway abre la puerta un poco más.

Entramos y me dedica una sonrisa cálida antes de envolverme en un abrazo.

—Encantada de conocerla, señora…

—¡Oh! Llámame Arlene —declara—. Después de todo, si Avery te ha traído a casa a cenar, eso significa que esto va en serio.

Me ruborizo al instante.

Oh, sí que va en serio. El hecho de que estemos aquí para decirles a los padres de Avery que estamos casados me dan ganas de meterme bajo una piedra y morir.

El único consuelo es que su familia parece mucho más relajada y comprensiva que la mía.

—Estás esforzándote demasiado —le advierte su marido con suavidad.

Arlene me da una palmadita cariñosa en el hombro.

—Avery siempre ha sido muy persuasivo. Está acostumbrado a salirse con la suya, que es la única explicación que se me ocurre para que los dos os escaparais a Texas después de pasar una sola noche juntos. ¡Quiero decir, en la fiesta de compromiso de Raia se comentaba que lo estabas acosando!

Mis mejillas arden aún más.

Retiro lo dicho: esto es muchísimo peor que el silencio ensordecedor de Papá y su mirada severa.

Arlene se inclina hacia mí y baja la voz.

—No lo estabas haciendo, ¿verdad?

—¡Mamá! —la reprende Avery.

Ella se ríe.

Yo casi me atraganto con mi propia saliva.

—Claro que no —digo rápido—. Vivo en el mismo edificio que Avery.

—¡Ah! —dice el señor Callaway—. Bueno, eso explica perfectamente por qué estaba por el barrio.

Le lanza a su hijo una mirada que claramente lo llama idiota.

—Bienvenida, Valentina.

El señor Callaway me da un abrazo.

—Es un placer que estés aquí con nosotros.

—Encantada de conocerlo, señor —respondo nerviosa.

Arlene me dedica una sonrisa dulce mientras el señor Callaway sonríe ampliamente.

—Llámame Joe. Estamos encantados de que estés aquí.

—Gracias.

Avery entrelaza sus dedos con los míos mientras avanzo más hacia el interior de su casa de la infancia, siguiendo a sus padres

hasta la cocina.

La casa es cálida y acogedora. Hay fotos familiares colgadas en una de las paredes y varios marcos en las mesas auxiliares del salón. En el comedor formal, un jarrón rebosa de flores frescas y la mesa está preparada para ocho personas.

Respiro hondo.

Ya está. He cruzado el Rubicón.

No hay vuelta atrás.

Avery me dedica una pequeña sonrisa tranquilizadora mientras Joe me pasa una copa de vino. Sus ojos se detienen un instante demasiado largo en la alianza de diamantes de mi dedo anular.

Los ojos de Joe vuelan hacia los míos y aparto la mirada enseguida, más nerviosa de lo que he estado nunca. El estómago se me retuerce en nudos y la nuca me hormiguea de ansiedad. El aroma del vino es fuerte, casi abrumador, y sé que es porque mis sentidos están en alerta máxima.

Mi cuerpo se prepara para luchar, huir…

O quedarse paralizado.

Ahora mismo no sé cuál de las tres cosas va a hacer.

—¡Hola! ¡Ya estamos aquí! —anuncia una voz desde la entrada.

Un momento después, Raia entra en la cocina con Cohen Campbell, el receptor de los Knoxville Coyotes, justo detrás.

Cohen le da a Avery una palmada en la espalda y un abrazo rápido antes de mirarme con curiosidad.

Raia besa a sus padres para saludarlos y luego me envuelve en un abrazo.

La conozco desde hace casi un año. Poco después de que Raia empezara a jugar con los Chicago Tornadoes, ella y mi hermana conectaron enseguida. Conocí a Raia en algunos de mis viajes a Illinois, pero no fue hasta que me mudé a Estados Unidos cuando empecé a pasar más tiempo con ella.

Mis nervios se disparan al darme cuenta de lo mal que podría salir esto.

¿Y si Raia no me acepta como la esposa de su hermano?

¿Y si eso arruina su amistad con Carla?

¿Y si afecta al rendimiento de mi hermana en el campo de fútbol?

¿Y si…?

—No puedo creer que le estés dando bola al idiota de mi hermano, Vale —dice Raia con ligereza, el tono cargado de humor—. Estás años luz por encima de su liga, cariño.

—Raia —la reprende Arlene—. Más bien a galaxias enteras.

—Gracias, mamá —murmura Avery.

—Toma —dice Joe, pasándole a su hija una copa de vino.

Avery abre varias cervezas y se las pasa a su padre y a Cohen.

—¿Cuándo llegan el abuelo y la abuela? —pregunta Cohen.

—En cualquier momento. Ya sabes lo mucho que le gusta a mi madre llegar elegantemente tarde —responde Arlene.

Señala la tabla de embutidos y los distintos panes, verduras y salsas dispuestos sobre la isla de la cocina.

—Servíos. Sé que siempre tenéis hambre.

Cohen le dedica una sonrisa y coge una zanahoria baby, metiéndosela en la boca.

—Acaba de comer, literalmente —me dice Raia.

—Me alegro de verte otra vez, Valentina —dice Cohen con amabilidad.

—Igualmente.

Le hago un pequeño gesto de saludo con la mano.

—¿Qué tal Austin? —continúa, pasando la mirada de mí a Avery —. No es un sitio que te imaginaría visitando por gusto.

—Fue idea de Lena —responde Avery.

—¿Lena, eh? —comenta Raia.

Aprieto los labios antes de ofrecer una pequeña sonrisa.

—Es el apodo que me ha puesto Avery.

—¿Un apodo después de una semana? La cosa debe de estar calentándose —dice Cohen, asintiendo como si todo tuviera sentido.

Nada tiene ningún maldito sentido.

—Yo… eh… quería ver la migración de algunos halcones y colibríes. Austin forma parte del Central Flyway —explico.

Cohen me mira como si tuviera tres cabezas.

Joe resopla dentro de su cerveza. Arlene mira a su hijo como esperando que él traduzca lo que acabo de explicar.

Raia sonríe con malicia.

—Eso suena totalmente a algo que haría Avery. Es un apasionado observador de aves.

—¡Ay, Dios! —exclama Arlene, entendiendo por fin la conversación—. ¿Visteis alguna interesante?

—Un águila calva —añade Avery, con los labios temblándole por la risa.

—Qué patriótico —comenta Arlene.

Joe da un trago a su cerveza, los ojos brillándole de diversión mientras me mira. Una vez más, su mirada baja hacia mi dedo anular, y ladea la cabeza, como preguntándome qué estoy esperando.

¿Debería soltar la noticia sin más?

¿Confirmar lo que sospecha?

Miro a Avery buscando ayuda. Orientación. Alguna señal.

Avery bebe un sorbo de su cerveza.

—Lo pasamos muy bien —continúo, intentando reunir valor.

—Debió de ser una primera cita increíble —dice Cohen.

—Nos casamos al final —añade Avery con el mismo tono tranquilo de hace un segundo.

Raia abre la boca para replicar algo ingenioso, pero la cierra de golpe. Sus cejas se fruncen y entrecierra los ojos, como intentando procesar el significado de las palabras de Avery.

—Espera… ¿qué? —pregunta Cohen.

Levanto la mano mostrando la alianza de diamantes.

—¡Sorpresa!

La primera reacción que rompe el hielo es la carcajada de Joe.

Arlene parece completamente desconcertada.

—Enhorabuena, querida. Eres la primera persona que deja a mi mujer sin palabras —dice Joe antes de atraerme a un abrazo—. Bienvenida a la familia. Imagino que todavía estás a tiempo de echarte atrás, pero si te gustan las trastadas y las risas, encajarás perfectamente.

Me hundo en su abrazo y me aferro al padre de Avery un segundo más de lo necesario. Su firmeza, la naturalidad con la que me recibe, disipa parte de mis dudas. Me da una aceptación que jamás recibiré de mi propio padre y, ahora mismo, en este instante, casi me hace llorar.

Es una locura porque acabo de conocer al hombre y, sin embargo, siento que está de mi lado. Como si estuviera animándome.

—Gracias. No he formado parte de muchas trastadas —susurro.

Se ríe.

—Nunca es tarde para empezar.

—¿Estáis… casados? —Arlene señala entre Avery y yo.

Los ojos de Raia se clavan en los míos. No logro descifrar su expresión; parece más sorprendida que otra cosa.

—Enhorabuena, hermano —dice Cohen, pasando un brazo por los hombros de Avery.

—¿Quién está casado? —pregunta una mujer mayor al entrar en la cocina—. ¿Harold? Eres demasiado lento. ¡Nos estamos perdiendo el té!

—Acabas de tomar té —responde un hombre desde atrás. Luego entra en la cocina detrás de su mujer y tengo que reprimir la risa.

Claramente son los abuelos de Avery y son… fabulosos.

—Si tomas otra taza, estarás toda la noche levantándote para ir al…— empieza Harold.

Su mujer lo corta levantando una mano. Sus ojos recorren la estancia, evaluando la situación.

—¿Quién está casado?

Avery levanta una mano con cautela.

—Yo, abuela. Me casé con Valentina cuando estábamos en Texas.

Los ojos de la abuela saltan hacia mí y luego vuelven a su nieto. Se lleva una mano al cuello de la blusa y yo me enderezo, rezando para que esta dulce mujer mayor no se desmaye del susto.

—¿Os habéis fugado para casaros? —susurra con dureza.

—Bueno… supongo que sí. —Avery se rasca la sien—. Fue en el juzgado.

—¿Sin un hombre de la Iglesia presente? —ladra Harold.

—Ya empezamos —murmura Joe.

—Papá, no todo el mundo quiere intervención religiosa —dice Arlene con suavidad.

—Pero Avery la necesita —señala la abuela, muy útil.

—Y tú debes de ser Valentina. —Harold me observa con atención.

—Hola —digo, saludando otra vez con la mano.

—Pareces bastante más lista que Avery —admite la abuela.

Cohen resopla.

—Lo es —añade Raia—. Además le gusta observar aves.

—¡Oh! —Los ojos de la abuela brillan—. Entonces nos llevaremos de maravilla. Dime, querida, ¿a tus padres les parece bien que no haya habido un sacerdote presente?

—Yo… eh… bueno… —balbuceo.

—A vosotros os lo estamos contando primero —explica Avery.

—¿Éramos la prueba piloto? —Arlene arruga la nariz.

—¿Cómo lo veis? —pregunta Harold a Raia.

—El jurado aún no se ha pronunciado —responde Cohen por ella.

—Podríais haber dicho algo en la fiesta de compromiso de Raia y Cohen el fin de semana pasado —continúa la abuela—. Ni siquiera tuve ocasión de conocerte allí, Valentina. Y conocí a muchísima gente, vaya si lo hice. Me gusta ese chico… ¿cómo se llama?

Se inclina ligeramente hacia Harold.

—Gage —le recuerda.

—¡Gage! Es un buen chico —dice la abuela.

—Tiene casi cuarenta —murmura Cohen.

—Un buen chico —repite la abuela.

—Bueno, Valentina no estuvo en la fiesta —explica Arlene—. Esto es algo nuevo. —Mueve el dedo entre Avery y yo.

—Ajá —gruñe Harold.

La boca de la abuela se abre de golpe y los ojos casi se le salen de las órbitas.

—No estarás embarazada, ¿verdad, Valentina?

La cerveza de Cohen literalmente sale disparada por su nariz.

Oh, mierda.

Se me duermen las manos mientras un hormigueo baja por mis piernas. Abro la boca, pero no me sale ninguna palabra.

—¡Mamá! —exclama Arlene horrorizada.

Joe vuelve a llenarme la copa de vino.

—Lo vas a necesitar —murmura.

Raia le da palmadas en la espalda a Cohen.

—¡Claro que no! —dice Avery—. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

Cuando su familia guarda silencio, él hace una mueca, y de inmediato siento pena por él.

De hecho, por ridículos e insoportables que hayan sido los últimos cuarenta minutos, pasar tiempo en la cocina de los Callaway me ha dado una nueva perspectiva de la vida de Avery.

Y entiendo por qué desea tanto el respeto de su familia. Son buenas personas, sencillas, con los pies en la tierra, y debe de ser duro no encajar del todo con ellos. Es una sensación que conozco bien, porque aunque mi familia no es ni de lejos tan divertida como esta, nunca me ha gustado sentirme distante de ellos. Como si hubiera algo mal en mí.

—No respondas a eso —añade Avery, levantando una mano a modo de advertencia—. Abuela, abuelo, mamá, papá, Raia, Cohen…

Mira a cada una de las personas presentes.

—Estamos todos aquí, hermano —bromea Raia.

—Esto solo podría mejorar si el tío Jim estuviera presente —añade Cohen.

Raia le da un codazo en las costillas y él hace una mueca.

—Valentina y yo nos casamos ayer porque lo que sentimos el uno por el otro… Bueno, nunca he sentido por ninguna mujer lo que siento por Lena. Tengo una carrera exigente y pronto tendré que viajar mucho, y la idea de no volver a casa con ella es algo que no quería ni plantearme. Sé que esto no es lo que esperabais de mí, pero espero que podáis dar la bienvenida a Valentina a nuestra familia. Porque ella no se va a ir a ninguna parte.

Avery sostiene mi mirada y la emoción en sus ojos es real. Honesta. Sincera. Y casi consigue desarmarme.

El corazón me da un vuelco y se me cierra la garganta. Me está reclamando delante de su familia como si esto fuera real. Como si tuviéramos intención de seguir casados.

—Es la definitiva —añade.

—Bueno, si le gustan los pájaros, está claro que es de las buenas —responde la abuela, con firmeza.

—Aun así deberíais haber tenido a un ministro presente —dice Harold encogiéndose de hombros.

—Nos habría gustado asistir a vuestro gran día —añade Arlene.

—O ayudar a organizarlo —dice Raia.

La miro. Esta mujer que ahora es mi cuñada.

—Lo siento, Raia. Mi única preocupación con que Avery y yo nos fugáramos para casarnos es que hayamos podido pisarte sin querer. —Mi voz suena más firme de lo que esperaba, y me doy cuenta de que el vino me está dando valor líquido. Gracias, Joe—. El momento fue… bueno, poco elegante —admito—. Pero cuando estuvimos juntos…

Miro a Avery. Me observa como si contuviera la respiración. Como si lo que estoy a punto de decir fuera lo más importante que haya escuchado jamás.

—…no podíamos soportar la idea de pasar un solo día más separados.

—Oh, bueno, eso es precioso.

La abuela coge una servilleta de cóctel de la isla de la cocina y se seca las comisuras de los ojos.

Arlene tiene una mano apoyada sobre el corazón, los ojos brillantes de emoción.

—Lo harás estupendamente —susurra Joe.

Raia me dedica una sonrisa vacilante y me envuelve en un abrazo. Por encima de mi hombro le dice a su hermano:

—Sí que me robaste un poco de protagonismo, imbécil. Pero no podrías haber elegido a una mujer mejor, así que… se me pasará. Solo porque Vale ha tenido las narices de decir en voz alta lo que todos estábamos pensando.

—No sé yo si todos —comenta Cohen.

Arlene niega con la cabeza.

—Estáis casados. —Extiende los brazos para abrazar a su hijo.

—Supongo que toca felicitaros —dice Joe.

—¡Oh, sí! Sacad el champán bueno. —La abuela da una palmada.

Joe se ríe entre dientes, pero hace lo que le dicen.

—Sabes que eso significa que tendrás que ponerte el vestido de dama de honor feo, ¿verdad? —Raia arquea una ceja mirándome.

Me río. El vino me calienta la sangre y afloja la tensión que tenía en las articulaciones.

—Es un honor que quieras que esté a tu lado.

—Eres demasiado dulce para Avery —comenta Arlene, atrayéndome a un abrazo. Tiene lágrimas en los ojos y parpadea para contenerlas—. Vamos, sentémonos a cenar.

Mientras Joe sirve el champán y la familia se traslada al comedor, Avery se coloca a mi lado. Su mano encuentra el centro de mi espalda y se queda ahí, anclándome al momento.

Encuentro consuelo en el peso de su palma contra la parte baja de mi espalda. Me inclino hacia él, como si cediera a la fuerza gravitatoria que ejerce su presencia.

—Lo has hecho genial —murmura, mirándome a los ojos.

Levanto el rostro hacia el suyo.

—Tú también. Casi te creí por un momento.

Avery ladea la cabeza y una sombra cruza sus ojos. Pero no dice nada. En lugar de eso, inclina el rostro hacia mí y deposita un beso rápido en mis labios.

Después entra en el comedor y yo tomo una respiración temblorosa.

¿A qué ha venido eso? ¿Y qué quería decir Avery con ese gesto?

11

AVERY

UNA VEZ que dimos la noticia a mis padres, las cosas empezaron a encajar. Más o menos. Valentina llamó a sus padres para contarles lo sucedido y, por los gritos que escuché al otro lado de la línea, sumados a la angustia que se dibujó en su cara durante los dos días siguientes, estaba claro que la noticia de nuestro matrimonio no había sido bien recibida.

Cuando le pregunté a Valentina al respecto, se cerró aún más en sí misma. Dijo que no era nada nuevo y se negó a hablar del tema.

Y, siendo sincero, el tiempo no es mi aliado a la hora de insistir. Mi semana de descanso ha terminado y vuelvo a la rutina del fútbol.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Valentina con voz débil mientras mira alrededor, observando las cajas con sus cosas apiladas en el recibidor de mi apartamento.

La miro y alzo una ceja.

—Ahora que ya hemos subido todas las cajas, sí. ¿Tú lo estás?

Suspira.

—Quiero decir… también podría haber mantenido mi apartamento.

—¿No crees que eso parecería sospechoso para un funcionario de inmigración? ¿Mi esposa tiene una vivienda —no una que posee, sino una que alquila— solo dos plantas más abajo?

—Supongo —responde Valentina sin demasiado convencimiento.

Pero puedo ver que la falta de apoyo de sus padres le está pesando.

Eso, sumado a la realidad.

Somos dos jóvenes profesionales con agendas imposibles. Yo paso más horas despierto en el campo que en casa, y Valentina suele trabajar hasta tarde en la biblioteca de la universidad.

En los últimos días hemos tenido una pequeña muestra de cómo será nuestra nueva normalidad… y no pinta bien para los próximos meses. Ni para los próximos dos años.

—¿Quieres empezar a deshacer las cajas? —pregunto—. He despejado espacio en el armario y en los cajones para tus cosas.

—Gracias.

Valentina vuelve a mirar las cajas.

—Ha sido muy amable por tu parte, Avery.

¿Amable? Soy su puto marido. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Quedarme con todos los estantes del armario para mí?

En lugar de decir eso, dejo escapar un suspiro.

—Tengo que ir al estadio. Tengo una reunión con el entrenador y vamos a revisar algunas jugadas.

—Vale.

Valentina asiente.

—¿Estarás en casa para cenar?

Hay un destello de esperanza en sus ojos que odio tener que apagar.

Pero no hay otra opción.

—Esta noche no —respondo—. Probablemente ninguna noche de esta semana.

Su rostro se hunde durante un segundo, pero en el siguiente parpadeo ya ha escondido la decepción.

—No pasa nada. Esta noche es la única en la que llegaré temprano a casa —añade, arrodillándose para abrir una de las cajas. Mira dentro, revisando lo que hay, mientras continúa—: Intentaré verte mañana en algún momento.

—Sí. Si quieres, podemos tomar un café por la mañana. ¿O un smoothie?

—Gracias, pero tengo reunión con la doctora Mendoza. Estaré en el campus a las ocho.

—Ah… vale —murmuro.

Mi mano roza la parte superior de su cabeza y ella me dedica una pequeña sonrisa.

Es como si la estuviera acariciando como a un perro y ella esperara a mis pies las migajas de atención que pueda lanzarle. Lo odio. Y también odio la punzada de culpa que me atraviesa el estómago.

Nunca antes me había pasado esto.

Mila siempre entendió que el fútbol iba primero porque estuvo conmigo antes y durante el inicio de mi carrera. Crecimos juntos y el fútbol siempre estuvo entre nosotros, pero también era algo que compartíamos.

Desde Mila, no me ha importado lo suficiente ninguna otra mujer como para preocuparme de si se sentía desatendida por las exigencias de mi profesión.

Pero con Lena… saber que la dejo aquí, en mi espacio, esperando que encuentre la manera de convertirlo en su hogar, remueve algo más profundo. Me hace sentir como si la estuviera abandonando para que lidie sola con las consecuencias de nuestra decisión.

De mi propuesta de matrimonio.

Y es estúpido, porque no debería sentirme así. Le hice un favor. Le arreglé todo el lío del visado.

Aun así, el regusto amargo sigue en mi boca. Me aclaro la garganta, murmuro un adiós y salgo del apartamento.

Conduzco hasta el estadio Honeycomb en silencio.

La última semana ha sido un auténtico caos mental. Un torbellino. Celebré el compromiso de mi hermana, conocí a una mujer por la que puse mi vida patas arriba, me la llevé de viaje… y después me casé con ella.

A medida que los kilómetros entre Valentina y yo se acumulan, dejo escapar un suspiro cargado, en parte, de alivio.

Hemos pasado tanto tiempo juntos que apenas he tenido espacio para procesar la magnitud de mi decisión. Para ordenar mis

pensamientos y mis sentimientos sobre la elección que he hecho.

No es que me arrepienta, no lo hago, es que no sé qué pensar de todo esto. De Valentina y de mí.

Aparco en el estadio y me echo la bolsa al hombro. Entro en el Honeycomb, paso por el vestuario y dejo mis cosas en mi taquilla.

Un aplauso lento resuena a mi espalda.

Me giro por encima del hombro.

—¡Te has casado! —dice Gage Gutierrez con una sonrisa enorme —. ¡Ni siquiera nos invitaste a tu boda!

Le devuelvo la sonrisa mientras niego con la cabeza.

—No fue así, hermano.

—No estoy enfadado —dice, tendiéndome la mano—. Porque he oído que Cohen tampoco estaba allí.

—Ni nuestras familias estuvieron. Nos fugamos —explico.

—Sí, sí. Pero si me hubieras llamado, habría volado hasta allí.

—Lo sé.

Le estrecho la mano y lo abrazo con un solo brazo. Le doy una palmada en la espalda antes de separarme.

La verdad es que Gage habría volado hasta allí, y es algo que valoro de él. Es de esos tíos que siempre están ahí para los suyos y nunca falla a ningún miembro del equipo. Quizá tenga que ver con lo unida que es su familia, pero trata a sus compañeros con ese mismo respeto.

Somos una extensión de su familia.

—Enhorabuena, hermano —dice Gage, dándome otra palmada en la espalda.

—Tenemos que conocer a tu mujer y celebrarlo —añade West Crawford al entrar en el vestuario.

—Lo haréis —prometo.

—No me puedo creer que volemos al puto Detroit el domingo — masculla Talon Miller. Me señala con el dedo—. Enhorabuena por tu matrimonio. Respeto tu decisión de no hacer boda. Es una pérdida de dinero de la hostia.

—No dejes que Leni te oiga decir eso —dice West.

—Ni el entrenador —añade Jag Baglione con una sonrisa. Talon está coladísimo por la hija del entrenador, Leni Strauss, y lo más

probable es que acabe teniendo la boda más exagerada de todo el equipo.

—Es solo una opinión —replica él, levantando las palmas en gesto defensivo.

—En fin, te deseo lo mejor, tío —dice West con sinceridad.

—Gracias. —Inclino la cabeza a modo de agradecimiento—. Ahora, basta de hablar de mi felicidad matrimonial. Se nos vienen partidos complicados. Vamos a reunirnos con el entrenador.

Los chicos gruñen en señal de acuerdo y, cuando llegan algunos más del equipo, avanzamos por el pasillo para encontrarnos con el entrenador.

El entrenador Strauss alza una ceja cuando me ve.

—¿Matrimonio, eh?

—Es lo mejor que me ha pasado en la vida, entrenador —respondo, dándome cuenta de que, en cierto modo, es verdad.

—Ya. Pues asegúrate de que siga siendo así —murmura—. Enhorabuena, Avery. Espero que Valentina y tú seáis muy felices.

Me tiende la mano y la estrecho.

—Gracias, entrenador.

Mantengo su mano un segundo más de lo normal.

—¿Ya has conocido a los suegros? —pregunta.

—No. —Niego con la cabeza.

El entrenador suelta una risita por lo bajo.

—Prepárate. Porque Rubén García… —deja escapar un silbido bajo y señala la pantalla con la barbilla—. Va a hacer que estos vídeos parezcan un puto juego de niños.

—Genial —murmuro mientras me dejo caer en una silla.

Cuando el entrenador pone la grabación, suelto un suspiro.

Ahora soy un hombre casado. Se supone que las cosas deberían asentarse y volverse más fáciles, como si compartiera las cargas con una pareja.

Pero Valentina y yo no somos una pareja de verdad. Somos unos putos farsantes, fingiendo y aparentando. Al menos Lena tiene un motivo real para estar en esto: su carrera. Su futuro.

Yo lo hago por una necesidad retorcida de demostrar que soy un buen hombre, alguien capaz de hacer cosas buenas. ¿Por qué no se

siente así?

En lugar de sentirme redimido, me siento culpable.

El simple hecho de reclamar como mía a una mujer dulce e inocente sin intención de comprometerme con ella de por vida contradice ese deseo desesperado de hacer lo correcto.

Su padre va a calarme enseguida. Y no le culparé por decir las cosas como las ve.

No puedo culpar a nadie cuando soy yo quien está convirtiendo el matrimonio en una burla.

Yo. Soy el culpable.

Y pronto todo el mundo lo sabrá.

Sacudo la cabeza y vuelvo a concentrarme en el vídeo del partido. Lo único que está bajo mi control ahora mismo es cómo rinde nuestro equipo dentro y fuera del campo durante lo que queda de temporada. Si queremos entrar en los playoffs, si queremos tener una oportunidad en la Super Bowl, todo se va a decidir en estas próximas semanas.

Necesito estar centrado. Con la cabeza en su sitio y totalmente metido en ello.

No puedo distraerme ni enredarme por una mujer, aunque esa mujer sea mi esposa.

Pero esto solo fue un acuerdo. Una oportunidad de hacer lo correcto y ayudar a alguien en el proceso. Valentina se casó conmigo por su visado.

No espera nada más de mí.

Las mujeres como ella nunca lo hacen.

12

VALENTINA

ODIO que me duelan los sentimientos.

Una pesadez envuelve todo mi cuerpo, como una presión que se cierne sobre cada parte de mí. Me duele el pecho y se me retuerce el estómago. El cansancio se cuela por mis extremidades y la cabeza me late con un dolor constante.

Duermo ocho horas cada noche y aun así me levanto agotada. Como cuando toca, a intervalos normales, pero apenas saboreo la comida.

Lo único que me sostiene es el trabajo. Ahora que mis papeles están en regla, la doctora Mendoza me ha acogido en el equipo con entusiasmo y me ha asignado tareas e investigaciones que consumen toda mi energía mental.

Pero cada mañana miro alrededor del apartamento de Avery y desearía que estuviera en él.

En lugar de eso, prácticamente vive en el Honeycomb, viaja para los partidos fuera de casa o sale con sus compañeros de equipo. Incluso cuando está en la ciudad, apenas coincidimos.

Somos dos barcos que se cruzan en la noche, porque nuestros horarios nunca encajan. Yo me levanto a las siete de la mañana todos los días, pero él o duerme hasta tarde o sale a correr antes del amanecer. Cuando me meto en la cama a las once de la noche

después de horas en la biblioteca, Avery ya está profundamente dormido.

Nuestras conversaciones se reducen a mensajes de texto dispersos, notas adhesivas en la isla de la cocina recordando al otro sacar el reciclaje o alguna otra cosa mundana, y algún saludo ocasional si coincidimos cuando uno de los dos sale corriendo por la puerta.

A estas alturas somos compañeros de piso. Ni siquiera de los simpáticos, sino de los prácticos.

El hombre al que le hice votos, el de los ojos grises que brillaban y la mirada considerada, ha desaparecido. En su lugar hay un capitán de equipo dedicado, un jugador de fútbol obsesionado con su rendimiento y un hombre totalmente concentrado. No le queda ni un mínimo espacio mental para su esposa.

Y no puedo culparlo, porque se supone que no soy su esposa más que de nombre.

Intenta explicárselo a mi estúpido corazón, que siente como si lo hubieran pasado por una trituradora. Me pregunto si así se siente una cuando está… enferma de amor. Evidentemente no estoy enamorada de Avery Callaway, pero sí me importa.

Y lo echo de menos.

—Buenos días, Valentina —dice la doctora Mendoza cuando entro en el departamento de biología.

—Buenos días.

Consigo esbozar una sonrisa mientras dejo mis cuadernos sobre la mesa que reclamé hace casi tres semanas.

Estoy revisando un gráfico cuando noto sus zapatos junto a mi mesa de trabajo. Al levantar la vista, la doctora Mendoza me observa con una mirada aguda y evaluadora.

—¿Puedo ayudarla en algo? —ofrezco.

Inclina la cabeza, como si me estuviera estudiando.

—¿Estás bien, Valentina?

Echo un vistazo alrededor de la oficina. Salvo unos pocos administrativos —la mayoría tecleando con auriculares puestos— el espacio está bastante vacío.

—Sí, claro —respondo deprisa, sintiendo cómo la sangre se me va del rostro. ¿He hecho algo mal? ¿Debería estar haciendo algo más? ¿No estoy cumpliendo con sus expectativas?—. ¿Hay algo que…?

Levanta una mano y me callo.

—Esto no tiene nada que ver con tu rendimiento laboral —dice con amabilidad al notar mi angustia—. Simplemente no pareces tú misma últimamente. Has estado más callada, más distante. He notado que no te has unido al resto para ninguno de los almuerzos o de las salidas después del trabajo. Haces un trabajo maravilloso gestionando tus responsabilidades profesionales y académicas. Tu trabajo es impecable, tu investigación está muy bien documentada. Pero eres una recién casada, Valentina, y desde que apareciste con ese anillo en el dedo apenas te he visto sonreír, reír o siquiera quedarte ensimismada.

Inclina la barbilla hacia mi anillo de boda.

Mi pulgar recorre el borde de la alianza, siguiendo su contorno. Cuando Avery me la puso en el dedo, no pude contener la alegría que me inundó. Estaba orgullosa, feliz y… llena de expectativas sobre lo que nos depararía el futuro.

Nunca habría imaginado esto.

Apenas hablarnos. Apenas vernos. Un par de mensajes de texto.

Suspiro y asiento, dándole la razón a la doctora Mendoza.

—Ha sido una transición —admito en voz baja.

Su expresión se suaviza.

—El matrimonio es difícil. Requiere trabajo por parte de ambos. Compromisos, sacrificios y comunicación.

Me muerdo el labio inferior mientras pienso en sus palabras.

Avery y yo estamos fallando en las tres cosas.

Ninguno de los dos ha cedido ni un centímetro en sus rutinas para adaptarse al horario del otro. Apenas hablamos. Y, aparte de casarnos físicamente y vivir en el mismo espacio, no ha habido sacrificios.

Nunca será todo arcoíris y magia, Lena.

Avery fue sincero conmigo desde el principio. Y tenía razón: cumple con su parte. Me dejó una tarjeta de crédito en la isla de la

cocina junto a una nota adhesiva diciéndome que comprara lo que quisiera. Su apartamento es cálido y acogedor. Viene una limpiadora dos veces por semana y recibimos comida y la compra a domicilio con regularidad.

Vació la mitad del armario y de los cajones del baño para mí. Hace dos días recibí una invitación para una fiesta de Navidad de parte de Nova Marten, la prometida de West Crawford.

La vida es exactamente como él dijo que sería.

Entonces ¿por qué se siente dura y dolorosa? ¿Por qué lo añoro por las noches y pienso en él por las mañanas?

¿Por qué mi trabajo —el trabajo que antes llenaba cada rincón de mi ser— ahora se siente mecánico y vacío?

¿Cuándo empecé a enamorarme de mi marido, un hombre que jamás me querría si no estuviera intentando demostrarse algo a sí mismo?

Las lágrimas me queman la nariz y me escuecen los ojos. Levanto la vista, intentando contenerlas para no avergonzarme aún más llorando delante de la doctora Mendoza.

Ella posa una mano sobre la mía y suaviza el tono.

—Has estado trabajando sin parar, Valentina. ¿Por qué no te tomas hoy para relajarte? Para pensar y tener un poco de tiempo para ti. Te prometo que el trabajo seguirá aquí mañana. Y todos hacemos nuestro mejor trabajo cuando tenemos la mente despejada.

Respiro hondo.

—¿Está segura?

Sonríe.

—Lo estoy. Además, mañana te quedarás hasta tarde porque tenemos una sesión de presentaciones por la noche. Me gustaría que hablaras al inicio del evento. Es una buena oportunidad para que compartas los cursos de educación pública que estás poniendo en marcha en el Ijams Nature Center.

Mi proyecto favorito —iniciar una serie de charlas y actividades educativas para aficionados a la observación de aves, principiantes e incluso niños en el centro natural de Knoxville— ha sido aprobado.

Es algo por lo que luché mucho y ahora que está saliendo adelante debería estar eufórica.

En cambio, me siento vacía.

Aun así, la oportunidad de presentar la nueva iniciativa en el evento de mañana por la noche —al que asistirán antiguos alumnos e invitados de la universidad— es algo que no puedo dejar pasar.

—Me encantaría —acepto.

—Bien. —La doctora Mendoza me aprieta el antebrazo con suavidad—. Puedes dejar tus notas aquí. Vete, da un paseo, tómate un café bien caliente y pasa un rato en la naturaleza, Valentina.

—Gracias, doctora Mendoza.

—Ah, y no te olvides del viaje de trabajo de campo a las Smoky Mountains. Hemos tenido que cambiar las fechas y salimos el…

—El cuatro de enero —murmuro—. Leí el correo anoche.

—Perfecto. Creo que vas a encajar de maravilla en el equipo.

—Le agradezco mucho la oportunidad —digo con sinceridad.

La doctora Mendoza sonríe.

—Te la has ganado. Nos vemos mañana, Valentina.

—Mañana —respondo, soltando el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

Guardo mis notas y mi investigación en uno de los armarios de la oficina. Después cojo el bolso y el abrigo y salgo del despacho. Saber que tengo todo el día por delante, sin compromisos, me ofrece un pequeño respiro.

Hay un ligero rebote en mis pasos. Un rayo de sol en mi estado de ánimo.

Cuando salgo del edificio y alzo el rostro hacia el cielo azul y despejado, dejando que me alcance la luz del sol, mis hombros se relajan con alivio. Le estoy agradecida a la doctora Mendoza por darme un poco de tiempo libre y ofrecerme una perspectiva nueva.

Me dirijo hacia el centro caminando a un ritmo tranquilo, fijándome en las decoraciones navideñas que apenas he notado en las últimas semanas, demasiado metida en mi propia cabeza.

El centro cobra vida con la magia de la Navidad y me doy cuenta de lo desconectada que he estado. Distante y ausente.

Pero ahora… una sonrisa se dibuja en mi rostro.

Hay luces navideñas y escaparates festivos. Patinaje sobre hielo en Market Square y fotos con Santa Claus. Las cafeterías anuncian cafés especiales de temporada y elaboradas tazas de chocolate caliente. Los restaurantes empiezan a llenarse con la gente del brunch.

La ciudad bulle de actividad. Hay una energía contagiosa en el aire: la cuenta atrás para Navidad ya ha comenzado, pero la urgencia aún no se ha instalado del todo. En su lugar, los amantes de las fiestas se muestran ilusionados y entusiasmados. Hay alegría y risas.

Y parte del gris en el que he estado viviendo se levanta, dejando ver destellos de color.

Entro en una cafetería y aspiro el delicioso aroma del café. Me sorprendo a mí misma cuando llega mi turno y pido un mocha de menta en lugar de mi habitual café con leche.

La barista lleva unas orejas de reno y sonríe ampliamente al pasarme mi humeante bebida.

—¡Felices fiestas!

—Felices fiestas —respondo, devolviéndole la sonrisa.

Con la taza caliente entre las manos, me acomodo en una mesa del fondo y paso unos minutos observando la escena a mi alrededor. Parejas jóvenes que se detienen a tomar un café matutino, profesionales ocupados que piden uno para llevar mientras equilibran teléfonos que no dejan de vibrar, y madres jóvenes con niños revoltosos a cuestas que parecen necesitar desesperadamente un chute de cafeína.

Está lleno, pero también es alegre.

Soplo sobre mi café y saco el móvil.

Una punzada de decepción me atraviesa al ver que no hay ningún mensaje de Avery. Pero ¿qué más puedo esperar? ¡Ya se ha casado conmigo!

Le envío un mensaje a Abuela prometiéndole que la llamaré esta noche. Hace demasiado que no hablamos y sé que está preocupada. Además, me vendría bien su consejo.

Estoy a punto de guardar el teléfono cuando llega un mensaje al chat de hermanos. Carla y Ale empiezan a escribir a toda velocidad

en español.

CARLA

Cuenta atrás para Navidad activada. Mami y Papi ya han reservado los vuelos. Llegan a Chicago el 27 de diciembre.

ALE

Papá me lo ha dicho. A ver si consigo reservar algo también. No podré quedarme tanto como ellos. Tengo partido el 9 de enero.

CARLA

¡SÍ! Si vienes, conseguiré entradas extra para la Gala Benéfica que patrocinan las Tornadoes para promover y celebrar el soccer femenino en la ciudad.

ALE

Es fútbol, Carla. No te vuelvas demasiado americana.

CARLA

Es el 28 de diciembre. ¿Puedes venir?

ALE

Sí. Cuenta conmigo.

CARLA

¿Con acompañante?

ALE

jajaja

CARLA

¿Vale?

Doy un sorbo a mi mocha y dejo que la mezcla de menta y chocolate recorra mi lengua.

Puedo hacerlo. Puedo decirle a mi familia que soy una mujer casada.

El hecho de que aún no se lo haya contado resulta alarmante. Raia juró no decírselo a Carla hasta que yo misma hiciera el anuncio

a mis padres y a mis hermanos. Avery cree que ya lo saben y que no reaccionaron bien.

Pero la verdad es que, cuando llamé a mis padres para decirles que mi visado había sido aprobado y que me quedaría en Knoxville para completar mi investigación, se enfadaron y se sintieron decepcionados.

No entendían por qué es importante para mi carrera estar aquí cuando hay tantas oportunidades de investigación en España. En Europa. ¿Por qué tenía que venir hasta Estados Unidos?

Después de su decepción ante una noticia que a mí me llenaba de alegría, supe que contarles lo de Avery sería un error.

Así que no dije nada.

He dejado que Avery piense que mis padres saben la verdad sobre nuestro matrimonio. Y he dejado que mis padres crean que he estado demasiado ocupada con el trabajo para llamarles.

Ahora no sé cómo dar la noticia. Tres semanas es demasiado tiempo para guardar una información que cambia la vida.

Pero con Raia en Knoxville durante el parón de la temporada y completamente absorbida por los preparativos de su propia boda, no ha insistido demasiado. Sobre todo porque sabe —gracias a Carla— lo estricto e inflexible que puede ser Papá, así que pareció comprender cuando le dije que necesitaba dar la noticia a mi manera y en el momento adecuado.

Lo que más me sorprende es que Avery no haya preguntado nada.

¿No se pregunta por qué aún no ha hablado con mis padres? En cierto modo debería molestarle no tener ningún vínculo con ellos, ni siquiera un reconocimiento de esta nueva relación, sobre todo cuando su familia me acogió con los brazos abiertos.

A menos que realmente no le importe.

El estómago se me retuerce dolorosamente al darme cuenta de que probablemente esa sea la verdad. De hecho, no me sorprendería que Avery se hubiera olvidado por completo del asunto.

Algunos días incluso parece que se ha olvidado de mí.

ALE

Vale, ¿estás bien? Últimamente estás muy callada.

CARLA

¿Investigación?

ALE

Podría al menos darnos prueba de vida.

Suspiro y me hago un selfie sosteniendo el mocha y sonriendo de oreja a oreja. Pero al observar la foto me doy cuenta de lo cansada que parezco. La piel apagada, los ojos sin brillo. Incluso el pelo —que normalmente es voluminoso y con movimiento— cuelga sin vida.

Con otro suspiro, borro la foto y silencio el chat sin responder. Tengo que contarle la verdad a mi familia, pero hoy no tengo fuerzas para esa conversación. No cuando me siento más yo misma de lo que me he sentido en semanas.

—¿Valentina? —pregunta una mujer con cautela.

Levanto la vista y reconozco a Nova Marten y a Leni Strauss.

—Hola —digo, logrando sonreír.

—¿Cómo estás? —pregunta Leni.

—Bien. Por favor, sentaos —ofrezco, señalando las sillas vacías frente a mí.

Las dos se sientan, con las manos rodeando tazas de café humeante.

—¿Has estado aquí alguna vez? —pregunta Nova.

Niego con la cabeza.

—Está buenísimo. Hacen cafés de temporada durante todo el año. El próximo otoño tienes que probar los de pumpkin spice —explica. Mira su teléfono y sus cejas se fruncen—. Perdona un momento —dice mientras abre un mensaje—. Es la guardería.

Lee el mensaje y sonríe. Sus ojos vuelven a los míos.

—Stella acaba de empezar y creo que me está costando más a mí dejarla que a ella…

Me muestra la pantalla del móvil y me inclino hacia delante.

—Su profesora acaba de enviarme esta foto.

Una niña preciosa con dos coletas que se levantan rectas hacia el aire y unos enormes ojos azules sonríe desde la pantalla. Se le ven dos dientecitos de leche y un poco de baba se acumula en la comisura de la boca.

—Es preciosa —digo con total sinceridad.

—Es un amor —añade Leni.

—Es… todo un personaje —se ríe Nova—. La mayoría de los días es un torbellino, pero la echo de menos ahora que ya no está en casa.

—Es bueno que hayas vuelto al trabajo a tiempo completo —la tranquiliza Leni con suavidad.

Nova suspira.

—Creo que sí. Ya tocaba pero… a veces es difícil procesar todas esas emociones grandes. En fin… —vuelve a centrar su atención en mí—. Me alegro de haberte encontrado. ¿Tú y Avery vais a venir a la fiesta de Navidad?

Mierda. Ayer dejé una nota adhesiva con los detalles de la fiesta en la isla de la cocina, pero Avery aún no ha respondido. ¿Quiere ir? Como capitán debería estar presente. Pero ¿quiere que yo vaya con él? ¿O es mejor que mantengamos nuestras vidas profesionales separadas de nuestro falso matrimonio?

Me muerdo el labio inferior y miento.

—Creo que sí. La verdad es que esta semana ha sido muy intensa. Mañana por la noche tengo una presentación en el trabajo y…

—¿Ah, sí? —pregunta Leni—. ¿Sobre qué? Perdona, pero en realidad no sabemos muy bien a qué te dedicas más allá de trabajar en la universidad.

—Sí —dice Nova con una sonrisa cálida—. Nos encantaría conocerte mejor, Valentina. Estamos muy felices por Avery y por ti. —Se encoge de hombros—. Cuando el equipo viaja, las esposas y novias solemos quedar para tomar algo o un café. Nos encantaría que te unieras.

—Oh… yo… —dudo, un poco abrumada por su amable invitación —. A mí también me gustaría —digo finalmente—. Paso la mayor

parte de los días en la biblioteca y siempre estoy buscando una excusa para tomar café por la tarde.

—Chica, igual que yo —coincide Leni.

Les cuento un poco sobre mi trabajo y la presentación de mañana por la noche. Leni explica que está preparando el lanzamiento de un negocio de organización de bodas aquí en Tennessee, y Nova comparte que está trabajando en una línea de moda para bebés.

Me encanta escuchar sus ideas y sus planes como emprendedoras. Es algo muy distinto al trabajo estructurado que hago yo, y resulta refrescante aprender sobre algo nuevo.

—Admiro vuestra creatividad. Las dos —les digo—. Yo nunca podría hacer algo así.

—Bueno, nosotras tampoco podríamos hacer lo que tú haces. Aunque tu investigación suena muy interesante —responde Leni, dando un sorbo a su café.

—Me gustaría compartir los resultados de forma que resulten interesantes y divertidos para el público general. Por eso estoy empezando unas sesiones informativas en el Ijams Nature Center —explico.

—¡Oh! Me encanta ese sitio. A veces llevo a Stella solo a pasear y a mirar las mariposas y los pájaros —dice Nova—. Pásame la información de tus sesiones y nos acercaremos.

—Sería genial —respondo con entusiasmo.

Aparte de Abuela y de Avery, nunca he tenido a nadie tan interesado en mi trabajo. A mi familia nunca le importó demasiado, y no tengo amigos fuera del mundo académico. Desde que llegué a Estados Unidos tampoco he hecho muchas conexiones en el departamento.

La verdad es que debería empezar a unirme a los demás para comer o salir a tomar algo.

Estar sentada aquí con Leni y Nova me hace darme cuenta de lo aislada que me he vuelto en mis relaciones sociales.

—Toma. —Leni saca su teléfono—. Intercambiemos números.

—Vale.

Les dicto mi número y ellas me escriben. No puedo evitar sonreír cuando veo aparecer sus mensajes en mi pantalla.

Se siente bien hacer amigas, aunque solo sea gracias a Avery. Incluso si algún día tengo que renunciar a estas nuevas relaciones cuando nos divorciemos.

Me muerdo el labio inferior, odiando que el final de mi matrimonio esté siempre flotando sobre mi cabeza.

—Tengo que volver —dice Nova, apartándose de la mesa.

—Yo también voy en esa dirección —añade Leni mientras se levanta—. Ha sido un placer charlar contigo, Valentina.

—Igualmente. Gracias por incluirme , incluirnos, en la fiesta —digo con sinceridad.

—¡Claro! —Nova hace un gesto despreocupado con la mano—. Nos vemos pronto.

—Nos vemos.

Les digo adiós con la mano cuando salen de la cafetería.

Después termino mi mocha, echo un último vistazo a mi alrededor y vuelvo a salir a la calle. Un auténtico paisaje invernal me envuelve, y paso el resto de la tarde entrando y saliendo de boutiques, comprando algunos regalos de Navidad y disfrutando del ambiente.

Me siento más centrada de lo que me he sentido en semanas.

Cuando llego a casa por la tarde, hago una videollamada a Abuela.

—Me has estado evitando —dice al contestar, hablando en español. Tiene los ojos entrecerrados—. Y tienes mala cara. ¿Estás enferma?

Suspiro.

—No.

Las lágrimas me llenan los ojos.

—¿Qué pasa, mi tesoro?

Su cariño hace que las lágrimas que tenía contenidas se desborden.

—Abuelita, he hecho algo —confieso.

Levanta una ceja y suelta una pequeña carcajada.

—¿Ah, sí? ¿Qué has hecho? —Niega con la cabeza, sin creerme —. Eres demasiado dura contigo misma, Vale, tú…

—Me he casado —suelto de golpe, confesándoselo a ella antes que a nadie más de mi familia.

La noticia la deja sin palabras. Se echa hacia atrás como si mis palabras la hubieran sacudido físicamente. Supongo que, en cierto modo, lo han hecho.

—¿Casado? ¿Con quién?

Parpadeo varias veces y me limpio los ojos con la manga.

—Se llama Avery Callaway. Es jugador de fútbol americano. Y…

—¿Lo quieres?

Me interrumpe, mirándome con esos ojos que lo ven todo.

El corazón se me retuerce dolorosamente y trago aire.

Dios mío, ¿qué va a pensar Abuela de mí?

—Yo… me importa muchísimo —admito—. Todo pasó muy deprisa. Fue como un torbellino. Me dejé llevar por el momento y…

Mi voz se pierde mientras suelto el aire.

—¿Por qué estás llorando? —pregunta Abuela, tomándoselo con mucha más calma de lo que esperaba.

—Porque… —me detengo, intentando poner en palabras lo que siento—. Porque lo echo de menos —confieso—. Él está muy ocupado y yo también, y casi nunca lo veo. Mamá y Papá no lo saben y me da miedo decírselo. Ni siquiera se lo he contado a Carla y a Ale. Siento que estoy viviendo una mentira enorme.

—¿Lo estás? —replica con rapidez, frunciendo los labios.

¡Sí!, quiero gritar.

Pero no puedo admitir que el matrimonio es falso. Simplemente… no puedo.

Ante mi silencio, Abuela suspira profundamente.

—Valentina, tú no tomas decisiones impulsivas.

—Lo sé —casi sollozo.

—No. —Abuela niega con la cabeza—. Quiero decir que es algo fuera de tu carácter. Si dijiste que sí a la propuesta de matrimonio de ese Avery Callaway, es porque querías aceptarla.

—Sí —reconozco lentamente.

—¿Te trata bien?

Pienso en nuestros cinco días de primera cita.

—Sí.

—¿Su familia te ha acogido?

—Con los brazos abiertos.

—¿Te apoya?

—Sí. Es la única persona, además de ti, que muestra interés por mi trabajo.

Abuela asiente despacio, reflexionando sobre mis respuestas.

—El matrimonio es trabajo, mi tesoro. No es fácil solo porque esté firmado. Si acaso, ahí es cuando empieza a ser más difícil. Te pone a prueba, incluso amenaza con romperte a veces. Es entonces cuando tenéis que manteneros unidos, aparecer el uno para el otro, estar juntos en esto. Debéis comunicaros, Valentina. Debéis confiar el uno en el otro. Debéis tener fe.

Aspiro aire, sintiendo cómo las lágrimas se secan en mis mejillas.

—Tú y Abuelo estuvisteis casados mucho tiempo.

—Casi treinta años —confirma—. Sentí como si me hubieran arrancado un miembro cuando murió. Pero, Valentina, por mucho que amara a tu abuelo, no siempre fue fácil. Hubo picos y valles. Momentos altos y bajos. La forma en que os apoyáis durante esos momentos bajos determina lo alto que llegarán vuestros picos. Estás llorando porque estás frustrada, confundida y sola.

En cuanto pronuncia esas palabras, reconozco la verdad que encierran.

—¿Por qué no se lo has contado a tus padres?

—Van a avergonzarse de mí —murmuro.

Abuela asiente, sabiendo que tengo razón.

—Sabrás que ya eres adulta, Vale, cuando…

—…cuando no me importe lo que piense nadie —termino la frase que lleva repitiéndome durante años. Toda mi infancia, mi adolescencia y ahora también en la edad adulta.

Abuela esboza una media sonrisa.

—Incluso tus padres. Si amas a este hombre, si quieres ser su esposa y lo eliges como tu marido, la opinión de nadie debería importar. No cuando eres más que capaz de conocer tu propia mente. Tu propio corazón.

Exhalo con un temblor.

—Gracias, Abuelita.

—Siempre estoy aquí para ti, Vale. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Y quiero conocer a tu marido. —Ahora su tono es más firme.

Me río y asiento.

—Puedo arreglar eso.

—Bien. Ahora descansa bien esta noche. Mañana siéntate con tu marido y habla con él. Si no puedes hacer eso, entonces no tienes ningún derecho a estar casada.

—De acuerdo. Lo haré.

Abuela asiente, satisfecha con mi respuesta.

—Te llamaré mañana.

—Buenas noches, Abuelita.

Cuelgo la llamada.

Respiro hondo, sintiéndome infinitamente mejor por haber confiado en Abuela. Al menos alguien de mi familia conoce la verdad y no me ha condenado por ello.

Ahora, si consigo hablar con mi marido y que nos entendamos, quizá esta sensación de paz pueda durar un poco más.

13

AVERY

ME PASO la toalla por la cabeza antes de ponerme la camiseta Henley.

—¿Qué haces esta noche? —pregunta Talon mientras se deja caer en un banco del vestuario.

Le echo un vistazo por encima del hombro. La mayoría de mis compañeros ya se han marchado. Ha sido un entrenamiento brutal y lo necesitábamos, sabiendo que mañana será algo más ligero antes del partido de este fin de semana.

Me encojo de hombros.

—¿Quieres ir a comer algo? —propongo, suponiendo que por eso pregunta.

Talon frunce el ceño.

—¿No vas a la presentación de Valentina?

Me echo hacia atrás, sorprendido. ¿Qué presentación? ¿Y cómo demonios sabe Talon algo de eso?

—¿De qué hablas, tío?

Una de las cosas que aprecio de Talon es que no hay ni una pizca de juicio en su mirada. Más bien parece como si hubiera esperado que yo no supiera nada sobre la presentación de Valentina. No estoy seguro de si eso me hace sentir mejor o peor.

Termino de pasarme la camiseta por la cabeza y me dejo caer en el banco a su lado.

—Es difícil equilibrar el fútbol y una relación —admite en voz baja —. No me imagino cómo debe de ser con un matrimonio.

—Ha sido un torbellino —reconozco con sinceridad—. Ha pasado todo muy rápido y ahora estoy aquí, ella está ocupada con el trabajo… y parece que solo coincidimos de vez en cuando, cuando uno entra o el otro sale.

—Sí. Pero tienes que esforzarte y estar ahí para ella. Esto es nuevo para los dos y, en teoría, los dos tendréis que hacer concesiones. Pero uno de los dos tiene que dar el primer paso.

Me aclaro la garganta y me paso la mano por la nuca, odiando sentirme tan perdido.

Cuando estaba con Mila, todo era fácil porque no había presión. No había nada en juego más allá de la idea de casarnos algún día, en un futuro lejano.

Con Valentina… ella es mi mujer.

Y aunque se supone que esto no es de verdad, hay partes que sí lo parecen.

Y la echo de menos.

Solo que no tengo ni puta idea de cómo decírselo sin cargarnos el acuerdo al que llegamos.

—La semana que pasamos juntos fue… divertida —digo.

—Claro. Porque estabais de vacaciones. Estabais encerrados el uno con el otro, sin distracciones, sin familia y sin las obligaciones de la vida real. Ahora todo ha cambiado y tienes que encontrar tiempo y espacio para ella dentro de tu agenda de locos.

—Sí. Tienes razón.

—Deberías ir a su presentación. Ya hemos terminado por hoy.

—Ni siquiera sé dónde es.

—En la universidad. Va a hablar de algo relacionado con Ijams —explica Talon con paciencia.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo demonios sabes todo eso?

Sonríe con suficiencia.

—Leni y Nova se encontraron con Valentina ayer en el centro. Tomaron café juntas.

—Valentina estaba en el centro… —murmuro, dándome cuenta de que no tengo ni idea de cómo pasa sus días.

Aparte de estar en el campus, no sé qué hace en su tiempo libre.

¿Con quién ha estado cenando? ¿Quiénes son sus compañeros de trabajo y de clase? ¿Le aprobaron la propuesta para Ijams? ¿Le ha contado algo más a su familia sobre mí, sobre nosotros?

No sé nada.

Y me ha dado tanta vergüenza admitirlo que me he enterrado en el fútbol. En lo único que parece estar bajo mi control dentro de un mundo que está cambiando demasiado rápido para que pueda seguirle el ritmo.

—También iba a preguntarte lo de la fiesta de Navidad —continúa Talon, con un tono más suave de lo que jamás le he oído.

Joder.

El hecho de que Talon me esté tratando con lástima me revuelve el estómago de culpa.

He hecho un trabajo de mierda a la hora de honrar mis votos. De honrar a mi esposa.

—Iré —confirmo.

—Lo sé. Pero no estoy seguro de que Valentina lo sepa —dice Talon mientras se levanta del banco.

Extiende la mano y me agarra el hombro, apretándolo con fuerza.

—Ve a su presentación. Llévate a tu mujer a cenar esta noche. Diviértete un poco, capitán… y luego ponte a trabajar como Dios manda.

Suelto una carcajada nasal y asiento, sabiendo que tiene razón.

—Sí, lo haré.

Niego con la cabeza.

—Nunca pensé que acabaría aceptando tus consejos de pareja, Miller.

Talon sonríe de lado.

—Deberías seguir todos los consejos que tú mismo das, Callaway.

Eso me arranca una carcajada.

—Salgo contigo.

Salimos del Honeycomb juntos. Después me meto en el coche, pongo rumbo al campus y espero llegar a tiempo para la presentación de Valentina.

ENTRO por la parte de atrás de la sala justo cuando ella se levanta de su asiento para caminar hacia el frente.

Es un espacio pequeño, pero casi todas las sillas están ocupadas. No puedo sentarme sin montar un espectáculo, así que me quedo pegado a la pared del fondo y clavo la mirada en Valentina.

Joder, está preciosa.

Lleva un vestido negro elegante. Tiene tirantes anchos y discretos sobre los hombros y un escote alto, pero se ciñe a sus curvas: se ajusta a la cintura, se abre sobre las caderas y cae justo por encima de las rodillas. Lleva el pelo recogido en una coleta baja, unos pendientes de diamantes brillan en sus orejas y el pintalabios es casi del mismo tono que sus labios naturales.

Se ve profesional. Segura.

Y no puedo dejar de mirarla.

—Buenas tardes. Muchas gracias por venir a las presentaciones de esta noche. Me llamo Valentina García y soy candidata a doctorado, estoy realizando mi investigación bajo la dirección de la doctora Mendoza.

Una punzada irracional me atraviesa el pecho al oír que usa su apellido de soltera.

García, no Callaway.

Pero no tengo derecho a sentirme así cuando he hecho un trabajo tan pésimo haciéndola sentir parte de mi familia.

—Estoy encantada de estar hoy aquí para compartir algunos de nuestros hallazgos más importantes, muchos de los cuales planeamos implementar en sesiones de divulgación en el Ijams Nature Center.

Valentina continúa explicando el nuevo programa, dando detalles sobre los problemas de conservación relacionados con la reinita cerúlea y las iniciativas de investigación para determinar el éxito de su reproducción.

La escucho, fascinado, mientras todo su ser cobra vida.

Un rubor rosado aparece en sus mejillas, sus manos se mueven al ritmo de sus palabras y su voz vibra con la pasión que siente por su investigación y sus descubrimientos.

Observo la atención absorta que le presta el público, como si estuvieran pendientes de cada una de sus palabras. Durante un instante, un destello de celos me atraviesa. ¿Les interesa lo que dice… o es ella lo que les interesa?

Seré el primero en admitir que la reinita cerúlea no es un pájaro en el que haya pensado nunca. De hecho, ni siquiera había oído hablar de él hasta esta noche. Pero podría escuchar a Valentina hablar durante horas sobre el declive de su población y su hábitat.

Hacia el final de su intervención me ve, y sus ojos se abren de par en par. Parpadea varias veces, frunciendo los labios. Termina la presentación entre aplausos y vuelve a sentarse en su silla. Sin embargo, noto cómo se queda en el borde del asiento, con los hombros tensos.

En el fondo sé que soy yo quien le provoca esa ansiedad.

Odio que ese sea el papel que estoy desempeñando en su vida.

Permanezco apoyado contra la pared hasta que terminan todas las presentaciones. Aplaudo con el resto del público y espero a que Valentina venga a buscarme.

Cuando lo hace, una mujer está a su lado.

—Avery, hola —dice Valentina, con la voz cargada de sorpresa y desconcierto.

—Hola.

Inclino la cabeza hacia ella con una sonrisa. Quiero que sepa lo maravillosa que es, cuánto me ha gustado escucharla hablar y aprender de ella, cuánto deseo pasar tiempo con ella como hicimos en Austin.

—Esta es mi mentora, la doctora Mendoza —añade, señalando a la mujer que la acompaña.

La doctora Mendoza me tiende la mano. Sus ojos, agudos tras unas gafas de montura fina, me examinan con atención.

—Encantado de conocerla —digo mientras le estrecho la mano.

Su apretón es firme y sostiene mi mirada cuando responde:

—Ha sido un detalle que vinieras.

—Me alegra haber llegado a tiempo. He disfrutado mucho de las presentaciones de esta noche —reconozco.

La expresión de la doctora Mendoza se suaviza ligeramente.

—Bueno, Valentina hablará más veces en Ijams.

—Allí estaré cuando lo haga —aseguro.

La doctora Mendoza sonríe.

—Que paséis buena noche. Nos vemos mañana, Valentina.

—Gracias, doctora Mendoza —dice ella con un gesto de despedida.

—Buenas noches —añado mientras la doctora Mendoza se dirige hacia otro grupo.

Los ojos de Valentina encuentran los míos.

—¿Qué haces aquí?

—He venido por ti —respondo con sencillez—. Quería escucharte presentar… y has estado espectacular, Lena.

Se sonroja al oírme, y una calidez me recorre el pecho. Todavía puedo hacer que se sonroje. Todavía puedo hacer que sienta algo por mí. Solo eso ya es un alivio.

—Gracias.

—Lo digo en serio. —Quiero que entienda cuánto he disfrutado la velada—. He aprendido mucho y me ha encantado verte hablar de algo que te apasiona. Aunque no tenía ni idea de lo del viaje de investigación a las Grandes Montañas Humeantes. Tendrás que contármelo.

—Tenemos mucho que ponernos al día —responde, con los ojos brillando.

—Mucho —coincido, con cierto arrepentimiento—. Vamos.

Le tiendo la mano.

—Cenemos algo y hagamos algo… divertido.

—¿Divertido?

—Espontáneo —aclaro.

La miro.

—Te echo de menos, Lena. Echo de menos a ese "nosotros". Al nosotros de Austin.

Levanta la mirada hacia mí y en sus ojos azul verdoso, caribeños, se enciende un destello de esperanza.

—Yo también echo de menos ese nosotros.

—Entonces arreglémoslo. Vayamos a algún sitio, hablemos, pasemos tiempo juntos.

—Vale. Me gusta la idea.

Salimos del edificio y caminamos hacia mi coche, en el aparcamiento. Inspiro profundamente y siento cómo el peso que llevo encima empieza a aliviarse.

Estar con Valentina es reconfortante de una forma que nunca había experimentado. Quiero escuchar lo que piensa, conocer sus planes, dejarme arrastrar por su brillo sin pensarlo.

—He oído que ayer tomaste café con Nova y Leni —comento, chocando suavemente mi hombro con el suyo.

Sonríe.

—¿Así es como te enteraste de la presentación de esta noche?

—Por Talon —murmuro.

Ella suelta una risita.

—¿Te sentiste superado?

—Fue horrible.

—Siento no habértelo contado.

—Siento no haber preguntado.

Valentina se acerca un poco más a mí y yo le paso un brazo por los hombros, queriendo tenerla cerca.

—Ayer estuve un rato por el centro, dejándome llevar por el ambiente navideño. Fue agradable. Divertido. Me recordó un poco a casa. Toda la ciudad de Valencia cobra vida cuando se acerca la Navidad.

Se rasca el puente de la nariz y hasta ese gesto, algo tan banal y cotidiano, capta toda mi atención.

—No me había dado cuenta de cuánto lo echaría de menos.

La aprieto un poco más contra mí.

—Entonces vayamos al centro y perdámonos en un poco de magia navideña.

—¿De verdad, Avery? ¿No tienes fútbol?

Niego con la cabeza.

—No hay nada que me apetezca más que pasar tiempo contigo, Lena. Pero antes tenemos que hablar.

En ese momento mi estómago ruge con fuerza, y ella sonríe.

—Y comer.

—Vale. Vamos andando al centro. Luego recogemos los coches.

Valentina se detiene y señala hacia el edificio del departamento de biología.

—Déjame cambiarme los tacones por unas bailarinas primero.

—Claro.

Retrocedemos, se cambia de zapatos y después salimos del campus.

Caminamos hacia el centro y la conversación entre nosotros es fácil, ligera. Fluye de manera natural, orgánica.

Talon tenía razón. Uno de los dos tiene que dar el primer paso y luego vendrán las concesiones.

Ahora mismo me alegra ser yo quien dé ese paso.

He echado de menos a mi mujer.

Y pasar días lejos de ella, apenas hablándonos, viviendo en el mismo espacio como si fuéramos extraños… no es algo que esté dispuesto a repetir.

Sea un matrimonio falso o no, respeto demasiado a Valentina como para limitarme a ser su compañero de piso.

14

VALENTINA

—¿SABES patinar sobre hielo? —pregunta Avery mientras cenamos en un restaurante acogedor del centro.

A través de las ventanas vemos la pista de hielo de Market Square y a los patinadores girando en el centro. Parejas jóvenes patinan sincronizadas, con gorros de pompón en la cabeza y las manos entrelazadas. Los niños pequeños, que están aprendiendo por primera vez, muestran en sus caras una mezcla de miedo y determinación.

Me río al ver la expresión tan seria de su rostro.

—¡Sí! Sí que sé patinar sobre hielo.

Se encoge de hombros.

—No sé… creciste al lado de una playa.

—Mis padres también tienen un chalet en los Alpes suizos —le recuerdo.

—Por supuesto que lo tienen —murmura, negando con la cabeza mientras da un bocado a su pasta—. Sobre tu familia… ¿quieren… no sé… conocerme?

Suspiro y me limpio la comisura de la boca con una servilleta.

—Aún no saben nada de ti.

—¿Qué? —Avery frunce el ceño.

—No se lo he contado —admito—. Lo siento. Pero sí se lo dije a mi abuela. Anoche. —Hago una mueca—. Quiere conocerte.

—Pero te escuché aquella noche por teléfono y…

—Estaban decepcionados porque mi visado salió adelante. Esperaban que regresara a España —confieso.

Avery niega con la cabeza.

—Lena, eso es horrible. ¿Por qué no me lo dijiste?

Desvío la mirada.

—Me daba vergüenza. —Jugueteo con la servilleta antes de obligarme a mirarlo a los ojos—. Me sentía avergonzada. Tú acababas de casarte conmigo y tu familia me recibió con los brazos abiertos, aceptaron tu decisión porque te aceptan y te respetan a ti… —sacudo la cabeza—. Después de la reacción de mis padres cuando les conté lo del visado, no quise compartir nada más.

La comprensión se refleja en sus ojos y asiente.

—Lo entiendo.

—Pero ahora… tenemos que decirles la verdad. Ale y Carla se preguntan por qué estoy tan callada. Mis padres vuelan a Chicago el 27 de diciembre para visitar a Carla, y Ale también está intentando ir. Hay una gala de fútbol… —me detengo para corregirme por Avery —. De soccer… el 28 de diciembre, que a mi familia le gusta apoyar porque la patrocinan los Tornadoes.

—Claro. Raia también volará para eso. Por desgracia, Cohen y yo no estaremos disponibles ese día por un partido fuera de casa.

—Boston —confirmo.

Sus ojos se iluminan al reconocerlo y una media sonrisa aparece en sus labios.

—Boston. Me gusta que sepas mi calendario.

Me sonrojo y trato de restarle importancia.

—Nova preguntó por la fiesta de Navidad del equipo, y eso me hizo mirar tu calendario y…

—Quiero que vayamos a la fiesta —interrumpe Avery, cruzándose de brazos y apoyándose sobre la mesa—. Quiero que mi equipo te conozca, Lena.

Sostengo su mirada y suspiro.

—¿Aunque no vaya a estar mucho tiempo?

Ante la honestidad de mi voz, su expresión se oscurece.

—No digas eso. Sé que todo esto es confuso y que las últimas semanas han sido caóticas, pero ya sean dos años o más, quiero vivirlo contigo. Quiero que intentemos de verdad este matrimonio falso, Lena. Aunque lo único que tengamos sea amistad, me importas demasiado como para que sea menos que eso.

Sus palabras provocan una chispa en mi abdomen, una calidez que se despliega por mis extremidades.

—¿Qué estás diciendo?

—Que quiero que lo intentemos. De verdad. Que intentemos que nuestro matrimonio funcione. Quiero conocer a tu familia y estoy deseando conocer a tu abuela. Quiero ir a tus presentaciones y acompañarte a tus sesiones en Ijams. Me encantaría verte animando a los Coyotes en mis partidos y tenerte a mi lado en la fiesta de Navidad. Presentarte a mis compañeros. Y si dentro de dos años no funciona, bueno… eso es una cosa. Pero si funciona… quiero tener una oportunidad, Lena. Una oportunidad de verdad contigo.

—¿De verdad? —susurro, abriendo mucho los ojos—. ¿En serio?

—En serio, preciosa. Verte presentar esta noche, lo que siento cuando estoy contigo… no quiero arrepentirme de haberme contenido contigo. Y si no le doy una oportunidad real a esto, sé que me arrepentiré. Estas últimas semanas, sin apenas verte, sin hablar de verdad ni saber qué pasa en tu vida, han sido horribles. No me gusta.

—A mí tampoco —admito—. Te he… te he echado de menos. Odio llegar a casa y encontrar el apartamento en silencio o irme por la mañana mientras tú sigues dormido.

—Lo sé. A mí me pasa igual.

Extiendo la mano sobre la mesa y la suya está allí, sus dedos avanzan hacia los míos hasta que nuestros dedos se entrelazan.

—Nunca he estado en una relación de verdad, Avery —confieso.

La sorpresa cruza sus ojos.

—Y mucho menos en un matrimonio —continúo—. Y encima, siendo falso… no sé cómo actuar contigo. No sé cómo comportarme ni qué es demasiado. Qué es demasiado poco. Odio sentir que

camino sobre cáscaras de huevo todo el tiempo, pero así es como me siento.

Durante un instante Avery parece afectado.

—Nunca quiero que te sientas así —dice con voz grave—. Nunca.

Me encojo de hombros.

—Lena, dime que nos darás una oportunidad. Lo iremos viendo día a día. Sin cáscaras de huevo, sin preocuparnos por si algo es demasiado. Me casé contigo porque me gustas.

—Te casaste conmigo porque querías hacer algo desinteresado —le recuerdo.

Sonríe de lado.

—Cariño, no soy tan altruista. No te lo habría propuesto si no me gustara cómo me siento cuando estoy contigo, si no me atrajeras, si no sintiera que aquí hay algo. —Hace un gesto entre los dos—. Siempre supe que dependería de ti si actuábamos o no… pero quiero hacerlo. Quiero actuar según todo lo que siento por ti. Seguir apartándote ya no es una opción; además, tampoco estaba funcionando. Así que, Lena… ¿me das, nos das, una oportunidad?

Me pierdo en sus ojos grises. Son a la vez tormentosos y serenos, lo cual no tiene ningún sentido y, aun así, no deja de ser verdad.

Nada entre Avery y yo tiene sentido.

Y aun así, esta atracción entre nosotros persiste.

El recuerdo de Dane cruza fugazmente mi mente.

Palabras dulces y acciones dolorosas.

Traición, dolor y vergüenza.

Pero Avery no es Dane.

Exhalo despacio.

—Sí.

Una amplia sonrisa se dibuja en los labios de Avery.

—Sí —repite.

Asiento.

—Mañana les diremos a tus padres que estamos casados. De verdad.

—De verdad —acepto—. Y llamaremos a la abuela.

—Sí. Y reorganizamos nuestros horarios para pasar más tiempo juntos, para darnos prioridad el uno al otro y a nuestro matrimonio.

—Sí —prometo, sintiéndome casi eufórica ante la idea.

Esto es lo que quiero: un compañero que quiera estar en esto conmigo. No solo para los buenos momentos o las partes divertidas, sino para recorrer el camino juntos, pase lo que pase.

Aunque mi matrimonio con Avery quizá no sea para siempre, ahora mismo lo estamos tratando como si lo fuera. Y eso es mucho más de lo que esperaba cuando deslizó mi alianza en mi dedo. Esto es un avance.

—Me importas, Valentina. Lo digo en serio. No soy un hombre de corazones y arcoíris, pero estar contigo me hace querer intentar ser cosas que no soy.

El pulgar de Avery roza mis nudillos mientras dice las palabras más hermosas —y más sinceras— que he oído en mi vida.

—A mí también me importas —murmuro.

Mientras parpadeo para contener la oleada de emoción que me empaña los ojos, intento sonreír.

—Probablemente más de lo que debería.

Niega con la cabeza.

—Demasiado nunca es algo malo.

Aprieto sus dedos, de acuerdo.

Los ojos de Avery sostienen los míos. Una ternura suaviza su expresión, relajando las líneas de su rostro.

—Aquí tenéis.

El camarero deja la cuenta sobre la mesa y rompe el momento.

Suelto una risita nerviosa, me reclino en mi asiento y suelto la mano de Avery. Él me dedica una media sonrisa, nada molesto por la interrupción. Toma la cuenta y la paga rápidamente, mientras mira su reloj.

—¿Te apetece patinar sobre hielo?

Abro la boca.

—¿Ahora?

—¿Qué pasó con lo de divertido y espontáneo? —arquea una ceja.

—Sí, pero ya hemos hablado y…

—¿Y? —me corta—. Yo sigo queriendo estar contigo, Lena.

—Vale. Sí. Vamos a patinar sobre hielo —acepto, con la emoción recorriéndome las venas.

No recuerdo la última vez que me apetecía tanto hacer algo así. Pero lo cierto es que espero con ilusión cualquier momento que paso con Avery.

Salimos del restaurante y cruzamos Market Square para hacer cola en la pista de hielo. Cuando nos toca, Avery me toma de la mano y nos deslizamos sobre el hielo.

Él se tambalea y yo aprieto su mano con más fuerza.

—¿Sabes patinar sobre hielo? —pregunto.

Resopla y choca su cadera con la mía.

—Apenas.

Me río.

—No te preocupes. Yo me encargo.

—¿Sí? Eso espero.

Niego con la cabeza mientras me deslizo por la pista, tirando de Avery conmigo.

—Hace años que no hago esto —admite, tropezando—. Y aun así, de aquella ya era terrible.

Me río y entrelazo mis dedos con los suyos. Las primeras vueltas son, como mínimo, inestables, pero poco a poco Avery le va cogiendo el truco.

Patinamos hasta que el viento me muerde las piernas desnudas y me apresuro a envolverme mejor la bufanda alrededor del cuello.

—Vamos. Será mejor llevarte a casa —sugiere Avery.

El paseo de vuelta al campus se me hace más largo, probablemente porque estoy agotada. Aunque agradecí tener un par de bailarinas en la oficina para no tener que ir y volver de Market Square con tacones, el esfuerzo de patinar empieza a pasarme factura.

Me deslizo en el asiento del conductor de mi coche y sigo el todoterreno de Avery hasta casa.

Cuando llegamos, Avery recibe una llamada de su madre. Aprovecho ese momento para ducharme, ponerme un pijama cómodo y calzarme unas zapatillas.

Cuando entro en el salón, Avery levanta la vista desde el sofá. Sobre la mesa de centro hay un bol de palomitas y dos tazas de chocolate caliente.

—¿Qué es todo esto? —pregunto, mordiéndome el labio inferior. La esperanza se expande en mi pecho.

—¿Noche de peli? —propone Avery.

—¡Sí! —acepto de inmediato, dejándome caer a su lado.

—Uf.

Me atrapa cuando salto hacia él y pasa un brazo por mi espalda mientras me acurruco contra su cuerpo. Su pecho es ancho, sus brazos largos y su cuerpo desprende calor.

Cuando estoy con Avery me siento segura y protegida de una forma que nunca había experimentado.

De una forma que me hace querer confiar en él. Abrirme.

—¿Qué vemos? —pregunta.

Abro la boca sorprendida.

—¿Me dejas elegir?

Frunce el ceño.

—Claro que te dejo elegir. ¿Qué clase de pregunta es esa?

Me encojo de hombros, sin admitir que Dane nunca me dejaba elegir. En realidad, Dane no me dejaba hacer casi nada salvo suspirar por él.

—¿Tenéis alguna tradición con las películas de Navidad o algo así? —pregunta Avery.

—La verdad es que sí, y no te lo vas a creer —admito.

Sonríe.

—¿Cuál?

—Milagro en la calle 34. Es la favorita de mi abuelita. Una de sus amigas más cercanas de la infancia era una chica americana cuyo padre fue destinado a trabajar en Alicante. Vivió siete años en España y cada Navidad ella y mi abuela veían la película juntas. Es algo que luego nos transmitió a nosotros.

—Entonces tenemos que empezar con esa es la película.

Lo dice con tanta sinceridad que mi corazón da un vuelco.

Me acerco un poco más a Avery y me derrito contra él mientras toma el mando a distancia y pulsa el botón de reproducir.

15

AVERY

APENAS LLEVAMOS un cuarto de la película y ya estoy distraído por Valentina, sentada a mi lado en el sofá. No está haciendo nada más que respirar, con los ojos fijos en la televisión y en la escena que se desarrolla entre Kris Kringle y Susan, y aun así no puedo apartar la mirada de ella.

Me encanta cómo se le iluminan los ojos cuando habla de su abuela. Me gusta que sea a la vez apasionada y reservada, generosa y perspicaz. Puede pasarse horas hablando de pájaros y, sin embargo, le cuesta opinar sobre cada uno de los vestidos de dama de honor que mi hermana le manda por mensaje. No se parece a ninguna mujer que conozca y, más que refrescante, resulta fascinante. Valentina García ha puesto mi mundo patas arriba, y todavía me cuesta creer que sea mi mujer.

Mañana vamos a contarle a su familia que estamos casados. Cuando admitió que ellos no sabían la verdad, una extraña sensación de decepción —de dolor— me recorrió el cuerpo.

¿Se avergüenza de mí?

Cuando me explicó el motivo, entendí por qué había ocultado la información. Pero eso no significa que me guste. Saber que mañana vamos a sincerarnos con su familia me produce alivio.

Es curioso, porque hace seis meses la idea de llamar al padre de una mujer para pedirle su mano en matrimonio —o al menos tener la decencia de avisarle de que me he casado con su hija— me habría llenado de miedo. De pánico. De ansiedad.

Ahora, en cambio, lo que me molesta es que la familia de Valentina no lo sepa. Quiero que lo sepan y que les caiga bien, que se impliquen en nuestro matrimonio, que les importe. Quiero de ellos lo mismo que deseo de mi propia familia: respeto y aprecio. Comprensión y confianza. Quiero que sepan que tengo toda la intención de hacer lo correcto con su hija.

Y aunque sé que eso puede ser pedir demasiado, el primer paso es contárselo.

¿Debería llamar primero a su padre y avisarlo? ¿Cuál sería la mejor forma de hacer las cosas?

Valentina suelta una risita y yo sonrío en respuesta. Me encanta el sonido de su risa. Me encanta sentir el peso de su cuerpo contra el mío, acurrucada a mi lado.

No he besado a Valentina desde aquel día en la cocina de mis padres y, aunque me he volcado en el fútbol y en la temporada, no he olvidado cómo se sienten sus labios contra los míos.

Cuanto más avanza la película, más consciente soy de su presencia. El subir y bajar de su pecho atrae mi mirada. El modo en que aprieta los dedos alrededor de mi bíceps hace que lo flexione como si fuera un universitario fanfarrón. La forma en que entreabre los labios, la concentración de su mirada, el rubor de sus mejillas… todo en ella me llama, suplicando ser observado, deseado.

Y joder si la deseo.

Aunque prometí que cualquier cosa física que ocurriera entre nosotros sería porque ella lo quisiera —porque ella lo pidiera—, cuanto más avanza la película más difícil se vuelve no hacer nada.

¿A qué estoy esperando?

En cierto modo, ¿no estará Valentina esperando que yo dé el paso? No es justo que espere que lo haga ella cuando claramente se sintió aliviada de que esta noche fuera yo quien rompiera el hielo y aclarara las cosas.

Como si percibiera el torbellino de pensamientos que gira en mi cabeza, como si notara mi mirada fija en su perfil, Valentina se vuelve hacia mí. Gira el cuello, sus ojos encuentran los míos y sus labios se fruncen ligeramente.

Trago saliva, atrapado por el calor y la comprensión que brillan en sus hermosos ojos.

—¿Avery? —murmura, con un hilo de incertidumbre en la voz.

Me giro hacia ella y alzo una mano para sostenerle el cuello. Mi pulgar se desliza por su mandíbula y empuja suavemente para levantarle el mentón.

—Quiero besarte, Valentina.

Mi voz sale ronca, sincera.

Ella lo entiende, porque alza un poco más la barbilla. Apenas un gesto. Lo justo para hacerme saber que se lo está planteando.

Sus labios se separan.

—Entonces hazlo —responde con voz entrecortada.

Es toda la invitación —todo el desafío— que necesito.

Deslizando la palma un poco más arriba hasta acunar su mejilla, inclino su cabeza y paso mis labios sobre los suyos.

Su boca es suave, cálida, deliciosa. Valentina sabe a chocolate caliente y a la primera nevada del invierno. Dulce y pura. Pero con un hilo de deseo que me atrae hacia ella como un imán.

No podría apartarme aunque quisiera.

Sus manos se aferran a mis hombros, los dedos se enganchan en la tela de mi camiseta. Sus párpados se cierran y de sus labios escapa un sonido profundo, un gemido nacido muy dentro de ella.

Joder.

Los sonidos que hace me excitan.

Aparto mi boca de la suya y beso la línea de su mandíbula, deslizo la lengua por el lóbulo de su oreja y lo atrapo suavemente entre los dientes.

Ella jadea y se estremece entre mis brazos.

—Oh… oh… —murmura, mientras sus manos suben para sostener mis mejillas y tirar suavemente de las puntas de mi pelo.

Desciendo un poco más, depositando besos húmedos en el punto delicado detrás de su oreja y a lo largo de la columna de su cuello.

—Estás condenadamente deliciosa, Lena. Dios… llevo semanas queriendo hacer esto.

—¿De verdad? —gime.

—¿Por qué demonios crees que tenía que mantenerme alejado? —pregunto.

Se aparta un poco para mirarme. Sus ojos están nublados por el deseo.

—Trabajo. Estabas ocupado.

Dios… es demasiado buena para mí.

Suelto una pequeña risa y bajo la cabeza.

—Ese era uno de los motivos. El otro era que juré que no haría esto a menos que tú lo quisieras.

Levanto la cabeza y vuelvo a mirarla.

—¿Lo quieres?

Me observa durante un largo momento. Tan largo que empiezo a preocuparme, pensando que quizá la he empujado a este instante.

—Sí —dice por fin, con voz entrecortada—. Sí, Avery.

—Gracias a Dios —murmuro mientras la tumbo sobre el sofá.

Ella me mira desde abajo, con el cabello oscuro extendido alrededor de su cabeza. Sus labios están hinchados por mi beso. Sus ojos brillan, casi febriles.

Me giro de lado, acomodándome a lo largo de su cuerpo. Luego me inclino para besarla de nuevo.

Esta vez es lento y suave.

Nuestras manos se mueven con pereza. Mi rodilla se desliza sobre sus piernas mientras mis dedos masajean con suavidad una de sus caderas.

Nuestro beso se intensifica. Valentina se aferra a mí, rodeándome el torso con un brazo mientras su mano aprieta mi hombro. Desplazo mi cuerpo sobre el suyo, cuidando de no dejar caer todo mi peso sobre ella.

Abre las piernas, acogiéndome entre sus muslos mientras mis manos se deslizan bajo su camiseta.

Su espalda se arquea ligeramente cuando mi palma roza uno de sus pechos. Su pezón se endurece, presionando contra el centro de mi mano, y ya se me hace la boca agua.

¿A qué sabrán sus pechos?

Le subo la camiseta por el torso. Mientras voy dejando besos por su cuello y su clavícula, sigo apretando su pecho, disfrutando del peso que llena mi mano. Bajo la copa de su sujetador y su pecho, firme y coronado por un pezón de color rosa empolvado, salta libre.

—Joder, eres perfecta —le digo con absoluta sinceridad.

Luego tomo ese bonito pezón en mi boca y paso la lengua alrededor de su punta.

—Avery… —gime mi mujer, separando aún más los muslos.

La succiono con más fuerza, preguntándome cuán húmeda estará.

Incapaz de resistirme a comprobarlo, deslizo una mano por su cuerpo y le cubro el sexo a través de sus pantalones cortos de pijama.

—Oh… —gime cuando mi pulgar presiona su clítoris.

Cristo, me encanta lo sensible que es. Apenas la he tocado y su piel ya está erizada de pequeños escalofríos. Aliviado al ver que sus pantalones cortos me dan fácil acceso, aparto un poco la costura y deslizo el pulgar bajo la tela para recorrer arriba y abajo la tanga de encaje que lleva.

La acaricio lentamente a través de la tela. Llevo mi boca a su otro pecho, rodeo con la lengua ese dulce pezón y empiezo a trazar círculos lentos sobre su clítoris. Su deseo empapa el encaje, humedeciendo mis dedos y haciendo que mi cuerpo ansíe poseer el suyo.

Estoy tan duro que casi duele y aun así mantengo los movimientos lentos, concentrado en que esto sea bueno para Lena.

No. No solo bueno.

Lo putamente mejor.

Mientras mi boca desciende, recorriendo el valle que se hunde entre sus pechos y el centro de su abdomen, finalmente cedo a mi deseo y aparto su tanga hacia un lado. Mis dedos quedan empapados al instante con su excitación y suelto una maldición.

Ella gime suavemente y levanta la cabeza.

Mis ojos encuentran los suyos y me quedo inmóvil al ver la vulnerabilidad que se arremolina en su mirada. Esto es algo

importante para Valentina. Se nota con solo ver su expresión. El hecho de que confíe en mí su cuerpo me golpea de lleno. El peso de esa responsabilidad. La necesidad de hacerlo bien.

Joder… es como si alguien me viera de verdad después de años en los que solo me miraban.

Valentina me está ofreciendo un maldito regalo.

Querido demostrárselo, me inclino de golpe, apoyando una mano junto a su cabeza, y bajo la boca a la suya en un beso profundo. Mientras mi lengua separa sus labios, introduzco un dedo en su interior.

Atrapo su grito en mi boca y me trago su gemido mientras saco el dedo… y vuelvo a empujarlo dentro.

—Oh, Dios mío, Avery… —gime, rodeándome la espalda con un brazo.

Continúo con mis caricias, añadiendo el pulgar para rodear su clítoris hinchado.

—Avery, por favor… —murmura, con los ojos apretados mientras esconde la cara en mi hombro.

La estrecho contra mí.

—Te tengo, cariño. Te tengo.

Asiente una vez y luego me agarra el rostro, guiando mi boca de nuevo a la suya.

Nos besamos con intensidad. Con pasión. Sus rodillas están completamente abiertas, su cuerpo empieza a moverse contra mis dedos.

Lo quiere.

Lo necesita.

Y voy a ser el hombre que se lo dé.

Es una sensación embriagadora.

El poder de ello me recorre las venas como un chute de adrenalina. Es una descarga que se parece a ganar la puta Super Bowl.

Con mis manos sobre su cálido cuerpo, arrancándole esos sonidos, esa expresión de deseo a una mujer tan especial como Valentina, me siento invencible.

Me siento digno.

Puede que haya cometido errores en el pasado, pero ahora mismo puedo estar a la altura.

Porque estoy ocupando el lugar que es correcto para ella.

Acelero el movimiento de mis dedos. Nuestras lenguas se buscan y se entrelazan. Las uñas de Valentina se clavan en mi espalda mientras su otra mano se aferra al sofá buscando algo a lo que agarrarse.

Agárrate a mí, quiero decirle.

Yo cuidaré de ti. Te llevaré hasta el final.

Pero no puedo decirlo porque no quiero romper nuestro beso. No quiero romper este momento que es demasiado hermoso.

No quiero perder a Valentina.

No quiero perder esto con mi mujer.

Y ya estuve a punto de hacerlo.

Estuve a punto de perder el mayor regalo de mi vida.

El cuerpo de Valentina estalla en un orgasmo que la sacude por completo. Se arquea, presionando sus pechos contra mi pecho. Siento cómo su coño se contrae y se aprieta alrededor de mis dedos, seguido de una oleada de calor que me muero por saborear.

Disminuyo el ritmo para ayudarla a atravesar el orgasmo. Cuando termina, retiro los dedos despacio y la miro a los ojos. Parece aturdida, rota, agotada… y profundamente satisfecha.

Llevo mis dedos a sus labios y deslizo su excitación sobre ellos. Después bajo la boca, beso sus labios limpios y gimo al saborear lo jodidamente dulce que es.

Estoy bajándome los pantalones por las caderas y los muslos. Mi polla está dura y ya gotea por ella. No deseo nada más que hundirme dentro de ella, reclamarla y sentir por fin que estoy en casa.

Aprieto mi polla con la mano, resbaladiza por su excitación, y sus ojos se abren de par en par. Se incorpora apoyándose en un codo, con el cabello oscuro cayendo como una cortina sobre sus hombros, y aspira aire.

—¿Estás lista para mí, Lena? —pregunto, ya colocado en su entrada.

Sus ojos encuentran los míos y el miedo que chispea en sus pupilas me detiene.

Abre la boca, su pecho sube y baja con fuerza, y niega apenas con la cabeza.

—Espera.

16

VALENTINA

SE DETIENE en el mismo instante en que la palabra sale de mi boca.

Me siento tan culpable que desearía poder morirme de vergüenza allí mismo. En lugar de eso, Avery suelta su polla, apoya las manos en los muslos y espera. Me mira fijamente mientras yo tropiezo con las palabras, sabiendo que merece la verdad y sin tener ni idea de cómo dársela.

El pasado parpadea en mi mente, desordenado y confuso.

La sonrisa torcida de Dane. La forma en que era capaz de hacer que mi corazón pareciera a punto de estallar con solo una mirada. La inseguridad que se colaba dentro de mí cuando pasaban horas sin saber de él. Y luego, aquella última mirada. La de justo antes de arruinarlo todo. Cuando sus ojos se encontraron con los míos y pareció que… le importaba. Como si, quizá, incluso me quisiera.

Esto no es eso.

No se parece en nada.

Dane no es Avery. Lo sé. Y aun así… aun así el pecho se me encoge y me siento expuesta. Vulnerable. Abrumada.

—Espera —repito, negando con la cabeza mientras apoyo una mano en el pecho de Avery.

La preocupación relampaguea en sus ojos, volviéndolos tormentosos.

Inquietos.

Cambia el peso de su cuerpo y me doy cuenta de que su polla, dura como una piedra hacía solo un momento, empieza a perder firmeza.

El pánico me atraviesa primero. Luego llega la culpa. Una culpa que crece y crece hasta ahogarme, como si fuera a apagarme por dentro.

¿Cómo puedo dejarlo así después de todo lo que acaba de hacerme sentir?

Hace apenas unos minutos estaba volando. Subiendo, alcanzando el punto más alto y deshaciéndome en la sensación más deliciosa que he experimentado jamás. Mi cuerpo se había sentido venerado, mi mente tranquila y mi corazón… a salvo.

Y aun así…

—No puedo hacerlo —murmuro, incapaz de mirarlo a los ojos.

No quiero ver la decepción. El dolor. ¿Quizá incluso el enfado?

No quiero presenciar la reacción de Avery después de haber sido yo quien inició todo esto. Yo fui quien quiso que me besara. Y ahora… ahora no tengo ni idea de qué demonios quiero.

Las lágrimas me queman detrás de los ojos, pero no dejo que caigan. La que está equivocada soy yo. La que se siente descolocada, emocionalmente a la deriva.

Eso no es justo para Avery.

—Eh —murmura.

Se aparta hacia un lado del sofá, se sube los bóxers y se agacha junto a mí.

—Eh. Lena, mírame.

Cierro los ojos y respiro hondo para calmar mi respiración errática.

Las yemas de los dedos de Avery son cálidas cuando me sujetan suavemente la barbilla. Levanto la mirada hacia la suya y casi me echo a llorar al ver la compasión que hay en sus ojos.

Una comprensión que no merezco.

Una serenidad que me hace sentir infinitamente mejor… y al mismo tiempo peor.

—No pasa nada —dice Avery con sinceridad.

Su expresión está abierta, invitándome a leer lo que siente. Y lo que encuentro no es rechazo ni enfado.

Tampoco dolor ni frustración.

Es calidez.

Confianza.

Honestidad.

—No pasa nada —repite—. No tenemos que hacer esto. No esta noche. No quería presionarte ni…

—No lo hiciste —lo interrumpo, con la voz quebrada.

Suspiro y dejo caer la cabeza hacia atrás, obligando a las lágrimas a quedarse dentro de mí en lugar de escapar. Cuando consigo recomponerme, vuelvo a mirarlo.

Me bajo la camiseta, cubriéndome. Me recoloco los pantalones cortos.

Es increíble que haya pasado todo lo que ha pasado y, aun así, siga vestida.

Ahora mismo agradezco las capas de ropa, mi pijama, porque me hacen sentir menos vulnerable.

—Quería… quiero estar contigo y… —dejo la frase en el aire mientras niego con la cabeza.

Avery no se altera ante mis palabras contradictorias. Sigue mirándome, esperando a que ordene mis pensamientos.

Es paciente.

Considerado.

Y… no lo merezco.

Me he casado con un hombre por el que jamás pensé que sentiría tanto y lo peor de todo es saber que nunca seré lo bastante buena para ser realmente suya.

No cuando ni siquiera soy capaz de acostarme con él.

No cuando la idea de entregarle mi cuerpo por completo provoca que reaccione así.

¿Y qué hay de tu corazón?, sisea mi subconsciente.

Dane no solo me hizo sentir utilizada físicamente. Rompió algo dentro de mí. Sacudió los cimientos sobre los que me sostenía, quebró la confianza que tenía en mí misma y me hizo cuestionarlo todo sobre mis relaciones con el sexo opuesto. Con hombres que son atletas de élite. Con las relaciones y la confianza.

—No hiciste nada mal, Avery. He sido yo —digo por fin.

Él niega con la cabeza.

—No hay nada malo en lo que hicimos o dejamos de hacer esta noche, Valentina. Estoy aquí para aceptar lo que quieras darme. Verte perder el control por mi culpa ha sido un puto regalo, y sé que esto es algo muy importante para ti.

Me obligo a sostener su mirada.

—Para mí también es importante —añade en voz baja—. Porque lo que siento cuando estoy contigo… es nuevo para mí. Todo contigo se siente nuevo. Mejor.

—Todo contigo también se siente mejor para mí. A veces es… abrumador. Y da miedo.

Frunce el ceño.

—No quiero que tengas miedo conmigo.

Niego con la cabeza.

—Me he expresado mal. No tengo miedo de ti. Tengo miedo de lo mucho que siento por ti. Todo esto es tan nuevo… estamos intentando entenderlo todo y… es mucho —termino torpemente.

¡Háblale de Dane!, grita mi mente.

Pero ¿qué podría decirle?

Ni siquiera yo entiendo del todo lo que pasó. Y recordar esos meses de mi vida me hace sentir otra vez como la chica de quince años que era entonces.

Insegura.

Inestable.

Ingenua.

Esperanzada de una forma que sé que nunca volveré a sentir.

—Es mucho —susurra Avery, apartándome el pelo de la cara.

Me dedica una sonrisa ladeada.

—Lo siento, Avery.

—No tienes nada que sentir. Créeme, esta noche ha sido increíble. Una de las mejores noches que he tenido en mucho tiempo.

—Para mí también —murmuro.

Avery se incorpora para subirse los pantalones.

—¿Tienes sueño?

Quiero mentir y decir que sí.

Quiero refugiarme en nuestra cama, sola, y llorar contra la almohada hasta quedarme dormida.

Pero no quiero mentirle más de lo que ya lo he hecho esta noche.

Bueno… en realidad no le he mentido.

He… omitido cosas.

Cosas que le ayudarían a entenderme, pero que aún no estoy preparada para contar.

Así que suspiro.

—No.

Avery resopla.

—Yo tampoco. ¿Qué te parece si caliento el chocolate y rebobinamos la película hasta donde la dejamos?

—¿De verdad? —me recojo los pies debajo del cuerpo y lo observo—. ¿De verdad quieres seguir viendo la película?

Asiente mientras se inclina para recoger nuestras tazas.

—Solo quiero estar contigo, Lena. Así de simple.

Lo observo caminar hacia la cocina y meter nuestras tazas en el microondas. Está tranquilo, cómodo. No hay nudos de enfado tensándole los omóplatos. Ninguna mueca de frustración en los labios. Ningún destello de juicio en sus ojos.

Aspiro otra bocanada de aire y la suelto despacio.

¿Cómo he tenido tanta suerte? ¿Cómo he acabado casada con un hombre capaz de entender mi vacilación y no condenarme por ello?

Avery regresa y me entrega una taza humeante de chocolate caliente. Sonrío al ver el puñado de nubes que ha dejado caer por encima.

Vuelve a acomodarse en el sitio junto a mí.

Me acurruco contra él.

Rebobinamos la película y volvemos a darle al play.

Cuando *Milagro en la calle 34* continúa, mi cuerpo empieza a relajarse. El chocolate caliente me reconforta y el sabor dulce calma el torbellino de pensamientos que me gira por la cabeza.

Me permito fundirme contra el costado de Avery. Su fuerza me sostiene, su bondad me tranquiliza y su compasión nos envuelve a los dos.

Los párpados empiezan a pesarme. Mi cuerpo está agotado por la forma en que Avery lo ha provocado, tentado y complacido. Mi mente está emocionalmente drenada por todo lo que ocurrió antes y después de nuestro pequeño encuentro en el sofá.

Pero mi corazón late con calma.

Sé que estoy a salvo.

Y ese conocimiento es un bálsamo para mi mente inquieta.

En algún momento, Avery me retira la taza de las manos y la deja sobre la mesa de centro. Me rodea los hombros con un brazo y me acerca contra su costado.

Voy de buena gana.

Me quedo dormida acurrucada contra él. Soy vagamente consciente de que la película termina, de que Avery me recoge en brazos, de que me lleva hasta la cama y me arropa.

Después, duermo.

Profunda y plácidamente.

Y cuando me despierto por la mañana, estoy preparada para decirle a Avery la verdad. Al menos, todo lo que puedo contarle. Quiero confiar en él y hacer lo que prometimos: darle a esto una oportunidad real.

Dar el siguiente paso hacia delante.

—BUENOS DÍAS. ¿Has dormido bien? —pregunta cuando entro en la cocina después de una ducha caliente.

Me he exfoliado y me he puesto crema, me he secado el pelo con el cepillo y me he tomado mi tiempo para vestirme con unos

pantalones de pierna ancha y una blusa. He preparado un conjunto profesional y elegante, esperando que me dé la seguridad necesaria para tener esta conversación con Avery.

Considéralo mi armadura.

Parezco una profesora y, ahora mismo, eso calma un poco mis nervios.

—Sí —respondo con ligereza mientras acepto la taza de café que me ofrece—. Me sorprende que sigas en casa.

Sonríe de medio lado.

—Ya he pasado por el gimnasio y he vuelto.

—Vaya —comento, mirando el reloj. Son casi las doce—. No me había dado cuenta de que había dormido tanto.

—Lo necesitabas.

—Supongo que sí —admito, sabiendo que lo necesitaba más mi mente que mi cuerpo.

Me llevo la taza de café al salón y me siento en el sofá, recogiendo una pierna bajo el cuerpo.

Soy consciente de que Avery me está mirando; siento su mirada firme clavándose entre mis omóplatos.

Lo miro y tomo una bocanada de aire para darme valor.

—¿Puedo hablar contigo?

—Claro —responde, y parece casi aliviado.

Se sienta en un sillón mullido, recostándose mientras cruza un tobillo sobre la rodilla contraria. Toda su atención está puesta en mí y, bajo su escrutinio, empiezo a inquietarme.

El silencio se alarga entre nosotros mientras ordeno mis pensamientos.

—Escucha, Lena, si esto es por lo de anoche…

—Lo es —lo interrumpo, asintiendo.

Avery se lleva una mano a la nuca, incómodo.

—Siento si yo…

—No lo hiciste —vuelvo a cortarlo. Dios, solo tengo que decirlo de una vez. Decir la verdad. Confesarlo y seguir adelante.

El problema es que nunca le he contado a nadie lo de Dane.

Ni siquiera a mi hermana.

Aspiro otra vez.

—Quiero contarte algo que nunca le he contado a nadie. Algo que ni siquiera había dicho en voz alta —empiezo.

Avery se endereza en el sillón. Sus ojos grises relampaguean, como si una tormenta se estuviera formando en el horizonte.

—Anoche entré en pánico —admito, encogiéndome de hombros —. Yo… solo he estado con un chico en toda mi vida.

Los ojos de Avery se abren de par en par y aspira aire. Su mirada recorre mi rostro como si buscara pistas, pero no dice nada.

Continúo.

—Tenía quince años y…

Sus ojos se cierran y lleva el puño a la boca. Veo la derrota que atraviesa su rostro por un instante.

—No, no fue… no se aprovecharon de mí ni nada de eso —digo, deteniéndome mientras repaso mentalmente todo lo que pasó entre Dane y yo—. Bueno, quizá sí… pero no de la forma que estás pensando.

—Lena, por favor… ¿te hizo daño?

—No físicamente —susurro.

Avery se inclina hacia delante. Ahora tiene los pies apoyados en el suelo y los codos sobre las rodillas.

—¿Qué pasó?

—Estaba saliendo con un chico. Bueno… lo de salir es un decir. Era compañero de equipo de Ale y nos veíamos a escondidas. Manteniéndolo en secreto hasta decírselo a mi hermano. Fue mi primera vez y yo… —me ruborizo al recordar cómo era entonces—. Estaba completamente colgada por él. Perdida, loca, enamorada hasta las trancas. Mentía a mis padres y a Carla para poder verlo. Empecé a escabullirme, a vestirme de otra manera… cualquier cosa para que quisiera estar conmigo.

Avery traga saliva.

—Tenías quince años.

—Casi dieciséis.

—¿Cuántos tenía él?

—Diecinueve.

Avery no comenta nada, pero su rostro se endurece. Un tic aparece en su mandíbula.

Me mira, esperando que continúe.

—Pensaba que estábamos juntos de verdad, ¿sabes? Como novios. Creía que él era… el indicado para mí. —Niego con la cabeza —. Fui una idiota.

—No, no lo fuiste. Era un puto depredador.

—No. —Vuelvo a negar, recordando los rizos rubios de Dane y sus ojos azules juguetones—. No era… quiero decir, él también era joven. Íbamos a contárselo a mi hermano. A mi familia. Siempre decía que una semana más, que después del próximo gran partido… siempre tenía excusas. Y luego, una noche, Ale había invitado a unos amigos a casa y él apareció con una chica. Una chica rubia, preciosa, que claramente era mayor que yo. Era madura, sofisticada. Y cuando la presentó, la llamó su chica. Se sentó en su regazo delante de mi hermano y de todos sus amigos. Y… —Dios, lo siguiente todavía me hace encogerme—. Mientras yo lloraba en el baño, sintiendo que se me rompía el corazón, ella entró. Y cuando me vio, fue tan amable… Me ofreció uno de sus brillos de labios. Ni siquiera sabía por qué estaba llorando, pero supuso correctamente que era por un chico. Y me dijo: "Nunca les des la satisfacción de saber que te han hecho daño". En realidad era un buen consejo, pero en ese momento me destrozó.

Los recuerdos de aquella noche atraviesan mi mente con una viveza que me sorprende. Los acontecimientos son tan claros, tan nítidos, que siento cómo me revuelven el estómago y me atraviesan el pecho.

—Te estaba utilizando —murmura Avery, disgustado.

—Sí.

Avery asiente para sí mismo. Luego me mira directamente, con los ojos alerta, casi salvajes.

—¿Quién era? ¿Quién es?

Siento cómo la sangre abandona mi rostro. Estaba tan metida en mi relato que olvidé que querría un nombre. ¡Claro que lo querría!

Intento ganar tiempo.

—No quiero que nadie lo sepa.

Mi respuesta hace que la rabia en los ojos de Avery se multiplique.

—Dame un nombre, Lena.

Suspiro profundamente.

Y, al soltar el aire:

—Dane. Dane Thomson.

—Hijo de puta —masculla Avery, levantándose y empezando a caminar por el salón.

—¿Lo conoces?

—Sí, lo conozco —escupe, negando con la cabeza.

Las olas de disgusto que desprende Avery me golpean y me arrastran hacia abajo. Mis hombros se encorvan y, por un momento, me arrepiento de haberle contado nada.

—¿Estás… enfadado conmigo? —odio lo pequeña que suena mi voz.

—¿Qué? —Avery se gira. Cuando lee mi expresión, la suya se derrumba y el horror inunda sus ojos—. Cariño, no.

Se deja caer de rodillas frente a mí y toma mis manos.

—Valentina, claro que no. Es solo que… odio que cualquier hombre, y más un imbécil como Thomson, se aprovechara de ti. Que te hiciera daño. Que te hiciera dudar de ti misma.

—Yo nunca dije…

—No has tenido sexo con otro hombre en diez años.

Cierro los ojos.

—Tenía miedo.

—Lo sé. Y no quiero que lo tengas. —Su pulgar acaricia el dorso de mi mano.

Me obligo a abrir los ojos.

—Contigo no lo tengo. Me siento segura. Pero anoche… yo… entré en pánico.

—Claro que sí —murmura con suavidad—. Me alegro de que me lo hayas contado, Lena. No hay ninguna prisa aquí. —Hace un gesto entre nosotros—. Solo quiero estar contigo y ver hasta dónde puede llegar esto. Y quiero ayudarte a cargar con lo que te pesa.

Asiento.

—Ya lo estás haciendo.

Inclina la cabeza, con los ojos llenos de tristeza.

—Eso espero, cariño.

Se inclina y deposita un beso suave en mi frente.

—Siento que te pasara eso.

—Está bien.

—No, no lo está —discrepa, sentándose a mi lado en el sofá.

Avery pasa un brazo por mis hombros y yo me acurruco contra él.

Nos quedamos así durante mucho rato, abrazados y bebiendo nuestros cafés, que a estas alturas ya son casi de media tarde.

Hasta que suena mi teléfono.

Miro la videollamada entrante y hago una mueca.

—Es mi papá.

Avery exhala.

—¿Estás lista para hablar con ellos? ¿O prefieres esperar?

—No. —Se me acabó aplazar las cosas—. Estoy lista.

—Entonces vamos a decirle a tu familia que estamos casados.

Avery sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos. Sé que mi historia sobre Dane sigue pesándole.

Aun así, me toma de la mano, me acerca de nuevo a su lado y mira la pantalla de mi teléfono mientras deslizo el dedo por la barra y acepto la llamada.

17

AVERY

EL CORAZÓN me late a toda velocidad cuando el padre de Valentina aparece en la pantalla. El momento no podría ser peor: todavía estoy intentando contener la rabia que me provoca la historia que Valentina me ha contado sobre el maldito Dane Thomson.

Odio que se aprovechara de ella. Porque lo hizo, sin ninguna duda. Lena era una niña. Una chica dulce de quince años, y Dane era un puto hombre hecho y derecho, jugando al fútbol a nivel nacional. A esas alturas ya tenía la atención femenina asegurada, había pasado noches de fiesta en discotecas por toda Europa y sabía perfectamente que no debía seducir a la hermana pequeña de su compañero de equipo.

La razón por la que no quería que Alejandro se enterara es porque sabía que el hermano de Valentina le habría partido la cara.

Y aun así, mi dulce mujer ha cargado con la culpa y la vergüenza de aquel encuentro durante más de una década.

Solo pensarlo hace que me hierva la sangre.

—Vale, ¿qué tal? —pregunta Rubén García, una estrella de fútbol reconocida internacionalmente, a su hija.

—Hola, papá —responde Valentina—. ¿Dónde está mamá?

Por primera vez, agradezco los tres años de español que cursé en el instituto.

—Hola, mami. —Lena sonríe cuando su madre aparece en la pantalla. Cambia al inglés con total naturalidad, lo que hace que sus padres intercambien una mirada—. ¿Cómo estáis?

—Estamos bien, Valentina. Bien —responde su madre—. Has estado muy ocupada con tu investigación.

—No hemos sabido nada de ti —añade su padre—. ¿Cómo estás?

—Estoy genial —dice Valentina con una gran sonrisa—. De hecho, me alegra que hayáis llamado. Tengo algo que contaros.

—¿Vas a venir a la gala benéfica de Chicago? —aventura su madre. Junta las manos con entusiasmo—. ¡Oh, sería tan bonito que estuviéramos todos juntos! ¿Y si pudieras quedarte hasta Año Nuevo?

Frunzo el ceño, aliviado de que todavía no se me vea en pantalla. ¿Valentina está planeando pasar Nochevieja en Chicago? No lo hemos hablado, pero me cuesta imaginar no estar con ella para la cuenta atrás. Al mismo tiempo, jamás le impediría pasar una fiesta con su familia. Ojalá pudiera acompañarla a Chicago, pero tenemos un partido fuera de casa en Boston el mismo día de la gala.

La rodilla de Valentina empieza a moverse nerviosa y me doy cuenta de cómo se muerde el labio inferior. Odio verla tan insegura. Apoyo la palma de la mano sobre su muslo para tranquilizarla, para que sepa que estoy aquí.

Pase lo que pase ahora, estamos en esto juntos.

Me dedica una sonrisa agradecida.

—No se trata de los planes de Año Nuevo —dice en inglés, mirando de nuevo a sus padres—. Es que… bueno, he conocido a alguien.

—¿A un hombre? —Las cejas de su madre se juntan. Empieza a soltar una frase rápida en español.

Las cejas de su padre también se fruncen y él se suma a las preguntas, igualmente en español. Hablan demasiado rápido para que pueda entenderlos, pero la forma en que se le endurece la expresión me deja claro que el anuncio de su hija le preocupa.

Mierda.

Valentina hace una mueca y yo aprieto su muslo en gesto de apoyo.

—Está aquí conmigo —dice ella despacio.

Su madre se queda en silencio y abre los ojos de par en par.

—¿Nos puede oír? —pregunta, cambiando al inglés.

—Sí —responde Valentina, mirándome de reojo.

Alzo una ceja y ella gira la cámara para que yo entre en el encuadre.

—Hola, señor y señora García. Encantado de conocerles.

La señora García frunce el ceño.

—¿Quién eres? Me resultas familiar.

El señor García entrecierra los ojos, como si intentara identificarme.

—Conocéis a su hermana —explica Valentina—. Raia Callaway. Es compañera de equipo de Carla.

—¡Ah! ¡Raia! Me encanta Raia —dice la señora García, ahora con una sonrisa mucho más cálida.

Tendré que darle las gracias a mi hermana por causar tan buena impresión en la madre de Valentina.

—Bien —dice Valentina, asintiendo—. Porque ahora forma parte de la familia. Avery y yo nos hemos casado.

Levanta la mano y les enseña el anillo.

El señor y la señora García se quedan completamente inmóviles en la pantalla. Durante un segundo pienso que se ha caído la conexión.

—Menuda forma de ir preparándolos poco a poco —murmuro.

—Tú soltaste la bomba así tal cual con tus padres —susurra Valentina.

Sus padres siguen en silencio unos segundos más… hasta que estalla el caos.

Empiezan a hablar al mismo tiempo, en un español demasiado rápido para que yo lo entienda, con los rostros teñidos de rabia.

—Mierda —susurra Lena.

Aprieto su muslo con más fuerza.

—¿Qué quieres que haga?

Ella extiende la mano y la tomo, entrelazando nuestros dedos.

—Solo quédate aquí conmigo.

—No me voy a ninguna parte, cariño.

Permanecemos así casi diez minutos mientras sus padres gritan, preguntan, exigen y suplican. En un momento dado, su madre empieza a llorar y siento cómo se me cierra la garganta, casi dejándome sin aire.

Es duro de ver.

Ver cómo Lena se encoge sobre sí misma ante la rabia, la confusión y el sentimiento de traición que desbordan sus padres.

Permanezco a su lado durante toda la conversación. Cuando el señor García finalmente termina la llamada, los hombros de Valentina se desploman. Baja la cabeza, cierra los ojos y rompe a llorar en silencio.

—Están furiosos —dice con voz apagada.

—Ven aquí.

La rodeo con el brazo por los hombros y ella se vuelve hacia mí, llorando contra mi pecho. Beso su sien.

—Lo siento, Lena.

Niega con la cabeza.

—No es culpa tuya. Es que… nunca respetan mis decisiones. —Se aparta un poco para mirarme a los ojos—. Soy la rara de mi familia. Nadie entiende nunca mis elecciones ni por qué me gustan las cosas que me gustan. Siento que hayas tenido que ver eso. La verdad es que su reacción no me sorprende; es una de las razones por las que he retrasado contárselo tanto tiempo.

—Ahora lo entiendo. Al principio pensé que te avergonzabas de mí.

—¿De ti? —Valentina suelta un pequeño sollozo—. Nunca, Avery. Jamás podría avergonzarme de ti ni de nuestro matrimonio.

—Me alegra oír eso —admito, apartándole el pelo de la cara—. Ya cambiarán de opinión, Lena.

Ella esboza una sonrisa temblorosa.

—Eso espero, Avery. Pero… puede que no.

—Bueno, sé que no es lo mismo, pero me tienes a mí. Y tienes a mi familia. Estamos aquí para ti. —Le beso la frente—. Y si quieres ir

a Chicago para Año Nuevo, deberías ir. Hagas lo que hagas, Lena, yo te apoyo.

Valentina me mira durante un instante largo, sosteniéndome la mirada. Luego asiente.

—Gracias, Avery. Pero quiero recibir el Año Nuevo con mi marido.

No puedo evitar la sonrisa que me cruza la cara al oír eso.

—Bien. —Me inclino y dejo un beso en cada una de sus mejillas —. Porque yo quiero celebrar la fiesta con mi mujer.

Espero a que levante el rostro y, cuando lo hace, la beso con suavidad.

Despacio.

Valentina suspira y separa los labios, invitando a mi lengua a deslizarse en su boca. Me rodea con los brazos mientras la beso profundamente, recordándole que, pase lo que pase después, estamos juntos en esto.

LOS DÍAS previos a Navidad siempre son caóticos, pero este año todo se siente especialmente intenso.

El equipo está rindiendo de forma espectacular en el campo. Estamos compenetrados, sincronizados, encadenando victoria tras victoria. Los playoffs parecen inevitables, y eso me tiene flotando en una nube.

Pero todo es infinitamente mejor porque Valentina y yo estamos conectando.

Al principio son cosas pequeñas.

Ella se levanta una hora antes para salir a correr conmigo por las mañanas. Yo dejo de tomarme una cerveza con los chicos para ver una serie en el sofá con ella. Las videollamadas que hacemos a su abuela los miércoles por la noche. Aunque la abuela de Valentina se mostró encantada de conocerme, al principio estuvo algo reservada conmigo. Sin embargo, con cada llamada se va mostrando más cercana, algo que alivia la mente de Valentina y también la culpa que siente por la reacción de sus padres.

Juntos vamos encontrando pequeños momentos y los pasamos de las maneras más corrientes posibles.

Antes pensaba que sería algo mundano.

Demasiado rutinario y aburrido.

En cambio, resulta ser todo lo que nunca supe que quería.

La semana antes de Navidad instalo un árbol en el salón y espero a que Lena entre por la puerta.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? —exclama cuando ve el árbol.

Me mira radiante y esa sonrisa vale más que cualquier regalo de Navidad que haya recibido nunca.

—Tenemos que comprar adornos —le digo.

—¿Ahora? —pregunta.

Asiento.

—¡Vale! Vamos.

Se gira de nuevo hacia la puerta por la que acaba de entrar.

Me río por lo bajo. Me encanta su entusiasmo.

Vamos a la tienda y llenamos el carrito con adornos verdes, rojos y dorados. La mayoría son bolas de cristal pintadas a mano. Pero también hay algunos divertidos: una mariposa, una paloma, un balón de fútbol.

Lena elige una corona para la puerta de entrada mientras yo compro dos calcetines navideños bordados con nuestros nombres. Cuando volvemos a casa, vaciamos las bolsas de la compra y nos ponemos manos a la obra.

—Hace años que no hago esto —admito mientras cuelgo un adorno en el árbol.

—¿De verdad? Yo imaginaba que tu familia se volcaba muchísimo con la Navidad —responde Valentina.

—Oh, mi madre sí. Pero Raia estaba en un internado antes de ir a la universidad. Cada año volvía a casa más cerca de Navidad. Yo siempre tenía fútbol. —Me encojo de hombros—. En algún momento mis padres empezaron a poner el árbol y las decoraciones antes. Y creo que, al final, era sobre todo mi madre la que hacía el árbol mientras mi padre colgaba las luces fuera.

Le paso un adorno con forma de cardenal rojo y sonrío.

—Es más divertido hacerlo juntos.

—Lo es —coincide, tomando el adorno—. Pero entiendo lo que quieres decir. Durante los últimos años solo decorábamos el árbol mis padres y yo. Ale siempre estaba ocupado con su equipo y Carla estaba aquí, en Estados Unidos. Luego iba a casa de mi abuela y decorábamos su árbol. Ese es mi favorito. Tiene todos esos adornos que ha ido coleccionando a lo largo de su vida. Cada uno tiene una historia o un recuerdo asociado. Mi mamá, en cambio, prefiere que su árbol tenga un tema. Todo dorado o plateado, por ejemplo. Lo cambia cada pocos años.

—Ah. Mi madre sigue colgando todos los adornos hechos a mano que Raia y yo hicimos de pequeños —confieso.

Valentina se ríe.

—Me lo imagino. En España también tenemos el belén, el nacimiento. A veces son súper elaborados. Y también están los Reyes Magos, que traen los regalos el seis de enero.

Sus ojos se vuelven lejanos y se queda mirando el árbol de Navidad, como si en él viera las fiestas de su infancia.

—Echas de menos a tu familia —comento en voz baja.

Valentina me mira y asiente.

—Odio que estén enfadados conmigo.

—Lo siento, Valentina. Nunca pretendí…

Me toca la mano y niega con la cabeza.

—No es culpa tuya, Avery. Me encanta la vida que estoy construyendo contigo. Solo desearía que mis padres y mi familia nos aceptaran igual que lo ha hecho la tuya.

—¿Carla y Alejandro siguen sin hablarte? —pregunto.

—Carla sí, claro; es mi hermana. —Valentina sonríe—. Alejandro está intentando entenderlo, pero está… preocupado.

—Tu familia se preocupa por ti.

—Tú también —responde.

Asiento.

—Sí. Me importas muchísimo, Lena. Lo único que quiero es que seas feliz.

Valentina sonríe.

—Gracias por esto, Avery. —Pasa la mano por las ramas del árbol —. Ahora sí que empieza a sentirse como Navidad.

La rodeo con los brazos y la estrecho contra mí. Ella besa el lado de mi cuello.

—Tengo muchas ganas de la fiesta de Navidad de mañana por la noche —admite. Siento su sonrisa contra mi piel y me hace sonreír también.

—Yo también. El equipo organiza una todos los años, pero este año se siente diferente.

Me aparto un poco para mirarla.

—Mejor.

Valentina se pone de puntillas para besarme. Yo le devuelvo el beso, disfrutando de todo lo que me ha dado.

En unos pocos meses, mi mujer ha puesto mi mundo patas arriba y lo ha hecho todo más grande, mejor y más brillante.

Nunca prometí arcoíris ni magia.

Pero la mayoría de los días se siente exactamente así.

18

VALENTINA

—¡ESTÁS guapísima, Valentina! —exclama Nova, dándome un beso en la mejilla a modo de saludo.

—La mujer más hermosa que he visto en mi vida —añade mi marido.

Me muerdo el labio y le lanzo una mirada por encima del hombro. Él guiña un ojo antes de que su mirada vuelva a recorrer mi cuerpo, deteniéndose en mi vestido negro de terciopelo con la espalda descubierta, como si no hubiera dejado de mirarme desde que salí del dormitorio en casa.

—No puedo discutir eso —coincide Nova, haciéndome sonrojar.

Me giro hacia ella y señalo su vestido dorado, que brilla bajo la luz. Tiene un escote en V pronunciado tanto por delante como por detrás, y se abre alrededor de sus muslos cuando camina.

—Estás espectacular, Nova.

—¡Oh! —agita una mano antes de inclinarse para darle un beso en la mejilla a Avery—. Feliz Navidad, Avery.

—Feliz Navidad, Nova. Has hecho un trabajo increíble —dice Avery, señalando la fiesta con un gesto.

La celebración se celebra en The Premier Hotel, en el centro de Knoxville. En las esquinas de la sala hay árboles de Navidad coronados con estrellas brillantes y decorados con luces cálidas y

poinsettias rojas. Junto a las ventanas de suelo a techo hay mesas altas, mientras que en la sala contigua se alinean mesas largas, ya preparadas para la cena. Los centros de mesa son preciosos: combinan ramas verdes con muérdago, ramitas de bayas rojas y velas blancas. Las llamas titilan suavemente, bañando el espacio con una luz cálida e íntima.

—Gracias, Avery —dice Nova, señalando a un camarero que sostiene una bandeja con copas de champán—. ¡Servíos y disfrutad!

Luego se aleja para saludar a Jag Baglione y a su acompañante.

—¡Eh! Me alegra verte —dice Leni, atrayéndome hacia un abrazo cálido.

—¡A mí también! —la abrazo de vuelta, y lo digo de verdad.

Saludo también a Talon Miller antes de que Leni me lleve hacia Raia y algunas de las otras mujeres.

—Estás preciosa, hermana —dice Raia, besándome la mejilla con cariño.

—Estoy tan feliz de verte —respondo, emocionada.

—Yo también. —Sonríe mientras me lleva hacia el bar.

Raia pide dos cócteles de la casa —spritz de aperol con arándanos— y me lanza una mirada cómplice.

—¿Estás bien?

Suspiro.

—Carla me habla.

—Lo sé. Pero también sé que todo esto ha sido duro para ella. Y eso significa que también lo ha sido para ti.

—No tienes que hacer esto, Rai. Carla es tu amiga…

—Carla siempre será una de mis mejores amigas. Pero tú eres mi hermana, Vale. Me importas, y sé que el silencio de tus padres duele —dice Raia con suavidad.

Asiento y aparto la mirada.

—Claro que me gustaría que me apoyaran más. Si simplemente conocieran a Avery…

—Eh, aun así puede que no lo aprobaran.

Levanto la mirada de golpe y Raia se echa a reír.

—Estoy bromeando —dice, agradeciendo al camarero y pasándome una copa—. Ya cambiarán de opinión. Carla está

hablando con ellos. Quiere que seas feliz. Eso es lo que tu familia quiere, en el fondo. Solo necesitan verte con mi hermano para darse cuenta.

Su mirada se desliza hacia Avery antes de volver a mí.

—Cuando estáis los dos en la misma habitación… —suspira—. Mira, cuando Avery me contó lo vuestro por primera vez, no me lo creí. Sois completamente opuestos y me preguntaba qué podríais tener en común. Pero ahora que os veo juntos, conociéndoos a los dos por separado y ahora como pareja, es evidente que estáis enamorados. Tus padres solo tienen que verlo para creerlo.

Sin saber muy bien qué decir, doy un buen trago a mi bebida.

¿Así es como nos ven los demás?

¿Como una pareja enamorada?

El pensamiento hace que me ardan las mejillas y que el corazón se me acelere.

Quiero decir, claro que la gente debe pensar que estamos enamorados… ¡nos casamos! Pero las palabras de Raia no me provocan un ataque de pánico. En lugar de eso, despiertan algo distinto. Un reconocimiento. Una pequeña semilla de verdad que brota y se abre paso hasta convertirse en una revelación.

Me estoy enamorando de Avery.

Me estoy enamorando de mi marido.

El hombre que juró que no podía darme arcoíris ni magia ya me ha dado mucho más que eso.

Levanto la vista y recorro la sala hasta encontrarlo.

Y, como si sintiera que lo estoy buscando, Avery se gira y sus ojos encuentran los míos.

Se quedan ahí.

Sostenidos.

Sonríe, con una comisura de los labios levantándose ligeramente.

¿Estás bien?, pregunta en silencio.

Me muerdo el labio inferior y asiento con la barbilla.

Mejor que nunca, respondo.

A mi lado, Raia suspira.

—Enamorada perdida, joder.

Suelto una carcajada y vuelvo a mirarla.

—Feliz Navidad, cariño. —Levanta su copa.

Choco la mía contra la suya.

—Feliz Navidad, Rai.

Y bebemos por la noche.

Por las fiestas.

Por el futuro, que ya parece más brillante.

—¿NO tenéis frío, chicas? —pregunta Arlene a Raia y a mí mientras nos acurrucamos bajo una manta en los asientos del palco.

—No, gracias —respondo con una sonrisa.

Se inclina y me pasa un gorro.

—Póntelo en la cabeza.

Raia resopla.

—Mamá, tampoco hace tanto frío.

—Para los estándares de Tennessee, sí —replica Arlene.

—Naciste en Vermont —señala Joe.

—Eso fue hace siglos. —Arlene hace un gesto con la mano y tira del extremo de la bufanda de su hija—. Tengo más cosas si las necesitáis.

Raia se ríe y se acurruca un poco más a mi lado.

—Me encanta la Nochebuena. Me alegro de que los chicos jueguen hoy en vez de mañana.

—A mí también —digo—. Es uno de mis días favoritos del año y me encanta poder celebrarlo juntos.

Raia asiente y se acomoda en su asiento.

Mis ojos se deslizan hacia el campo y lleno los pulmones de aire cuando Avery atrapa el balón y retrocede, escudriñando el campo con la mirada.

Echa el brazo hacia atrás y lanza un espiral perfecto por el lado izquierdo del campo, directo a las manos abiertas de West Crawford.

West atrapa el balón con facilidad y arranca a correr, extendiendo un brazo para mantener a raya a los defensores.

Cruza la zona de anotación con suavidad, con elegancia, y lanza el balón al aire mientras grita de alegría.

La multitud estalla cuando nos ponemos de pie de un salto, vitoreando, gritando y agitando la manta sobre nuestras cabezas.

—¡Vamos, Coyotes! —grito.

Raia me envuelve en un abrazo y observo cómo los padres de Avery se abrazan también.

Es bonito ver cómo su familia siempre está ahí para él. Para mí es una escena familiar, después de haber presenciado esa misma efusividad en los partidos de Ale y de Carla durante años. Solo desearía que mis padres encontraran algún motivo para celebrar mis logros de la misma manera.

Permanecemos juntos el resto del partido, gritando cuando los Coyotes ganan.

—Ahora tenemos un motivo aún mayor para celebrar esta noche —explica Arlene.

—No hay nada peor que cuando el equipo pierde en Nochebuena —coincide Joe.

Raia pone los ojos en blanco y tira de mi brazo. Mientras esperamos a que Avery y Cohen salgan del vestuario, echo un vistazo alrededor a las otras familias.

Nova está apartada con la pequeña Stella. Tres hombres y una mujer están reunidos a su alrededor, y supongo que son su padre, sus hermanos y su cuñada.

Leni está con su hermana Lincoln y con su madre. Me hace un gesto con la mano.

—¡Felices fiestas, Valentina!

—¡Igualmente! —le respondo, devolviéndole el saludo.

—¡Ahí estás! —dice Avery al salir del vestuario y venir directo hacia mí.

Me rodea con los brazos y me levanta del suelo, haciéndome girar en el aire.

—¡Has estado increíble! —le digo, abrazándolo con fuerza.

Avery me besa.

—Me alegro mucho de que estuvieras aquí esta noche, Lena. Es diferente jugar cuando tu mujer está en las gradas.

Me deja en el suelo y la mirada que me dedica es pura intensidad.

Tomo aire, aliviada cuando se gira para intercambiar abrazos con sus padres y con su hermana.

Pero sus palabras… siguen resonando en mi mente durante horas.

¿Será posible que él también se esté enamorando de mí?

¿Podría nuestro deseo de darle una oportunidad a este matrimonio convertirse en algo real y duradero?

LA NOCHEBUENA en casa de los Callaway es puro caos. Y risas. Y entretenimiento en estado puro.

—¿De verdad recomendaste "Dominick the Donkey"? —ríe Arlene con ganas, alzando su copa de vino en dirección a su cuñado Jim.

—Deberíais haber visto a la madre de Brooks. Pensé que le iba a dar un infarto —dice él con evidente satisfacción.

—A mí casi me da —añade la tía Karen, abanicándose—. ¡Shh! No digas ni una palabra más. Brooks y Anna están aquí.

El tío Jim pone los ojos en blanco.

—Estoy deseando que ella lo supere.

—Yo también —dice Joe.

Miro a Avery, preguntándome por qué todo el mundo habla tan mal del novio de Anna, Brooks.

—Brooks y Raia salieron durante años. Él la dejó justo antes de un partido importante y cuando encima estaba lesionada. Fue hace algo más de un año. Pero luego todos nos enteramos de que estaba saliendo con Anna —me explica Avery rápidamente.

—¡Ah! —exclamo en voz baja, tapándome la boca con la mano.

Mis ojos se deslizan hacia Raia, que está sentada en el sofá junto a Cohen, mirándolo con corazones en los ojos y una sonrisa luminosa.

—Así fue como Rai y Cohen acabaron juntos. Ella le rogó que fingiera ser su novio en un viaje de esquí con todos sus amigos en

común, incluidos Anna y Brooks —añade Avery.

—Entonces… —vuelvo a mirarlo—. ¿Que Anna y Brooks empezaran a salir en realidad empujó a Cohen y a Raia a estar juntos?

Avery se encoge de hombros.

—Todo está bien si acaba bien —dice la tía Karen.

—No exactamente —refunfuña el tío Jim antes de dar un trago a su cerveza.

Joe sonríe con picardía y me guiña un ojo.

Yo niego con la cabeza, encantada con las dinámicas familiares tan caóticas de los Callaway.

Brooks y Anna entran en la casa, seguidos de cerca por los abuelos, y todos nos reunimos alrededor de la mesa del comedor para cenar.

—Te has superado, Arlene —exclama la tía Karen.

—Como todos los años —añade el tío Jim.

—¡Oh! Esto lo he preparado en un momento —dice Arlene mientras entra con una enorme tabla de embutidos y quesos.

Joe aparece un momento después y deja dos platos más sobre la mesa: una ensalada de kale y patatas asadas. Luego entra la abuela en el comedor con una bandeja de servicio en la que lleva pavo asado. El abuelo trae otra bandeja con un jugoso roast beef.

Raia y Avery intercambian una mirada cuando ella y Cohen se sientan a la mesa. Ambos estallan en carcajadas.

Por encima de la cabeza inclinada de mi marido y de sus hombros temblando por la risa, me encuentro con la mirada de Cohen.

—Bienvenida a la familia, Vale —dice, alzando su copa hacia mí.

—Feliz Navidad, Cohen. —Levanto también la mía.

Luego los dos damos un buen trago.

Mientras la alegría de las fiestas me envuelve, me dejo arrastrar por la Navidad con la familia de Avery. Me acogen como si fuera una más de los suyos. Me incluyen en sus tradiciones. Arlene me regala unos pendientes, muy parecidos al par que le regala a su propia hija. Joe me pone en el punto de mira para que cante los villancicos con ellos, del mismo modo que regaña a Cohen y a Avery por no cantar

lo bastante alto. La abuela se sienta a mi lado en el sofá y me da pequeños golpecitos en el muslo cada vez que su copa necesita que la rellene.

Todo es cálido, cariñoso y sincero. Es tan hermoso y tan natural que se me llenan los ojos de lágrimas.

Esa noche, cuando Avery y yo nos despedimos, el abuelo me coloca una pequeña caja envuelta en las manos.

—Oh, gracias —digo, empezando a abrirla.

Él niega con la cabeza y pone su mano sobre la mía.

—Guárdalo para cuando estés en casa.

—De acuerdo —acepto, dándole un beso de buenas noches en la mejilla—. Feliz Navidad, abuelo.

—Feliz Navidad, Vale —responde con una sonrisa cálida.

Avery y yo nos subimos a su SUV y él conduce hasta casa.

—¿Qué es eso? —pregunta, señalando la caja que me ha dado su abuelo.

—No estoy segura —respondo, contándole lo que me dijo.

Cuando llegamos a casa, abro la caja con cuidado y suspiro.

Dentro, entre el papel, hay un delicado adorno de cristal soplado y pintado a mano. Está decorado con rojos vibrantes, verdes oscuros y dorados festivos. Grabado con delicadeza en el cristal, leo:

Nuestra primera Navidad

Valentina & Avery

—Vaya… es precioso —susurro, contemplando el adorno—. Me recuerda a mi abuela. Le encantaría.

Sonrío a Avery.

—Mañana la llamamos.

—A primera hora —promete, rodeándome la cintura con un brazo y girándome hacia el árbol—. Busca un buen sitio, cariño.

Elijo una rama cerca de la parte superior y cuelgo el adorno. Brilla bajo las cálidas luces de nuestro árbol de Navidad. Avery me rodea con los brazos y me apoyo contra su pecho.

Mientras observo el adorno, el árbol que Avery y yo decoramos juntos, una sensación de paz, de pertenencia, me invade.

Por fin me siento en casa.

19

AVERY

ASPIRO el aroma de su cabello, vainilla y frambuesas, y aprieto más mi abrazo alrededor de su cintura. Valentina se recuesta contra mí; el peso de su cuerpo resulta tranquilizador, reconfortante contra el mío. No quiero soltarla nunca.

Estar así con ella, frente a nuestro árbol de Navidad, en nuestra casa, no debería sentirse tan bien. Es increíble. La soledad que antes me devoraba el estómago se ha desvanecido. La inquietud que recorría mis extremidades se ha calmado.

Ahora me siento satisfecho. Lleno. Feliz.

Deposito un beso en el costado de la cabeza de Valentina y ella inclina el cuello hacia atrás para mirarme. Dios, es preciosa. Sus ojos verde azulados brillan bajo la luz suave del árbol y una sonrisa dulce se dibuja en su rostro.

Subo la mano hasta su mejilla, sosteniendo su cara entre mi palma y mi hombro antes de inclinarme para besarla. Entonces ella se vuelve hacia mí, rodeándome la cintura con los brazos y alzando el rostro para encontrarse con mi boca.

Nuestros labios se rozan y el deseo me atraviesa como una descarga. Es una atracción como nunca he sentido. Es más que un momento. Quiero a mi mujer; quiero reclamarla, quedármela, colmarla de amor. La quiero en más que solo en nombre.

Los dedos de Valentina se enganchan en la parte trasera de mi camisa, apretando con fuerza. Rodeo su cintura con un brazo y la atraigo contra mi pecho hasta que sus pechos se presionan contra mí. Inclino la boca sobre la suya e intesifico el beso, nuestras lenguas entrelazándose.

Gime, y la sangre me arde. Quiero atrapar cada sonido que se escape de sus labios.

Sus manos suben por mi espalda, con las palmas abiertas. Retrocedo un paso para tirar de su camiseta hacia arriba. Sale del cinturón de su falda de seda y, mientras la deslizo por su torso, Valentina levanta los brazos por encima de la cabeza. Se la quito rápidamente y la dejo caer al suelo antes de detenerme a contemplarla.

Vestida con una falda de seda dorada y un sujetador negro de encaje, es una una obra de arte.

—No te merezco, Lena —susurro, ahuecando uno de sus deliciosos pechos.

Se arquea hacia mí y guía mi rostro de nuevo hacia el suyo.

—Sí que me mereces —murmura antes de besarme.

Me pierdo en su sabor, en la sensación de su piel suave y sedosa, y en la textura del encaje cuando desabrocho su sujetador y oigo cómo cae al suelo. Ella me quita el jersey, deslizando las palmas por mi pecho desnudo antes de que sus dedos desabrochen con destreza el botón de mis pantalones. Salgo de ellos de un paso, sacudiéndolos de mis pies mientras ella se desliza fuera de su falda.

Cuando nos quedamos solo en ropa interior, nos detenemos un instante, contemplándonos.

Los hombros esbeltos de Valentina están echados hacia atrás, sin una pizca de duda en su expresión ni en su postura. La confianza irradia de ella: audaz, embriagadora y jodidamente sexy. Su cabello cae por su espalda y serpentea sobre sus hombros. Me encanta cuando lo lleva suelto, salvaje e indomable. Sus ojos brillan con deseo, con necesidad.

Saber que soy el hombre que va a saciar su sed, el que va a satisfacer su deseo, es una locura. Me consume por completo: el deseo, la lujuria, pero también algo más. El amor. Me estoy

enamorando de mi mujer y es una sensación como ninguna que haya conocido.

Asombro y anhelo tiñen la mirada de Valentina mientras me observa.

—Eres perfecto, Avery.

Niego con la cabeza.

—La perfecta eres tú, Lena.

Da un paso hacia mí y apoya una mano en mi pecho antes de arrastrar las yemas de los dedos por mi piel. Permanezco quieto, dejándola tocarme, explorarme. Sus palmas descienden por los lados de mi cuerpo mientras se inclina y deposita un beso en mi pecho. Luego sigue bajando, deslizándose por mi cuerpo; su lengua dibuja círculos, sus labios besan y sus dedos se meten bajo la goma de mis calzoncillos.

Cuando se arrodilla, baja mis bóxers por las piernas, dejando que mi polla, dura hasta el punto de doler, salga disparada.

Golpea ligeramente mi pie y doy un paso para quitármelos, mirándola con incredulidad.

Ella alza la mirada hacia mí, con los ojos muy abiertos y los labios carnosos, y eso es mi perdición. Apenas puedo respirar cuando mi mujer envuelve mi polla dura como una piedra con su pequeña mano y acerca la punta a su boca. Separa los labios y pasa la lengua por mi verga antes de envolverla con la boca y empezar a mover la cabeza.

Veo malditas estrellas.

—Cristo, Lena —gimo mientras mis manos se hunden en su cabello.

Se balancea hacia delante y hacia atrás, marcando un ritmo que me arranca gemidos.

Aprieto su pelo con el puño, animándola a continuar, preguntándome si debería apartarla.

—No tienes por qué… —empiezo.

Mi polla sale de su boca y su palma se desliza por la parte trasera de mi muslo.

—Quiero hacerlo, Avery. Por favor, déjame hacer que esto se sienta bien para ti.

—Se siente jodidamente increíble —jadeo, mirándola desde mis párpados entornados.

—Dime si lo hago mal —dice en voz baja, con un hilo de inseguridad envolviendo sus palabras.

—No podrías hacerlo mal ni aunque lo intentaras —admito.

Una pequeña sonrisa curva sus labios y luego vuelve a lo suyo: lamer, succionar, besar… haciéndome sentir como si tuviera dieciocho años otra vez.

Su cabeza se mueve arriba y abajo mientras mis dedos se deslizan por su cabello en cada embestida, y yo intento no correrme. He estado con innumerables mujeres. Ni siquiera recuerdo la mitad de sus nombres. Pero ninguna me ha hecho correrme tan rápido como mi mujer. Es casi vergonzoso lo rápido que me deshago con su boca sobre mí.

—Lena —jadeo—. Voy a…

Se aparta y me mira desde abajo, elevándose sobre las rodillas. Y esos ojos grandes e inocentes son mi perdición. Su mano sigue en mi polla cuando estallo, cubriendo sus dedos y su pecho con mi corrida caliente.

—Joder —maldigo mientras el deseo resbala por sus pechos perfectos y gotea sobre su vientre liso—. Cristo… eres increíble.

—¿Lo he hecho bien? —murmura, con la voz llena de asombro.

La levanto y la atraigo hacia mí, rodeándola con los brazos. Mi deseo se pega entre nosotros, un desastre total, pero estoy demasiado excitado para que me importe.

—Jodidamente bien, cariño —digo antes de besarla con fuerza.

Levanto a Lena con facilidad, agarrándole el culo y subiéndola por mi cuerpo. Ella rodea instintivamente mi cintura con las piernas mientras camino hacia el dormitorio.

—Las sábanas… —se preocupa.

—Me importa una mierda —admito, dejándola en el centro de nuestra cama.

Su cabello oscuro contrasta con el blanco impecable del edredón. Tiene las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Me pongo duro al instante al ver mi corrida secándose sobre sus pechos llenos y tentadores. Paso la mano por el centro de su pecho, sigo la curva

suave donde su cintura se abre hacia la cadera y me coloco entre sus muslos.

Aún lleva puesto su tanga negro de encaje, y lo engancho en la cadera con un tirón, dejando que la tela caiga. Está mojada por mí, sus pliegues brillan con su deseo, y si no estuviera ya duro como una piedra, lo estaría ahora.

—¿Me deseas, Lena? —murmuro, deslizando las yemas de dos dedos por su centro húmedo.

Aspira el aire con un jadeo.

—S-sí, Avery —consigue decir.

—Buena chica —respondo, bajando la boca y sustituyendo mis dedos por la lengua.

—Oh, Dios —gime mi mujer, arqueándose contra mi cara.

—Eso es —murmuro, pasando una mano por debajo de su culo y apretando una de sus nalgas. Mantengo su cuerpo elevado mientras devoro su precioso coño.

Chupo su clítoris con suavidad, introduzco dos dedos en su interior y uso mi boca y mis dedos al mismo tiempo para llevar a Valentina hasta el borde.

Cuando levanto la mirada, veo que se está pellizcando los pezones con los dedos y la imagen casi me desarma.

¿Quién iba a decir que mi dulce esposa podía ser una maldita tentación?

Pero me encanta que sepa lo que quiere. Y me encanta que no tenga miedo —ni vergüenza— de tomarlo delante de mí. La quiero entera. Así. Siempre.

—Avery —grita cuando sus paredes se cierran alrededor de mis dedos.

—Córrete para mí, cariño. Córrete en mi lengua —la incito mientras un orgasmo poderoso sacude todo su cuerpo.

Cristo, es jodidamente sexy.

Sigo lamiéndola, chupando, besando y mordisqueando con suavidad mientras atraviesa las últimas olas de placer. Cuando respira con dificultad y me mira, subo de nuevo por su cuerpo, besando cada centímetro de piel que encuentro, hundiendo la lengua en su ombligo y colocándome entre sus piernas.

Sujeto mi polla.

—¿Estás lista, Lena?

—Sí —dice sin la menor vacilación.

—Tengo que coger un condón —digo, señalando con la barbilla la mesilla.

Valentina niega con la cabeza.

—Estoy limpia, Avery. Y me pongo la inyección.

Joder. Esta mujer, mi esposa, quiere darme todo.

El peso de su confianza cae sobre mí. La responsabilidad del regalo que me está ofreciendo se expande en mi pecho, se asienta en mi estómago y recorre mis extremidades.

—Yo también estoy limpio. Pero ¿estás segura, cariño?

Valentina asiente.

—Estoy segura, Avery.

—Si quieres parar en cualquier momento—

—Por favor, hazlo —dice, sosteniéndome la mirada.

Ante el deseo firme que arde en sus ojos, me introduzco en ella.

Sus ojos se abren más, pero no aparta la mirada. Yo tampoco. En cambio, avanzo despacio, entrando en ella centímetro a centímetro, atento a cada expresión de su rostro. En sus ojos aparece primero la sorpresa, luego el asombro y finalmente una deliciosa sombra de deseo se extiende por su cara.

—¿Te duele? —pregunto—. No quiero hacerte daño.

—No —susurra—. No, Dios, Avery. Se siente tan bien.

Cierra los ojos mientras arquea la espalda.

—Se siente tan bien.

—Cristo, Lena —maldigo cuando entro por completo—. Jodida perfección.

Una leve sonrisa curva sus labios mientras empiezo a moverme. Me retiro y vuelvo a entrar con embestidas suaves y superficiales para que se acostumbre a mí. Pero entonces Valentina engancha los tobillos alrededor de mi cintura, tirando de mí hacia delante, incitándome a ir más rápido.

Apoyo la palma junto a su rostro mientras me muevo sobre ella, nuestros cuerpos uniéndose en un acto que he realizado innumerables veces.

Y sin embargo, nunca se había sentido así.

Tan bien.

Tan correcto.

Tan… hermoso.

Deslizo la mano por su piel, arrastrando mis dedos por el rastro de mi deseo sobre su cuerpo. Brilla bajo la luz de la luna. Apoyo la palma sobre ese brillo, anclándome a Valentina, presionando mi deseo por ella más profundo en su piel. Bajo la boca para besar su cara: la sien, el párpado, los labios. Ella acaricia mi espalda, mis hombros, mis brazos.

En algún momento dejamos de tener sexo.

Estamos haciendo el amor.

Uniéndonos de una forma que se siente casi divina: inmensamente placentera y, al mismo tiempo, transformadora. Nuestros corazones se funden con la misma naturalidad con la que lo hacen nuestros cuerpos. Nuestras almas se entrelazan con la misma facilidad con la que se enredan nuestras piernas.

—Avery… yo… mi cuerpo… —jadea Valentina.

—Déjate llevar conmigo, Lena —le digo mientras me hundo profundamente en ella.

Se rompe en un grito y yo persigo su orgasmo, embistiendo dos veces más antes de desmoronarme con ella.

La recojo entre mis brazos mientras me corro dentro de mi mujer, derramando mi semilla en lo más profundo de su cuerpo.

Es un momento que cambia la vida.

Nunca había hecho esto antes. Nunca había tenido sexo sin condón ni me había corrido dentro de una mujer. Y la posible consecuencia de hacerlo —crear un hijo— no me asusta.

Mientras miro a Valentina a los ojos, me doy cuenta de que recibiría con gusto hijos con ella.

Que quiero una familia con ella.

Joder, quiero todo un futuro con ella.

—Te quiero, Lena —digo, necesitando poner en palabras todas las emociones intensas que giran dentro de mí.

Valentina sonríe y sus ojos brillan.

Levanta una mano y me acaricia la mejilla.

—Yo también te quiero, Avery.

20

VALENTINA

ME DESPIERTO en mitad de la noche con la cara de mi marido entre mis muslos.

—Avery —jadeo cuando su lengua traza un camino por el centro de mi cuerpo.

—Te necesito, Lena —responde.

Eso es todo lo que necesito oír para que mi cuerpo se prepare al instante para él. Dios… lo que me hace sentir, el deseo que despierta en mí, que se arremolina y corre por mis extremidades, y la forma en que mi corazón se acelera solo por el timbre de su voz… es una locura.

He pasado diez años sin tener sexo. Viéndolo ahora con perspectiva, ni siquiera creo que lo disfrutara con Dane. No si comparo aquella experiencia con la de anoche, con la de esta mañana, con Avery.

Y, sin embargo, ahora me siento insaciable. Desesperada. Necesitada.

Avery engancha uno de mis muslos sobre su hombro mientras hunde más el rostro entre mis piernas, y yo me muevo contra él sin vergüenza. Sin reservas.

Confío en él para que cuide de mí. Para que me lleve hasta el final. Para encender mi cuerpo y proteger mi corazón.

—Te quiero —susurro, tirando suavemente de su pelo.

En respuesta, empuja la lengua dentro de mí y presiona el pulgar contra mi clítoris. Grito su nombre y me corro con fuerza.

—Así me gusta, mi chica —me alaba mi marido mientras sube por mi cuerpo.

Cuando se inclina sobre mí, me besa con intensidad y yo le succiono la lengua, saboreando mi propio deseo mezclado con el suyo. Me hace sentir atrevida, sexy. Me empuja a hacer cosas que normalmente no haría.

Como empujar a Avery para que se tumbe boca arriba, pasar una pierna por encima de su cuerpo para montarme sobre él y guiar su polla dentro de mí.

—Dime cómo hacerlo —murmuro mientras me deslizo por su dura longitud.

—Lo estás haciendo jodidamente bien —responde, mirando el lugar donde nuestros cuerpos se unen. Cuando me siento completamente sobre él, me sujeta por las caderas—. Cabálgame, cariño —dice, guiando mi cuerpo arriba y abajo.

Hago lo que me pide, dejando que sus manos marquen el ritmo mientras encuentro el compás. Cuando lo encuentro, aparta las manos para apretarme el culo y ahuecar uno de mis pechos, dejándome marcar el ritmo a mi manera.

Alzo el rostro hacia el techo, el pelo cayendo casi hasta la base de mi espalda, mientras subo y bajo sobre él.

Arriba y abajo.

Cada vez más rápido.

Hasta que Avery se incorpora de golpe y me rodea la cintura con un brazo. Hasta que su mejilla se apoya contra mi pecho. Hasta que mi mano se enreda en su pelo y lo acerco más a mí. Hasta que los dos gritamos cuando nos sacude el orgasmo.

Entonces Avery me envuelve con sus brazos. Me atrae contra su pecho y entrelaza nuestras piernas. Siento cómo nuestra excitación y nuestro deseo se mezclan —pegajosos, desordenados—, pero no me importa. Quiero quedarme enredada en mi marido exactamente así.

No tengo ni idea de cuánto tiempo permanecemos tumbados juntos antes de que Avery se mueva.

—Vamos, cariño. Vamos a limpiarte —dice, levantándome con cuidado de la cama.

Me lleva en brazos al baño y me sienta sobre el mueble del lavabo. Luego se acerca a la ducha y abre el agua, esperando a que esté caliente y salga vapor antes de volver a cogerme en brazos y meterme bajo el chorro.

—Luego cambiaré las sábanas.

Me río.

Con los fuertes brazos de Avery alrededor de mí, me relajo bajo el agua caliente. Nos duchamos juntos, sin prisa, hablando de todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas.

—Hablaba en serio anoche, Lena. No fue solo por el momento —dice Avery, apartándome el pelo mojado de los ojos mientras me mira fijamente—. Te quiero.

Asiento, viendo la sinceridad en sus ojos.

—Yo también te quiero. —Me inclino para besar sus labios—. Desde hace tiempo.

—¿Sí? —sonríe con una media sonrisa.

Asiento.

—Yo también —admite—. Solo que no sabía que esto era lo que estaba sintiendo. Nunca lo había sentido antes.

Sus palabras me calientan por dentro.

—Yo tampoco —le digo—. Este va a ser nuestro año, Avery —añado, deslizando los dedos por su piel caliente.

—¿Verdad que lo parece? —murmura—. Como si ahora todo fuera posible.

—Sí. —Asiento—. Como si todo fuera posible mientras estemos juntos.

Nos sonreímos, perdiéndonos en los ojos del otro. En el momento.

De nuevo siento cómo mi cuerpo se despierta con deseo. Dios… ¿alguna vez desaparecerá esta sensación?

Espero que no.

Me acerco a Avery y vuelvo a besarlo, deslizando la lengua en su boca y rodeándolo con los brazos.

Nos besamos durante un largo rato, nuestras lenguas enredándose, nuestras manos acariciándose, hasta que Avery se aparta con el ceño fruncido.

Se acerca un poco más hacia la puerta del baño, inclinando la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —pregunto.

—¿Has oído eso? —dice mientras cierra el grifo de la ducha.

En cuanto se apaga el agua, oigo el timbre de la puerta.

Mis ojos se clavan en los suyos.

—¿Quién puede ser?

—¿En la mañana de Navidad? —niega con la cabeza—. Ni idea.

Avery sale de la ducha y se envuelve una toalla alrededor de la cintura.

—Espera aquí. Voy a quitármelos de encima —dice con una sonrisa traviesa—. Si es mi familia, voy a—

—¡Shh! —me río—. Ve y vuelve.

Mientras Avery sale del baño envuelto en vapor, salgo de la ducha y me pongo una bata.

Estoy atándome el cinturón cuando oigo la voz inconfundible de mi madre.

—¿Dónde está Valentina? ¿Dónde está nuestra hija?

Oh, mierda.

Salgo del baño a toda prisa, encogiéndome al ver cómo las miradas de mi familia se vuelven hacia mí.

Un horror absoluto oscurece los ojos de Papá mientras su cara se enrojece. Lanza una mano al aire y se gira, como si no pudiera soportar mirarme.

La expresión de mi madre es ligeramente más compasiva.

—Ve a vestirte, Valentina —ordena en un español seco.

—Joder —murmura Ale, entrecerrando los ojos mientras fulmina a Avery con la mirada—. ¿Qué demonios? Vale… —Se queda a medias, con un tono cargado de decepción mientras sigue a Papá hacia el salón.

—Puede que tú también quieras vestirte —dice Carla, señalando la toalla de Avery.

Mi marido asiente.

—Voy a hacerlo. Por favor, sentíos como en casa.

Avery se gira hacia mí, me toma del brazo y prácticamente me arrastra hacia nuestro dormitorio.

—¡Mi familia está aquí! —le susurro con furia.

—Sí, parece que sí —responde, con los ojos llenos de desconcierto—. ¿Sabías que venían?

—¡Claro que no! —casi exclamo, retorciéndome las manos—. No puedo creer que acaben de verte… de verme… así… así.

Hago un gesto entre los dos.

Avery coloca las manos sobre mis hombros.

—Mírame, Lena.

Levanto la mirada de golpe.

—Esto no es precisamente ideal. Obviamente habría preferido conocer a tu padre durante una cena y no en una maldita toalla —dice, y en su voz detecto un toque de humor—, pero, cariño, estamos casados. Eres mi mujer y te quiero. Podría haber salido mejor, sí, pero también podría haber sido peor.

Reflexiono un segundo sobre lo que dice y asiento. Avery y yo estamos casados, así que no debería sorprender a mi familia que durmamos juntos. Aun así, me gustaría que no hubiera sido tan evidente. Sobre todo cuando mi familia —salvo mi hermana— nunca ha conocido a Avery. No lo conocen como yo. No saben nada de él, excepto que se casó con su hija sin su bendición.

Ah… quizá sea mucho peor de lo que cualquiera de los dos imaginamos.

—Vamos, vamos a vestirnos —dice Avery antes de besarme con fuerza en la boca.

Sonríe con picardía.

—Feliz Navidad, Lena.

Resoplo y niego con la cabeza.

—Feliz Navidad, Avery.

Me da una palmada ligera en el culo antes de dirigirse a su armario. Se pone unos vaqueros y un jersey color crema. Se calza unas zapatillas de estar por casa, se arregla el pelo y se cepilla los dientes.

Y luego sale del dormitorio.

—¿Quién quiere café? —pregunta, como si que mi familia aparezca en la mañana de Navidad fuera lo más normal del mundo.

—¿Tienes algo más fuerte? —oigo murmurar a mi hermano.

Darme cuenta de que Avery está solo con mi familia me pone en marcha. Me visto rápido: unos pantalones de pana color arándano y un jersey negro de cuello alto. Me cepillo el pelo mojado y lo recojo en un moño bajo. Me lavo los dientes, me echo un poco de perfume y dedico cinco segundos a un maquillaje básico.

Luego respiro hondo y me miro en el espejo.

Parezco feliz.

Quiero decir, sí, estoy estresada hasta el infierno, pero en general… realmente feliz. Tranquila. En paz. En casa.

Sonriéndome a mí misma, murmuro:

—Eres adulta. Eres una mujer casada. Esta es tu casa y este es tu marido. El año que viene va a ser el mejor de tu vida. Puedes hacerlo.

Apago la luz del baño y me dirijo al salón, donde mi familia y Avery están tomando café por la mañana.

En la isla de la cocina hay una bandeja con bollería, una variedad de bagels y una fuente de fruta.

Frunzo el ceño mirando a Avery, y él se encoge de hombros.

—Los ha enviado mi hermana —murmura.

¡Ah! Así que así ha conseguido mi familia nuestra dirección. Carla debió pedírsela a Raia.

Cojo mi teléfono de la isla de la cocina, donde lo dejé cargando durante la noche, y veo todas las llamadas y mensajes perdidos de Raia y Cohen. Abro el hilo del grupo "New Fam" que Raia creó.

RAIA

Vale, tu familia está a punto de irrumpir en tu mañana de Navidad.

¿Hola? ¡Tus padres han llegado antes de lo previsto!

Tu hermano y tu hermana están con ellos.

¡Avery! ¡Alejandro te va a matar!

Todo el mundo está enfadado. Y alterado.

Esto es serio. ¿Por qué no contestáis al teléfono?

COHEN

¿Por qué crees?

Por la misma razón por la que nosotros tampoco deberíamos estar mirando el móvil…

Vuelve a la cama, Raia.

RAIA

Esto es una emergencia.

COHEN

No pasa nada. Es Navidad.

RAIA

Eso no hace que todo se arregle mágicamente.

COHEN

¿Ah, no?

RAIA

Avery, voy a pedir desayuno a tu casa.

COHEN

No hay nada abierto…

RAIA

Sí lo hay cuando menciono tu nombre.

COHEN

¿En serio? ¿Eso funciona?

RAIA

No. Tengo que mencionar al Hombre Más Sexy del Mundo. Solo que no quería herir tus sentimientos.

COHEN

No puedes. Es la mañana de Navidad.

RAIA

¡Hecho! ¡La bollería llega en menos de una hora!

COHEN

¡¡¡VUELVE A LA CAMA!!!

Me río por lo bajo al leer la conversación entre Raia y Cohen.

—¿Te parece gracioso?

La voz de mi madre me devuelve al presente y dejo caer el teléfono. Golpea la encimera con un ruido seco.

Tomo aire y miro a mi familia.

—¡Feliz Navidad! No tenía ni idea de que veníais todos, o habríamos—

—¿No estado duchándoos juntos? —interrumpe Ale.

Lo miro con el ceño fruncido.

—Exacto. Aunque tampoco debería sorprender tanto: un marido y una mujer, duchándose juntos. ¿Tú no haces eso con las mujeres al azar que conoces, Ale, que…?

—Basta —corta Mamá con brusquedad, lanzándole una mirada a mi hermano.

Ale suspira y entrelaza los dedos detrás de la cabeza, mirándome como si no pudiera creer que le haya respondido así. Ese suele ser el papel de Carla. Yo soy la hermana dócil y complaciente.

—Me alegra verte, Ale —digo finalmente, acercándome para darle un beso en cada mejilla a modo de saludo.

Saludo también a mis padres con un beso. Ellos corresponden, pero su lenguaje corporal es rígido, incómodo. Nada que ver con los abrazos cálidos a los que estoy acostumbrada.

Solo Carla me abraza con fuerza y me susurra al oído:

—Estoy de tu lado.

Sonrío en agradecimiento.

Me acerco al lado de Avery y entrelazo mis dedos con los suyos. Los ojos de mi hermano se estrechan al ver nuestras manos unidas. Papá examina a Avery con atención y Mamá tiene la mirada clavada en mí.

—Me alegra que estéis aquí —les digo, y al pronunciar esas palabras me doy cuenta de que, en parte, son verdad. Aunque me habría gustado tener más aviso de vuestra llegada, me alegra veros. Os he echado de menos—. Me encantaría que conocierais a mi marido, Avery.

—Ya nos hemos conocido —dice Papá con frialdad—. El hecho de que te hayas casado sin decirnos nada a ninguno de nosotros…

—¡Sí os lo dije! —lo interrumpo.

Mamá resopla y aparta la mirada.

—Es lo más imprudente e irresponsable que has hecho jamás, Vale. No me lo puedo creer. He venido para verlo con mis propios ojos y… —Papá deja la frase en el aire—. No puedo creerlo. No voy a aceptar esto.

Hace un gesto entre Avery y yo.

—Esto ha sido un error, Valentina. Apenas conoces a este hombre y ¿crees que jugar a las casitas durante unas semanas constituye un matrimonio?

La voz de mi madre es dura. Inflexible.

—Vamos —dice Papá, poniéndose en pie—. Recoge tus cosas. Te vienes con nosotros a Chicago. Y después, a casa. Está claro que necesitas volver a casa, con tu familia, y…

—Con todo el respeto, señor —lo interrumpe Avery—, yo también soy la familia de Lena.

—¿Lena? —se burla Ale.

Carla le lanza una mirada de advertencia.

—Valentina y yo estamos casados. Es mi mujer —continúa Avery —. Y aunque lamento no haber llamado antes para pedir vuestra bendición, no voy a disculparme por haberme enamorado tan profundamente de vuestra hija que me dejé llevar por el momento. Mis padres tampoco estuvieron encantados con la forma en que nos casamos. Y entiendo que no me conozcáis. Me gustaría tener la oportunidad de conoceros, de demostraros que quiero y respeto a Valentina y que no pienso irme a ninguna parte. Ahora somos familia —afirma.

—Eso lo dices ahora —responde mi padre, alzando la voz con la rabia—. ¿Pero qué pasará cuando estés viajando por tus partidos? ¿Crees que no sé la vida que llevas? Yo la he vivido.

Se da un golpe en el pecho con la mano.

—He visto a Ale vivirla. Las mujeres, las tentaciones, la gloria.

Mamá aparta la mirada.

—Ningún hombre es inmune a los encantos de ese estilo de vida. No para siempre —escupe Papá con amargura.

—Le respeto, señor García —dice Avery con calma—. Y también quiero y respeto a mi mujer.

Aprieta mis dedos.

—Llevo muchos años viviendo esa vida. Ya no me interesan las mujeres, ni las tentaciones, ni la gloria. Solo quiero a mi mujer. A mi familia.

Un músculo se tensa en la mandíbula de Alejandro. Mi hermano cruza los brazos sobre el pecho y observa a Avery con atención.

—Recoge tus cosas, Vale —repite Mamá.

Tomo aire.

Un hormigueo me adormece las piernas y me hace cosquillear las palmas de las manos. Un escalofrío me recorre la espalda.

Esto es.

Tengo que tomar una decisión, y las consecuencias me aterrorizan. Aun así, cuando abro la boca, me alivia comprobar que mi voz sale firme.

—No.

Los ojos de Papá se clavan en los míos. Alejandro me mira como si me viera por primera vez.

—¿Perdona? —dice Mamá.

—¿Te atreves a faltarle así al respeto a tu madre? —añade Papá.

—¿Faltarle al respeto? —me río, señalando a mi familia—. Os habéis presentado en la puerta de mi casa la mañana de Navidad exigiendo que abandone a mi marido porque pensáis que mi matrimonio es un error.

Mamá contiene el aliento.

—Llevo meses en Tennessee. Ninguno de vosotros ha venido nunca a ver cómo es mi vida aquí, ni a interesarse por el trabajo que estoy haciendo. He dedicado toda mi carrera a un tema que me apasiona y, sin embargo, la primera vez que aparecéis es porque no os gusta que me haya casado con un buen hombre. Un hombre del que no sabéis absolutamente nada. ¿Queréis hablar de falta de respeto?

Miro a cada miembro de mi familia. Mi hermana me guiña un ojo con complicidad y continúo.

—Soy una mujer adulta. He vivido sola durante años. He hecho trabajo de campo, sobreviviendo durante semanas en bosques y selvas. He terminado una carrera y un máster, ambos con matrícula de honor, y he publicado artículos científicos. No habéis preguntado ni mostrado interés por nada de lo que me importa desde hace años. Y cuando por fin encuentro a alguien que sí se interesa por lo que me apasiona…

—¿De verdad? ¿Le interesan los pájaros? —interrumpe Ale, señalando a Avery.

—Le interesan porque son importantes para mí —replico con brusquedad, lanzándole una mirada a mi hermano—. ¿No es suficiente?

Inclino la cabeza.

—Pero ahora aparecéis todos aquí e intentáis decirme que esto es un error. ¿En serio?

Niego con la cabeza.

—Vuestra falta de respeto hacia mí, hacia mi marido y hacia mi matrimonio no solo es dolorosa, también es injustificada. Preocuparse es una cosa. Ser testarudos, inflexibles y exigentes es otra muy distinta. Estáis en mi casa.

Me señalo el pecho.

—Y os estoy presentando a mi marido.

Levanto la mano que tengo entrelazada con la de Avery.

—Se llama Avery Callaway. Y lo quiero.

Durante largos segundos nadie habla. Nadie se mueve. Ni siquiera estoy segura de que mis padres respiren.

Por fin, mi hermana se levanta y se acerca a Avery. Lo envuelve en un abrazo y sonríe.

—Feliz Navidad, Callaway. ¿Seguro que quieres casarte con nuestra clase de locura?

21

AVERY

DESPUÉS DE QUE Valentina se mantuviera firme, su familia se calmó. Más o menos.

Fue una especie de aceptación silenciosa y resignada. Incómoda, contenida. De esas que te dejan claro que Valentina quizá haya ganado esta batalla, pero que la guerra está lejos de terminar.

Me refugié en la cocina, intentando desesperadamente improvisar algo para el almuerzo del día de Navidad.

—No te agobies. Los bollos y los bagels han sido un buen detalle y mantendrán a todo el mundo entretenido un rato —dice Carla, asomándose al mueble de las bebidas.

—Tengo una bodega de vino —señalo hacia el salón.

—Mamá ya va por la segunda botella.

—Estupendo —murmuro.

Supongo que la entrada del alcohol puede terminar de dos maneras: o dispara la rabia de todos y elimina la poca contención que ahora mismo están usando para no lanzarse a mi cuello… o nos convierte en una gran familia ruidosa y feliz.

Rezo para que sea lo segundo.

—Y tengo la sensación de que Raia también habrá pedido comida y cena —añade Carla.

¡Raia!

—Tengo que darle las gracias a mi hermana.

Carla sonríe y me pasa el móvil.

—Te dejo un momento.

Cuando sale de la cocina y oigo que se reúne con Valentina y su familia, reviso rápidamente los mensajes que han enviado mi hermana y Cohen.

Suspiro y marco el número de Raia.

—¿Cómo va todo? —contesta al primer tono.

—¿Es él? ¿Ya ha llamado? —oigo a Cohen de fondo.

—¡Sí! Paga, pringado —responde Raia.

Frunzo el ceño.

—¿De qué estáis hablando?

Entonces caigo en la cuenta.

—¿Estáis apostando sobre…?

—Sobre muchas cosas, hermano. Y voy perdiendo —grita Cohen.

—Quítame del altavoz —le digo a Raia.

Oigo a mi mejor amigo reírse de fondo.

También oigo la maldita sonrisa de mi hermana a través del teléfono.

—Bueno, ¿cómo va? —pregunta.

—Gracias por el desayuno —digo con seriedad, esperando que también haya comida y quizá cena en camino.

—Oh, no pasa nada —responde Raia con el mismo tono serio—. También he pedido un asado para el almuerzo.

—Eres la mejor —respiro aliviado—. Gracias.

—Los García son una familia difícil de integrar —dice con simpatía —. Seguro que esta mañana te pillaron totalmente desprevenido.

—Estábamos en la maldita ducha —gruño.

—¡Joder! —murmura Raia.

Oigo el intercambio de dinero y la risa alegre de Cohen al otro lado.

Suspiro y dejo caer la cabeza.

—¿Algún consejo?

—Sinceramente, sé tú mismo. Eres un buen tío, Avery. Y es evidente que quieres a Valentina. Cualquier padre querría eso para su hija. Ella es feliz. Está brillando. Y aunque no puedas atribuirte

todo el mérito, sí una parte. Su familia lo verá si pasan tiempo contigo. Todos nosotros fuimos escépticos al principio…

—Pensábamos que acabarías anulando el matrimonio —grita Cohen.

—Pero mira la Nochebuena que tuvimos ayer. Valentina ya forma parte de nuestra familia y no podríamos estar más contentos —continúa Raia.

—¡Aunque le hayas robado el protagonismo a Rai! —añade Cohen.

Oigo cómo mi hermana le da un golpe.

—Me alegro mucho por vosotros. Y sé que Carla, Alejandro y sus padres también lo harán. Solo… aguanta un poco. Dale tiempo —aconseja Raia.

—Sí —exhalo, sabiendo que tiene razón—. Gracias, Rai.

—Te quiero, Ave.

—¡Vuelve a llamar si hay algún tipo de pelea física! —exige Cohen—. ¡Un plato o una copa de vino volando también cuentan!

—Cállate —lo reprende Raia antes de colgar.

Niega con la cabeza y dejo el móvil sobre la encimera.

—Tu hermana parece una mujer encantadora.

La voz de la señora García me hace dar un respingo. Me giro y la veo apoyada en la isla de la cocina, una mano sobre la encimera y la otra haciendo girar una copa de vino tinto.

—Lo es —respondo, apoyándome de espaldas contra la encimera y girando el cuerpo hacia ella.

—Tus padres parecen buena gente.

—Lo son. Un poco chiflados, pero en general, maravillosos.

La señora García me observa largo rato. Como si me estuviera poniendo a prueba. No aparto la mirada.

—Quiero a su hija, señora García —digo con total sinceridad—. Sé que todo esto debe de resultar una sorpresa y entiendo la inquietude que sienten usted y su marido. Pero me alegro de que estén aquí. Quiero que pasen tiempo con Lena y conmigo. Quiero que nos vean juntos y entiendan que lo que tenemos es real. Valentina lo es todo para mí.

La señora García suspira y da un sorbo a su vino.

—Sí… bueno. Era más fácil fingir que todo esto era un error cuando recibimos la noticia, en España. Y luego durante todo el vuelo cruzando el Atlántico, hablando del tema entre nosotros.

Hace un gesto hacia el salón, donde su marido y su hijo están sentados con Carla y Valentina.

—Pero ahora que estamos aquí… está claro que va a ser una batalla cuesta arriba.

—¿Qué quiere decir? —pregunto, entornando los ojos.

La señora García suspira.

—Admito que Vale parece feliz. Radiante, incluso. Como madre aprendes a leer a tus hijos. Y sus ojos brillan más, su sonrisa es más grande, ha demostrado más carácter del que le había visto jamás. Ha ganado una confianza en sí misma que antes no tenía. Supongo que parte de eso tiene que ver contigo.

—Quizá una parte. Pero Lena es fuerte por sí sola.

—Sí, lo es —asiente la señora García.

La comisura de su boca se curva ligeramente.

—Lena… Nadie la había llamado así antes.

Se encuentra con mi mirada. Suspira.

—Pero, Avery… ¿cuánto crees que durará vuestro matrimonio? Valentina y tú apenas os conocéis. Créeme, jugar a las casitas y lograr que un matrimonio funcione cuando cada ladrillo está apilado en vuestra contra son dos cosas completamente distintas.

—¿Por qué cree que todo está en nuestra contra? —pregunto.

Da otro sorbo a su vino y junta los labios con gesto pensativo.

—Tienes una carrera muy exigente. Vale también, aunque de otra manera.

—Muchas parejas tienen trayectorias profesionales ambiciosas.

—Sí. —Asiente—. Pero si tú y Valentina formáis una familia, ¿cómo se equilibrarán esas carreras?

Arquea una ceja.

—Tú, igual que mi marido, eres un deportista profesional. Tienes menos flexibilidad. Así que la mayor parte de los compromisos, de los sacrificios… recaerían en Valentina.

Abro la boca para responder, pero ella continúa.

—No lo digo como un juicio. Es un hecho. Y por mucho que no entienda del todo la elección profesional de mi hija, sé que ama el camino que ha elegido. Al menos en España tiene ayuda, apoyo, si decide formar una familia. Aquí no tiene a nadie.

—Me tiene a mí. Tiene a mi familia —replico.

La señora García suspira otra vez.

—Sé que ahora parece fácil. Sencillo. Pero la vida tiene la costumbre de acelerarse y complicarse. A la edad de Valentina jamás imaginé que sería ama de casa, viajando por toda Europa para partidos de fútbol. Si no hubiera abrazado ese deporte, ese estilo de vida, lo habría perdido todo. La única manera de salvar mi vida fue convertir el fútbol en una parte fundamental de mi identidad, igual que lo es para Rubén, Ale y Carla. Y lo hice con el apoyo incondicional de mi madre y con su ayuda constante cuando los niños eran pequeños, y también cuando fueron creciendo.

—Pero Valentina no eligió el fútbol —señalo.

—Es la única que ha elegido un camino distinto —admite la señora García, inclinando la cabeza—. Y no estoy segura de dónde la llevará eso porque, de alguna forma… —hace un gesto hacia mí con la copa de vino— ha elegido otro tipo de fútbol.

Cierro la boca al comprender adónde quiere llegar. La vida de un deportista profesional acaba devorando la de todos los que viven a su alrededor.

¿Eso es lo que le preocupa?

¿Que no quede espacio para que las pasiones de Valentina puedan crecer?

No es una preocupación injusta.

Es solo que jamás permitiría que eso ocurriera.

Pero ¿por qué iba a creerme la señora García si apenas me conoce? Si no conoce al hombre en el que me he convertido desde que me casé con su hija.

Raia tenía razón: los García necesitan vernos juntos, a Valentina y a mí.

Me humedezco los labios y cambio de tema.

—La comida llegará en breve. Habría preparado algo yo mismo, pero…

La señora García levanta la mano, deteniéndome.

—Hoy te hemos invadido bastante, Avery. Me alegro de haberte conocido, pero no tardaremos en dejarte en paz.

—Me alegra que estéis aquí —admito. Aunque la conversación ha sido todo menos agradable, me ha dado una idea clara de cuáles son las preocupaciones de la señora García.

Ella vuelve a girar el vino en su copa. Asiente y me sostiene la mirada.

—A mí también.

Mira hacia el salón y luego vuelve a mirarme.

—¿Vas a asistir a la gala benéfica en Chicago?

—No puedo. —Niego con la cabeza—. Tengo partido en Boston el día veintiocho.

—Ah.

Me lanza una mirada como si eso confirmara su punto anterior.

—Bueno, si no te importa que Valentina se pierda tu partido, significaría mucho para mí que viniera a la gala con nosotros. No la vemos tan a menudo como deberíamos y me gustaría pasar tiempo con todos mis hijos juntos.

—Lo entiendo —digo, y lo digo de verdad.

Es exactamente el tipo de deseo que tendría mi propia madre: una noche con sus hijos.

—Si Lena quiere asistir al evento, debería hacerlo.

La señora García termina su copa y deja el vaso sobre la encimera.

—Bien. Gracias, Avery.

Asiente una vez antes de volver al salón.

Y parece que no ocurre ni el escenario uno ni el dos. No hay gritos ni una gran familia feliz.

Hay algo más extraño.

Una especie de empate.

Uno con respeto a regañadientes… pero sin un ganador claro.

—NO VOY A PERDERME TU PARTIDO —dice Valentina, negando con la cabeza.

—Cariño, no te lo estás perdiendo. Habrá montones de partidos a los que podrás venir —le explico.

—No si no llegáis a los playoffs —responde al instante.

—Joder —murmura Ale.

—Duro —coincide Carla.

Pongo los ojos en blanco.

—Vamos a entrar en los playoffs.

Tiro suavemente de Valentina para apartarla de las orejas indiscretas de su familia.

Aun así, oigo al señor García murmurarle a su hijo:

—Esa es la confianza que tiene que tener un capitán de equipo.

Por supuesto, jamás me lo diría a mí. Apenas me ha mirado, y mucho menos hablado. En cambio, es la señora García quien lleva la voz cantante. Es una rival justa, pero firme, y sé que va a llevar mucho más tiempo demostrar que estoy comprometido con mi matrimonio.

Intento ayudar a su causa.

—Tu madre quiere de verdad que vayas. Quiere pasar tiempo con todos sus hijos.

Lena levanta una ceja.

—¿Y te preocupan los deseos de mi mamá porque…?

—Quiero caerle bien —admito.

Valentina sonríe y posa una mano en mi mejilla.

—Con el tiempo lo harás. ¿Cómo no ibas a hacerlo?

Suspiro.

—No nos están aceptando como yo pensaba.

—Están reaccionando exactamente como esperaba —admite Valentina, con un deje de decepción en la voz—. Vamos, comamos.

Valentina se niega a comprometerse con la idea y dejo el tema. En lugar de eso, la sigo hasta la mesa, donde un asado, verduras, patatas y ensalada ocupan el centro.

Gracias a Dios, Raia ha salvado la Navidad.

Decimos una breve oración y empezamos a comer, pero la conversación es tensa.

Suspiro e intento romper el hielo.

—¿Cuándo es tu próximo partido? —le pregunto a Alejandro.

—El nueve —responde, dando un sorbo a su vino—. Contra el Barcelona.

—Va a ser un espectáculo —dice Carla pensativa.

Mira a su hermana.

—¿Cuándo es tu viaje de investigación, Vale?

—El cuatro de enero —responde Valentina, llevándose una cucharada de puré de patatas a la boca.

—¿Adónde vas? —pregunta Ale.

—A las Grandes Montañas Humeantes —dice Valentina, sin dar más detalles.

Su familia se queda en silencio un instante, mirándola.

Veo el destello de esperanza que brilla en sus ojos, aunque mantiene el rostro neutral.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es el tema de la investigación? —pregunta el señor García, sirviéndose otra ración de verduras.

Y así, de repente, los hombros de mi mujer se relajan, una sonrisa cruza su rostro y se inclina hacia delante para contarle a su familia su investigación, el programa que puso en marcha en el centro de naturaleza y el trabajo que está realizando con el doctor Mendoza.

Le prestan toda su atención y le hacen preguntas pertinentes. Observo cómo Valentina cobra vida, gesticulando con las manos mientras habla, con los ojos brillantes.

En un momento dado, la expresión de su madre se suaviza y mira a su hija con orgullo.

Es el tipo de reacción, el tipo de apoyo, que Valentina lleva años persiguiendo.

En el fondo sé que va a asistir a la gala con su familia en Chicago. Y espero que el tiempo que pase con ellos ayude a suavizar su opinión sobre nuestro matrimonio.

INSISTÍ en que la familia de Valentina se quedara con nosotros.

Por supuesto, protestaron. Pero al ser ya el día de Navidad, no pudieron conseguir una reserva de hotel de última hora. Ni siquiera mencionar los apellidos García y Callaway sirvió de nada, curioso, ¿eh?

Mientras que el señor García parecía verdaderamente ofendido por esta circunstancia, Alejandro y Carla se echaron a reír.

—Supongo que tendremos que aprovechar tu generosidad —gruñó el señor García, claramente frustrado por tener que aceptar mi oferta.

—No es así —le aseguré—. Ahora somos familia.

Se giró hacia mí con una mirada dura y evaluadora.

—Por ahora —respondió con frialdad.

—¡Papá! —exclamó Valentina.

Después de eso, la temperatura de la habitación descendió varios grados.

Por mucho que Valentina y yo lo intentamos —partidas de cartas, más botellas de vino, galletas de Navidad—, fue imposible provocar el más mínimo ambiente festivo o calor navideño. Al final decidí retirarme temprano y dejar que Valentina tuviera tiempo con su familia.

Cuando doy las buenas noches a los García, me dan las gracias con educación.

Me preparo para dormir y oigo cómo la familia cambia del inglés al español. Sus voces pierden parte del frío y de las aristas del día. En su lugar, se llenan de humor y empiezan a fluir con naturalidad.

Cuando me meto bajo el edredón y abro un libro, ya se escuchan carcajadas y el ritmo familiar de una historia que se cuenta entre varios. Escucho la risa de Lena, su voz, su alegría.

Me golpea con fuerza y me hace detenerme un momento mientras me pregunto: ¿cuándo fue la última vez que la oí tan animada en un grupo?

Suspiro y trato de concentrarme en las palabras de la página. Diez minutos después, me rindo. Me interesa mucho más saber qué está provocando que mi mujer se ría y aplauda de alegría.

¿Llegaré algún día a compartir esa misma naturalidad con ella?

¿Su familia me acogerá alguna vez como la mía la ha acogido a ella?

¿Los García aceptarán nuestro matrimonio?

Odio no saberlo.

Odio que, cuando cierro los ojos para dormir, mi mujer no esté en nuestra cama y que esa vieja inquietud regrese.

—NO QUIERO DEJARTE —dice Valentina, rodeándome con los brazos.

La estrecho contra mi pecho y me inclino para besar la punta de su nariz. Por mucho que no quiera que se vaya, me niego a interponerme entre ella y su familia. Los García han estado con nosotros poco menos de veinticuatro horas y no puedo decir que me entristezca verlos marchar.

—Solo serán unos días.

Intensifico el beso y siento cómo me endurezco cuando Valentina gime suavemente.

—Tu familia te echa de menos.

—Pues yo te echaré de menos a ti —responde, haciendo un puchero.

Sonrío y aparto un mechón de pelo de sus ojos.

—Yo también te echaré de menos. Pero ese día tengo partido. Nos vamos a Boston la noche anterior. Me daría pena pensar que te quedas sola en el piso… o congelándote el culo en Boston, cuando podrías estar con tus padres y tus hermanos.

—Lo sé —admite.

Aprieto su delicioso culo.

—Ve. Pásalo bien. Y nos vemos cuando vuelvas.

Le rodeo la cintura con un brazo y tiro de su pequeña maleta, llevándola desde nuestro dormitorio hasta el recibidor, donde su familia la espera.

—Ni siquiera tengo vestido —refunfuña Valentina.

—¡Eso lo arreglamos enseguida! —promete su madre.

—Que tengáis buen viaje —digo, tendiéndole la mano al señor García.

La estrecha con firmeza, apretando con fuerza.

—Que tengas buen partido.

Es lo más cordial que ha sido conmigo hasta ahora, y por fin entiendo las advertencias de mi hermana, de mi entrenador y de mis compañeros de equipo.

Rubén García es duro como una roca y no cede ni un milímetro.

Lo que lo convierte en un rival digno… también lo convierte en un suegro complicado.

Le doy la mano a Alejandro, que hoy ha estado callado. He notado su mirada evaluando mi relación con su hermana, pero no ha hecho ningún comentario.

Abrazo a la señora García para despedirme y beso a Carla en ambas mejillas.

Cuando los García salen al pasillo y llaman al ascensor, me giro hacia mi mujer.

Le doy a Valentina un último beso largo de despedida.

—Envíame fotos —susurro.

Arruga la nariz, pero se muerde el labio inferior de forma adorable.

—Si tienes suerte.

Resoplo y tiro suavemente de la punta de su pelo.

—Ya la tengo, Lena.

Sonríe y se inclina para darme otro beso.

—Suerte en el partido.

—Pásalo bien en la gala —respondo.

—¡Jesús! Si solo van a ser unos días —comenta Alejandro.

Valentina pone los ojos en blanco.

—Nos vemos pronto.

El ascensor llega en ese momento y me despido con la mano de los García mientras entran. Valentina me lanza un último gesto antes de que se cierren las puertas.

Cuando el ascensor desciende hacia el vestíbulo, suspiro y regreso al piso.

Al mirar el espacio vacío, ya echo de menos a Valentina. El apartamento se siente demasiado silencioso, demasiado vacío sin ella.

Niego con la cabeza, cojo el móvil y le escribo a Cohen.

AVERY

¿Qué haces?

COHEN

¿Vale se ha ido?

AVERY

Sí. Es una mierda.

COHEN

Ya te digo. Raia va en el mismo vuelo.

AVERY

¿Tomamos una cerveza?

COHEN

¿En Corks en media hora?

AVERY

Allí nos vemos.

Aliviado por tener planes —cualquier cosa que me saque del piso y me aleje de los recuerdos amargos de esta Navidad— me doy una ducha rápida, me visto y conduzco hasta Corks.

22

VALENTINA

—¡AY, Vale, ese vestido te queda precioso! —anuncia Mamá, juntando las manos con entusiasmo en cuanto salgo del probador.

Mientras Mamá y Carla ya han comprado vestidos con zapatos, bolsos y joyas a juego para la gala de mañana por la noche, yo no tengo nada. Cuando me mudé a Knoxville no metí ropa de noche en la maleta. Empaqué ropa cómoda y abrigada para el trabajo de campo y conjuntos prácticos para los días en el campus.

Nunca me ha gustado tanto ir de compras como a mi madre y a mi hermana. Pero caminar por la Magnificent Mile, de su mano, mirando percheros de ropa antes de meternos en los probadores con sillones, se siente distinto. Es divertido y despreocupado. Natural, fácil.

Por primera vez, quizá en toda mi vida adulta, siento que de verdad encajo con Mamá y Carla. Aunque mi hermana y yo siempre hemos estado muy unidas, Carla y Mamá son tal para cual. Comparten las mismas pasiones: el fútbol y la moda. Y a veces, cuando estoy con ellas, eso hace que se note lo diferente que soy.

Pero hoy no.

—¡Si Avery pudiera verte con ese vestido, se moriría! —exclama mi hermana, abanicándose con dramatismo.

—Me encanta el color —dice Mamá, sin mencionar a Avery.

Me giro para ver la espalda del vestido en el espejo. Llevo un vestido rojo intenso, con mangas largas en forma de campana y la espalda descubierta. Tiene cuello alto, pero se ajusta a mis curvas hasta rozar la parte superior de mis pies.

—Me gusta —digo.

—¡Me encanta! —añade Carla.

—¡Nos lo llevamos! —anuncia Mamá a la dependienta.

Mientras vuelvo a ponerme mi ropa, Mamá toma el vestido de mis manos y se dirige a la caja.

—¡Oh! Mami, puedo comprarme mi propio vestido —digo, intentando recuperarlo.

Lo levanta fuera de mi alcance.

—Por favor, Vale, déjame regalártelo. Estás espectacular. Tan segura, tan feliz. Y en la gala habrá muchísimos caballeros interesantes.

—Mamá —susurro entre dientes—. Estoy casada.

—Oh, lo sé.

Hace un gesto despreocupado con la mano, como si espantara la idea de mi matrimonio.

Le quito el vestido de las manos.

—Por favor, déjame a mí —digo con firmeza.

—Vale, déjale hacer esto —murmura Carla.

Resignada, pongo los ojos en blanco y dejo que mi madre recupere el vestido y se acerque a la caja.

—Gracias, Mami —murmuro.

Mamá asiente.

Después de comprar el vestido, las tres nos dirigimos al centro para almorzar. Pedimos martinis y Mamá suspira.

—No intentaba insultarte, Valentina.

Inclino la cabeza, estudiándola.

—Es mi marido.

—¿Le quieres? —pregunta Mamá.

Dudo apenas un segundo y noto el destello de comprensión que se abre paso en sus ojos.

—Sí —respondo con firmeza.

No dudé porque no conozca mi propio corazón. Dudé porque el matrimonio entre Avery y yo es cualquier cosa menos convencional.

Pero ¿y qué? Sigue siendo nuestro.

Entonces, ¿por qué no puedo decírselo a mis padres? ¿Por qué sigo buscando su aprobación?

—Eso espero —responde Mamá—. Porque el matrimonio es difícil, Valentina. Y estar casada con un deportista profesional puede ser una vida muy solitaria.

Los ojos de Carla se abren de par en par ante ese comentario, pero en lugar de intervenir, mi hermana da un largo trago a su martini.

Mamá cambia de tema y dirige la conversación hacia asuntos más seguros: esquiar en los Alpes suizos, una nueva obra de teatro que quiere ver en Londres y la participación de Carla en la gala de mañana.

Participo cuando es necesario, pero la mayor parte del tiempo estoy callada, perdida en mis pensamientos.

¿Acaso no he vivido en carne propia lo dura y solitaria que puede ser la vida con un deportista? Pero Avery y yo ya superamos eso. Ahora estamos bien. Más que bien.

Aun así, las palabras de Mamá resuenan en mi cabeza.

Cuando llegamos a la puerta de mi habitación de hotel, estoy agotada. Mentalmente drenada.

—Gracias por el vestido —digo, aceptándolo de la mano que Mamá me tiende.

—Que lo disfrutes —responde sonriendo.

Nos besa a Carla y a mí en las mejillas.

—Nos vemos esta noche para cenar.

—Tengo una reunión con algunos compañeros sobre la gala. ¿Necesitas algo, Vale? —pregunta Carla.

—No, todo ok.

Hago un gesto con la mano.

—Nos vemos luego para cenar.

Observo cómo mi madre y mi hermana se alejan por el pasillo. Después entro en mi habitación, cuelgo el vestido nuevo, me quito la ropa y me envuelvo en un albornoz cómodo.

Me dejo caer en un sillón y miro por la ventana, observando la bulliciosa calle de la ciudad bajo mis pies.

Suena mi teléfono y sonrío al ver aparecer la cara de Abuela.

—Hola, Abuelita.

Ella me sonríe y las líneas de su rostro se pliegan en arrugas queridas.

—¿Qué tal, mi tesoro?

Suspiro y Abuela frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunta con suavidad, en español.

Se me llenan los ojos de lágrimas y niego con la cabeza.

—Estás en Chicago, con tu familia —dice.

Asiento mientras las lágrimas empiezan a acumularse.

—Y tu Avery está jugando al fútbol en Boston —continúa.

Vuelvo a asentir.

—¿Qué ocurre, Valentina? —insiste Abuela, aunque creo que ya sabe la respuesta.

En cuanto las lágrimas empiezan a caer, toda la historia sale de golpe. Le cuento cómo Mamá, Papá, Ale y Carla aparecieron la mañana de Navidad. Lo incómoda y horrible que fue su visita. Le hablo de Chicago y del comentario de Mamá.

—Nadie lo acepta. No nos aceptan —explico, señalándome el pecho.

—No lo conocen —dice Abuela.

—No quieren conocerlo —aclaro.

—Ay, sí. Ahí está el quid de la cuestión —admite.

—¿Qué hago? —pregunto, abatida.

Abuela suspira.

—Haz lo que te dicte el corazón, Valentina. Si Avery es el hombre para ti, si es con quien quieres compartir tu vida y tu amor, entonces lucha por él y por tu matrimonio.

Guardo silencio mientras asimilo sus palabras. La miro, esperando.

Suspira otra vez, más profundamente.

—Y si no lo es, entonces en el fondo también lo sabes. Pero esa decisión solo puedes tomarla tú.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Hablamos unos minutos más antes de despedirnos.

Me acurruco en la cama y apoyo la cabeza en la almohada. Mi mente gira sin parar. Todo lo que ha pasado en los últimos meses ha ocurrido a una velocidad vertiginosa. Desde el momento en que conocí a Avery ha habido subidas y bajadas. Momentos en los que todo se eleva… y otros en los que se hunde.

¿Nuestro matrimonio falso está hecho para durar?

¿O estoy intentando convencerme de que nuestro amor es real porque ya estamos casados?

Si estuviera completamente segura de mi lugar al lado de Avery, ¿unas cuantas palabras duras de Mamá y Papá me afectarían tanto? ¿Sus opiniones sobre Avery, sobre nuestro matrimonio, me harían dudar tan fácilmente?

Empieza a formarse un dolor de cabeza mientras intento ordenar mis pensamientos. Mis sentimientos.

Necesitando sentirme cerca de Avery, le escribo.

VALENTINA

Te echo de menos.

Espero diez minutos, pero no responde. Suspiro, dejo el teléfono sobre la cama, cierro los ojos y me quedo dormida hasta la hora de la cena.

Esa noche me reúno con mi familia en el bar del hotel para tomar algo. Después, Mamá, Papá, Alejandro, Carla y yo vamos a un restaurante de moda donde hablamos, compartimos y pasamos horas juntos.

Hay una naturalidad, una facilidad, que no existía cuando estaban en el piso que Avery y yo compartimos en Knoxville. Por primera vez en años me siento integrada en el grupo.

Me siento una verdadera García.

Y eso me hace preguntarme: ¿llegará mi marido a encajar alguna vez con mi familia? ¿O será él quien ocupe mi lugar, el único miembro que siempre se queda al margen?

—AVERY VA A PERDER la cabeza cuando te vea con ese vestido, tía —dice Raia, haciéndome un gesto para que pose.

Giro ligeramente el cuerpo, flexiono una rodilla y sonrío por encima del hombro.

Carla sonríe.

—¡Estás cañón, Valentina María López García!

—Tenéis demasiados nombres —gruñe Raia mientras toca la pantalla de su móvil—. ¡Foto enviada!

No pasan ni treinta segundos antes de que llegue un mensaje al mío.

AVERY

Estás jodidamente sexy, esposa mía. Te echo de menos.

Envíame más fotos.

Sonriendo, hago un gesto para que Carla y Raia se acerquen para un selfie. Tomo la foto y se la envío a Avery.

VALENTINA

(Imagen)

AVERY

¿Te lo estás pasando bien?

Miro a mi alrededor. El lugar está decorado con elegancia. Atletas de primer nivel, personalidades de televisión, ejecutivos de marketing, propietarios de equipos y representantes de organizaciones benéficas de Chicago se mueven entre la multitud.

Va a ser un evento muy exitoso; lo siento en el ambiente.

La emoción me recorre el cuerpo. Una parte de mí desearía que Avery estuviera aquí, pero otra disfruta dejándose llevar por el momento. Me encanta pasar este tiempo con mi familia y sentir que encajamos.

La noche tiene una sensación de promesa, de anticipación, que hacía mucho que no sentía.

Anoche brindaba con cócteles junto a mi hermano y mi hermana, haciendo propósitos y trazando objetivos para el año que viene. Sentí, en lo más profundo de mis huesos, que este próximo año va a ser mágico. Lleno de crecimiento, rebosante de nuevas posibilidades y empapado de amor.

Hoy disfruto de esa certeza.

VALENTINA

Sí. El lugar es precioso. Me lo estoy pasando genial con Ale y Carla.

AVERY

Me alegro por ti.

VALENTINA

Gracias. Suerte en tu partido. Nos vemos pronto.

Veo los tres puntitos bailando en la parte inferior de la pantalla mientras Avery escribe una respuesta. Se detienen, vuelven a aparecer, se detienen otra vez.

Entonces entra una videollamada de Avery.

Suspirando, levanto un dedo hacia Carla para indicarle que necesito un minuto. Me aparto hacia un lado del salón para contestar. En cuanto deslizo el dedo por la pantalla… la llamada se corta.

AVERY

La conexión va fatal. Estamos a punto de entrar al vestuario.

VALENTINA

No pasa nada. ¡Mucha suerte hoy!

AVERY

¿Seguro que todo está bien?

VALENTINA

Sí. ¿Por qué?

AVERY

No sé. Solo quería comprobarlo.

Frunzo el ceño y miro a mi alrededor. Estoy en una gala benéfica con mi familia. ¿Qué podría ir mal?

VALENTINA

Todo bien. Nos vemos en casa.

AVERY

Te quiero, cariño.

VALENTINA

Yo también te quiero.

—¡Eh! —Carla se acerca a mí—. ¿Lista para entrar?

Dejo el teléfono en el bolso y le sonrío.

—Por supuesto. Vamos a divertirnos.

Mi hermana me tira del brazo y me arrastra hacia la gala.

Entre Carla y Raia, sonrío y decido pasarlo bien esta noche. Bebemos vino, bailamos en el centro de la pista y vitoreamos con entusiasmo cuando anuncian la cantidad de donaciones recaudadas durante el evento. Aplaudo a los oradores, bailo con mi padre y me tomo un chupito de tequila con mi hermano. Mamá y yo nos hacemos fotos tontas en un fotomatón con accesorios ridículos, riendo a carcajadas cuando el resto de la familia se une.

—¡Fotos de Navidad para el año que viene! —exclama Carla.

—Nosotros no hacemos eso —dice Mamá, negando con la cabeza.

—Gracias a Dios —bromea Ale.

Cuando la noche llega a su fin, Mamá y Papá regresan al hotel. Nos besan en la frente a los "niños" y nos dicen que nos mantengamos juntos y volvamos a casa con cuidado.

—Es como si todavía no se dieran cuenta de que somos adultos —dice Carla, señalando hacia el bar.

—Y yo casi tengo treinta —nos recuerda Ale.

Ante eso, Carla y yo nos quedamos mirándolo fijamente.

—Viejo —murmura Carla, negando con la cabeza.

—Toma. —Le ofrezco el brazo insinuando que necesita ayuda para caminar hasta el bar.

Lo aparta de un manotazo, riendo, antes de rodearme la cintura con un brazo.

—Qué graciosas sois las dos.

Niega con la cabeza y luego baja la mirada hacia mí. Sus ojos verdes brillan.

—Estoy acostumbrado a las tonterías de Carla, pero siempre podía contar contigo para que estuvieras de mi lado, Vale.

Sonrío, sabiendo que me está tomando el pelo.

Alejandro me acerca más a él y besa mi sien.

—No puedo creer que ahora seas una mujer casada.

—¿Te gusta Avery? —pregunto, sabiendo que no debería importarme… y aun así me importa. Quiero su aprobación.

Ale me mira y se encoge de hombros.

—No lo conozco lo suficiente.

—Podrías intentar conocerlo —respondo.

Ale asiente. Luego me mira directamente.

—Tu matrimonio con él salió de la nada. Es difícil aceptar que esto es lo que realmente quieres cuando nunca has tenido un novio serio. Ni siquiera habías hablado de casarte.

Trago saliva, entendiendo de dónde viene mi hermano. Durante años estuve demasiado centrada en mi carrera como para pensar en el matrimonio. Además, tampoco había candidatos: no salía con nadie.

—Solo quiero que seas feliz, Valentina. Y aunque estoy seguro de que eres feliz cuando estás con Avery… tampoco parece que te afecte demasiado estar lejos de él este fin de semana.

—Es solo un fin de semana —señalo.

—Sí —admite Ale, asintiendo—. No te estoy juzgando, Vale. Solo no quiero verte sufrir. —Se encoge de hombros—. Aunque, ¿qué sabré yo? Yo tampoco hago relaciones serias.

Mira a Carla.

—Los hijos de los García siempre hemos tenido eso en común —bromea, acercándose al bar y llamando al camarero.

Sus palabras empiezan a dar vueltas en mi cabeza.

Nunca tuve una relación romántica seria porque me sentía demasiado rota después de Dane, demasiado asustada para volver a

dejar que me hicieran daño. Pero no tengo ni idea de cuáles son las excusas de Alejandro y Carla. Probablemente el fútbol. La determinación, el compromiso y la obsesión que exige destacar como deportista profesional complican cualquier relación.

El propio Avery lo ha admitido.

¿De verdad ha cambiado eso ahora que estamos casados? ¿O él también está intentando convencerse de que esto es real porque ya estamos casados?

¿He estado demasiado encerrada en la burbuja que creamos en Knoxville? ¿Me estoy perdiendo las señales?

Hasta hace pocas semanas, Avery y yo vivíamos más como compañeros de piso que como marido y mujer. ¿Volverá a ser así si los Coyotes llegan a los playoffs?

El hecho de no saberlo, el hecho de sentir tantas dudas desde que mi familia apareció en Tennessee, me inquieta. Odio cuestionarme cuando normalmente tengo muy claro lo que pienso.

Ale me pasa una margarita y doy un largo trago.

—Tranquila, Vale —se ríe Ale, levantando su vaso y chocándolo contra el mío y el de mi hermana.

El brazo protector de Alejandro desaparece cuando se inclina para coger un montón de servilletas de cóctel. En cuanto lo hace, la nuca me hormiguea con una sensación de alerta.

Percibo el cambio de energía al instante.

Es como si el aire de la sala se volviera más fino y los colores que me rodean se volvieran más intensos.

Estoy a punto de girarme para mirar por encima del hombro cuando alguien se acerca a mí. Aspiro su colonia y mi cuerpo se relaja, aunque mi mente empieza a dar vueltas.

—Avery —digo, girándome para encontrarme con los ojos de mi marido.

El brazo de Avery se aprieta alrededor de mi cintura. Sus ojos están llenos de preocupación cuando se clavan en los míos, pero esboza una sonrisa para mis hermanos.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Enhorabuena por la victoria, Callaway —dice Carla, dándole una palmada en el hombro.

Es como si Avery ni siquiera la oyera. Sus ojos siguen examinando los míos con inquietud.

—Cuando te vi con ese vestido, Lena… —niega con la cabeza—. No podía mantenerme lejos ni aunque lo intentara. Ni siquiera una noche.

Se inclina y me besa con fuerza en los labios.

Y odio reconocer que soy yo quien se aparta.

23

AVERY

SIENTO el pánico en sus labios y joder, odio que estemos otra vez aquí. Valentina está insegura, casi arisca conmigo cuando hace tres días se deshacía en mis brazos. Necesitaba sentir que se rendía a mi beso, que le afectaba. En lugar de eso, se aparta y me deja completamente descolocado.

¿Han bastado unos días con su familia para convencerla de que nuestro matrimonio no tiene lo que hace falta para durar?

La miro desde arriba.

¿Qué está pasando?, preguntan mis ojos.

—Joder, colega —murmura Ale.

Esbozo una sonrisa ladeada.

—Recién casados.

Carla se ríe.

—Sois insoportables, pero no tenéis nada que hacer al lado de Raia y Cohen.

Como si hubiera oído su nombre, mi hermana aparece en el bar. Los brazos de Cohen rodean su cintura y ella parece completamente a gusto. De hecho, está radiante, claramente feliz por su llegada.

Ojalá pudiera decir lo mismo de mi mujer, que ni siquiera se atreve a mirarme.

—Ah, ahí están —bromea Carla.

Cohen se presenta a Alejandro antes de hacer una seña al camarero.

—¡Vamos a los playoffs, cariño! ¡Chupitos de celebración!

Estamos apiñados alrededor de la barra, una mezcla rara de familia improvisada. Me encantaría relajarme y disfrutar del momento, pero el cuerpo de Valentina está rígido bajo mi mano. Es como si mi cercanía la incomodara, cuando estoy acostumbrado a que su cuerpo se derrita contra el mío.

¿Qué demonios ha cambiado? ¿Por qué parece decepcionada de verme?

Vuelvo a mirar a mi hermana y me fijo en las manchas rosadas de emoción que tiene en las mejillas. Está en una nube porque Cohen ha llegado a Chicago para sorprenderla. ¿Por qué Valentina no reacciona igual conmigo?

Observo cómo se repliega sobre sí misma. Da pequeños sorbos a su margarita, los ojos recorriendo el bar como si buscara una salida. ¿Quiere irse porque está cansada? ¿O porque he aparecido yo?

Odio no saber qué pasa por su cabeza.

Cuando sirven otra ronda de chupitos, le tomo la mano.

—¿Quieres que nos vayamos?

Nuestros ojos se encuentran y ella asiente.

—Vale.

Aviso a su hermano y a Carla de que voy a llevar a Valentina de vuelta al hotel.

Los ojos de Ale se clavan en su hermana.

—¿Estás bien, Vale? —pregunta en español.

Y odio que no confíe lo suficiente en mí como para dar por hecho que tengo en cuenta lo que es mejor para ella. Necesita oírlo de su boca.

Suspirando, dejo a Valentina un momento con su hermano para avisar a Cohen y a Raia de que nos vamos. Después vuelvo a tomar su mano y la acompaño fuera del bar.

Estoy frustrado porque no entiendo su reacción, pero también preocupado. Tiene una distancia en la expresión, como si necesitara poner espacio entre nosotros cuando llevamos semanas intentando acercarnos.

Sumo esa frustración al cansancio del partido de hoy y al vuelo hasta Chicago, y cuando llegamos a la habitación del hotel estoy de un humor de mierda. Mi enfado es palpable, me pesa en los hombros, pero mi mujer parece no darse cuenta.

Está perdida en sus propios pensamientos.

—Valentina —digo, acercándome a ella—. ¿Qué pasa?

Camina hacia el armario y saca un pijama y un albornoz.

—Estoy agotada, Avery. ¿Podemos hablar mañana?

—¿En serio? —la miro fijamente—. Acabo de volar desde Boston para sorprenderte y estás actuando como si no quisieras verme.

—No es eso —dice enseguida.

—Entonces ¿qué es?

Valentina suspira.

—Las últimas semanas contigo han sido mágicas. Y estar lejos de Tennessee, estar con mi familia…

—Lejos de mí —la interrumpo.

Mantiene mi mirada, pero no rebate mis palabras.

—¿Y si nos estamos engañando?

Echo la cabeza hacia atrás y suelto un gruñido.

—¿Otra vez con esto?

—Solo digo que todo ha ido muy deprisa. Y lo hemos intentado, y ha sido genial. Ha sido maravilloso.

—¿Pero…?

—Pero también me ha encantado pasar este tiempo con mi familia.

—Claro. Es lo normal —señalo—. A mí también me gusta pasar tiempo con la mía.

Rompe el contacto visual y mira hacia sus pies.

—No estoy segura de que mi familia vaya a aceptarte… o a aceptarnos.

—Ha sido solo una fiesta, Lena. —Me encojo de hombros—. Apenas hemos empezado. Ni siquiera lo hemos intentado de verdad.

—Pero ¿no debería ser más fácil?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. A veces sí.

—¿Fue más fácil con Mila? —pregunta, con auténtica curiosidad, sin sonar celosa ni molesta por mi relación con mi ex.

La mención de Mila me deja clavado en el sitio. Entorno los ojos mientras mi cabeza empieza a dar vueltas, contemplando distintos escenarios. No me gusta ninguno, pero todos me hacen pensar.

¿Estar con Valentina es como lo mío con Mila? Mila fue todo lo que conocí hasta que un día comprendí que necesitaba más. Experiencias, retos y… algo distinto. Éramos demasiado jóvenes.

Valentina nunca tuvo esa oportunidad. Ha estado con Dane. Y conmigo. ¿Quiere más? ¿Llegará a resentirme si no tiene tiempo para buscarlo?

¿Es eso lo que le han hecho ver sus padres este fin de semana? ¿Le han insistido en que se asegure de que yo soy el indicado pensando en todo lo que está dejando atrás?

—¿Y bien? —insiste.

Recuerdo a los padres de Mila. Me recibieron con los brazos abiertos y durante años ella también fue parte de mi familia.

—No. —Niego con la cabeza—. Con Mila no fue así. Pero también empezamos a salir con quince años.

—Ya… —susurra Valentina—. Es verdad.

La miro fijamente, pero no añade nada más.

—Lena, ¿qué está pasando? —digo, intentando agarrarme a lo que sea—. ¿Cómo demonios se supone que voy a viajar para los playoffs o concentrarme en mi juego si no tengo ni puta idea de qué está pasando en mi matrimonio?

Ante eso, algo se enciende en los ojos de Valentina.

—Creo que deberías centrarte en el fútbol.

—¿Qué?

Asiente, como si estuviera confirmando sus propios pensamientos.

—Yo me voy al viaje de investigación de campo y tú tienes los playoffs a la vuelta de la esquina. Ahora mismo tengo la cabeza hecha un lío, Avery. Lo siento. De verdad. Pero creo que deberíamos darnos un tiempo.

—¿Un tiempo?

Asiente.

—Siento que todo ha pasado demasiado rápido. Cada vez que intento respirar, aparece algo nuevo. Los momentos buenos son

increíblemente buenos, pero los malos, como ahora mismo, son terriblemente malos. La reacción de mi familia contigo en Navidad fue horrible. Es como si estuviera en una montaña rusa y no pudiera bajarme.

Aunque me alivia que esté siendo sincera conmigo, no estoy de acuerdo con lo que dice.

—Parece que estás tirando la toalla sin darle a esto una oportunidad de verdad.

Los ojos de Valentina se llenan de lágrimas y niega con la cabeza.

—No estoy tirando la toalla, Avery. Estoy pidiendo tiempo. Espacio. Un descanso. Solo… quiero estar segura de nosotros antes de seguir avanzando por este camino. Después de pasar unos días lejos de Knoxville, ya no me siento tan segura como antes. Lo siento. No quiero hacerte daño. Por eso creo que es mejor que hagamos una pausa ahora y pensemos bien las cosas.

Joder. Pasa unos días con su familia y ya han conseguido tambalear su confianza en mí. Odio que no confíe lo suficiente como para saber que lo que tenemos es real. Pero supongo que ese es el verdadero problema, ¿no? Nadie en mi vida confía realmente en mí… no cuando de verdad importa.

Maldiciendo por lo bajo, asiento.

—Vale. ¿Segura que es lo que quieres?

—Sí —responde Valentina en voz baja—. Tienes que concentrarte en el fútbol. Afinar el enfoque. Y yo necesito estar totalmente presente para mi viaje de investigación. Simplemente… bajemos el ritmo, tomemos aire, y cuando vuelva del viaje veremos dónde estamos. Hablaremos de lo que realmente queremos para nuestro futuro. Esto empezó como un acuerdo, Avery.

—Lo sé —replico entre dientes.

—Nunca pretendimos enamorarnos el uno del otro.

—Pero lo hicimos —suplico, queriendo que entienda cómo me siento. Porque ahora mismo me está arrancando el puto corazón.

—Sí —admite—. Lo hicimos. Y eso hace que esta parte sea más difícil. Pero no quiero estar contigo sin entregarme por completo. Y tampoco quiero que me guardes rencor más adelante.

—Nunca podría guardarte rencor —susurro.

Otra vez me recuerda a lo que pasó con Mila, porque en su momento sí que hubo rencor. No por las mismas razones que está planteando Valentina, pero la verdad es que cuando una persona se siente atrapada, el rencor acaba creciendo. Debería reconocerle a Valentina que haya sabido verlo, pero ahora mismo mi orgullo está demasiado herido como para admitirlo.

Valentina no responde a eso.

—Vamos a dormir.

—Vale —digo, caminando hacia el baño—. Mañana vuelo por la mañana. ¿Por qué no te quedas en Chicago con tu familia unos días? Me aseguraré de sacar mis cosas y llevarlas a casa de mi hermana y de Cohen antes de que vuelvas.

—De acuerdo —acepta Valentina.

—De acuerdo —repito, todavía completamente en shock por la conversación que estamos teniendo.

Vine a Chicago para sorprender a mi mujer y pasar una noche con ella. En lugar de eso, estamos tomándonos un tiempo y me arrepiento de haber venido siquiera.

CUANDO ME DESPIERTO por la mañana estoy agotado.

Busco a Valentina por inercia —es un maldito hábito—, pero su lado de la cama está frío. Suspiro al ver la nota adhesiva sobre la mesilla.

Avery, me he ido a Pilates con mi hermana. Nos vemos en Knoxville. Gracias por ser tan comprensivo.

Lena

Vaya. Ni siquiera va a despedirse.

Cabreado y con los nervios a flor de piel, meto mis cosas en la mochila, le escribo a Cohen y me voy al aeropuerto.

Durante todo el vuelo a Knoxville no dejo de darle vueltas a la cabeza.

¿Necesita este tiempo para sí misma… o ya se ha acabado todo y simplemente está intentando dejarme caer con suavidad?

¿Es mejor que haga este viaje de investigación sin distracciones? ¿Sin nada que la retenga?

¿Me ve a mí como algo que la está reteniendo? Joder… ¿lo estoy haciendo?

Odio sentirme tan inseguro en mi propio matrimonio cuando hace apenas una semana sentía que estaba en la cima del mundo. ¿Cómo ha podido cambiar todo tan rápido? ¿Y qué dice eso de los cimientos de nuestro matrimonio, de mi amor por Valentina, que pasar un fin de semana con su familia haya bastado para que cambie de opinión tan deprisa?

Cuando llego a nuestro apartamento, lo recorro rápidamente. Está silencioso y oscuro, y sus cosas parecen sombras de ella.

Es un eco inquietante de los primeros días de nuestro matrimonio, cuando yo no sabía cómo comportarme con ella y ella no sabía cómo dejarme entrar.

Pensaba que ya habíamos superado eso.

Pero está claro que me equivocaba.

24

VALENTINA

PASO DOS NOCHES más en Chicago con mi familia, pero no disfruto del tiempo con ellos como pensaba que lo haría. En lugar de eso, la culpa me persigue sin descanso.

Odio haber herido a Avery. Me mata no saber qué quiero de él ahora mismo. La confusión y la tristeza me atraviesan la mente y convierten mis emociones en un caos. Todo empeora cuando llego a casa y percibo la quietud del apartamento. Se ha ido.

Avery hizo una maleta, se mudó con Raia y Cohen y me dejó completamente sola, justo como le pedí. Incluso ahora está haciendo lo que cree que yo quiero. El hecho de que el apartamento vacío no me haya llenado de alivio, como esperaba, me desconcierta.

Tengo la cabeza hecha un auténtico desastre y ya no sé ni por dónde voy. ¿Qué demonios estoy haciendo?

Esa noche lloro hasta quedarme dormida.

Lloro por Avery. Por nuestro matrimonio. Por mí.

Ya lo echo de menos. Echo de menos el aroma de su colonia y cómo me abrazaba cuando se metía en la cama por la noche. Echo de menos sus profundos ojos grises y el retumbar de su risa. Echo de menos sus preguntas sobre mi investigación y las historias que me contaba sobre la dinámica del equipo mientras cenábamos.

Una parte de mí quiere llamarlo, disculparse y suplicarle que vuelva a casa. Pero después de todo lo que le he hecho pasar, sé que no puedo hacerlo. No cuando tiene que concentrarse en los playoffs. Es el capitán del equipo. Y ahora mismo yo soy una bomba emocional a punto de estallar que está va a embarcarse en su propio viaje.

Además, ¿me creería siquiera? Estoy jugando a acercarme y alejarme… ni yo misma confío en mí.

Mientras preparo el viaje de investigación, sigo perdiéndome en mis pensamientos.

La noche antes de marcharme, me llama Abuela.

—Hola, Abuelita —respondo al primer tono.

Me mira frunciendo el ceño, los ojos brillando.

—Sigues triste, ya veo, mi tesoro.

Suelto una risita que enseguida se convierte en un gemido.

—Abuela, ¿qué estoy haciendo?

—¿A qué te refieres? —pregunta.

—Le dije a Avery que necesito un tiempo.

—¿Un tiempo? —Arruga la nariz.

Suspirando, le explico la conversación que Avery y yo tuvimos en Chicago. Mientras hablo, la boca de Abuela se tensa y una sombra de decepción cruza por sus ojos.

—Crees que me he equivocado —digo.

—Solo tú puedes saberlo —responde con ese tono críptico suyo.

Cierro los ojos y admito:

—Lo echo de menos.

—¿Cuánto? —pregunta, y sus ojos chispean con algo muy parecido a la picardía.

—Abuela —me quejo—. ¿Qué debería hacer?

—El matrimonio requiere trabajo, Valentina. Eso ya lo sabes. Lo que tienes que preguntarte es si estás dispuesta a hacer lo que hace falta.

Se encoge ligeramente de hombros.

—Tengo que irme. He quedado con mis amigas para Zumba. Solo quería desearte buen viaje y que tengas cuidado.

Resoplo.

—Estaré bien. Tú ten cuidado en Zumba. No te rompas la cadera.

—¡Vale! —me reprende—. Ni se te ocurra decir esas cosas.

—Perdón. Te quiero.

—Yo también te quiero. En esto hazle caso al corazón, no a la cabeza —añade antes de colgar.

Dejo caer el teléfono y sigo haciendo la maleta. Cuando he revisado mis suministros tres veces, me ducho y me meto en la cama. Aun así, las palabras de Abuela siguen dando vueltas en mi mente.

Hazle caso al corazón.

¿Estás dispuesta a hacer lo que hace falta?

Avery Callaway puso mi mundo patas arriba y me convirtió en su mujer. Florecí en ese papel, queriendo ser suficiente para él. Con él me sentía completa. Me sentía la mejor versión de mí misma.

En cuanto mi familia cuestionó todo eso, me derrumbé. Pero ¿por qué? ¿Porque no lo aceptaron como yo quería?

Sabrás que has crecido cuando deje de importarte lo que piensen los demás, susurra la voz de Abuela en mi cabeza.

Y entonces lo entiendo.

El problema es que sigo demasiado pendiente de la opinión de mi familia. Sigo desesperada por su aprobación. ¿Adónde me ha llevado eso siempre?

A estar sola. A salir herida. A sentirme apartada.

Cosas que Avery nunca me hizo sentir. Él me inspira, me cuida y me quiere. Nunca habría llegado hasta aquí sin él y sin su amor incondicional. Incluso ahora está durmiendo en casa de su hermana y de su mejor amigo porque intenta hacer lo correcto por mí. Me está dando tiempo y espacio para aclarar mis problemas, incluso después de haberlo herido.

Dios… me he equivocado. Un error horrible.

¿Estoy lista para madurar de una puta vez? ¿Estoy lista para hacer lo que hace falta?

Cierro los ojos.

El momento es terrible. No puedo abordar todo lo que tenemos que hablar cuando me voy de viaje de investigación y Avery está preparándose para su próximo partido.

Me niego a ser aún más distracción de lo que ya he sido.

Pero cuando vuelva del viaje vamos a hablar y voy a demostrarle a Avery cuánto lo quiero. Voy a estar ahí para él, de manera constante, igual que él lo ha estado para mí. Incluso cuando hice que dudara de nuestro matrimonio, yo nunca dudé de su amor por mí.

Aliviada por fin de saber qué hacer, me quedo dormida.

A PRIMERA HORA de la mañana, dos horas antes de irme, él escribe.

AVERY

Hola, ¿todo listo para hoy?

Sonrío al ver que recuerda la fecha, aunque una parte de mí sabía que lo haría. En realidad no hemos roto. Solo estamos haciendo una pausa. Un tiempo para pensar y recomponernos. De algún modo eso se siente peor, porque me voy sin haber arreglado nada entre nosotros.

VALENTINA

Sí, todo listo. Salgo a las 8.

¿Preparado para tu partido de esta noche?

AVERY

Sí. Tengo buenas sensaciones.

VALENTINA

Bien.

AVERY

Ten cuidado ahí fuera.

VALENTINA

Lo tendré.

AVERY

Intenta avisar cuando puedas.

VALENTINA

La comunicación será difícil. Habrá poca cobertura. Pero te avisaré de que estoy bien.

AVERY

Eso es todo lo que pido, Lena.

VALENTINA

¿Cómo estás? Te echo de menos.

AVERY

Yo también te echo de menos. Hablaremos pronto.

VALENTINA

Vale. Nos vemos pronto.

Suspiro y dejo caer el teléfono.

En cuanto vuelva de este viaje, le diré a Avery cómo me siento. Le explicaré que supe, en las primeras veinticuatro horas de nuestra pausa, que estaba equivocada. Que cometí un error. Y que él es para mí. Que nuestro matrimonio, su amor y nuestra felicidad son las cosas más importantes de mi vida.

Que nunca podría sentir rencor. Ni hacia él ni hacia nosotros.

Ojalá pudiera decirle todo eso esta mañana, pero no hay tiempo suficiente. En lugar de eso, me doy una ducha, reviso mi mochila por última vez y le dejo a Avery otra nota adhesiva.

Te quiero. Eres para mí. Para siempre.

Simple. Directo. Sincero.

La dejo sobre la encimera de la cocina, con la esperanza de que vuelva a casa después del partido contra Houston esta noche y la vea mientras yo estoy fuera.

Después me dirijo al campus para reunirme con mi equipo. Juntos viajamos hasta el punto de acceso al parque. Unas horas más tarde entro en las Great Smoky Mountains, sabiendo que la belleza de la naturaleza, mi pasión por la investigación y la camaradería

entre los miembros de mi equipo levantarán mi ánimo y calmarán mi espíritu.

OCURRE EL CUARTO DÍA.

Estoy tomando notas, sacando fotografías y dejando que una secuencia de acontecimientos, de patrones relacionados con los cambios en el hábitat del chipe cerúleo, empiece a tomar forma en mi mente. Pierdo la noción del tiempo, como siempre que estoy concentrada en mi trabajo. Los minutos se convierten en horas. Los pasos, en kilómetros.

Y entonces la tormenta de la que nos habían advertido cae sobre mí.

El cielo se abre de golpe y un diluvio de lluvia se precipita desde las nubes oscuras que se arremolinan sobre mi cabeza. Levanto el rostro hacia el cielo, sorprendida, y en cuestión de segundos estoy empapada.

—¡Mierda! —maldigo, metiendo las notas en una bolsa impermeable.

Me aseguro de que todo mi material quede bien protegido antes de colgarme la mochila al hombro y mirar a mi alrededor para orientarme.

Pero nada me resulta familiar.

La lluvia cae con fuerza. Las ráfagas de viento se levantan de repente, azotándome el pelo contra la cara cuando se escapa de la coleta.

Me subo la capucha y avanzo con cuidado, intentando seguir el sendero.

Pero doy un paso en falso. La suela de la bota resbala sobre una placa de hielo y caigo con fuerza, rodando ladera abajo desde el lugar donde estaba trabajando.

—¡Ah! —grito mientras literalmente doy una voltereta.

Ramas y palos se enganchan en mi pelo y me arañan la cara. La grava y las piedras se clavan en mis palmas, desgarrándolas

mientras intento agarrarme a algo en la ladera para detener la caída.

—¡Ay!

Mi cabeza choca contra una roca y, durante un instante, quedo suspendida en el aire.

El miedo se dispara en mi sangre y mi corazón se acelera mientras intento comprender qué está pasando. Aterrizo hecha un ovillo, el coxis golpeando contra el suelo con fuerza, y un dolor brutal me atraviesa el tobillo.

—Oh, Dios…

Me estremezco, sacudida por la agonía.

La adrenalina corre por mis venas y me encojo sobre mí misma, balanceándome sin sentido mientras la lluvia cae a torrentes.

—Dios mío —susurro.

Me aparto el pelo mojado de los ojos y al retirar la mano veo que las yemas de mis dedos están salpicadas de rojo. Hago una mueca al examinar el corte que tengo en un lado de la cara, que desaparece entre la línea del cabello.

Es superficial. Nada comparado con el fuego que arde en mi tobillo y se extiende hacia la pantorrilla.

Apoyo la cabeza hacia atrás y trato de respirar hondo, casi atragantándome con el agua de lluvia.

Pero no puedo moverme. Apenas soy capaz de respirar.

El peso de la mochila mantiene la parte superior de mi cuerpo ligeramente incorporada mientras intento colocarme en una posición menos dolorosa. Busco dentro del equipo hasta encontrar una manta impermeable y me la echo por encima: sobre el cuerpo, la cara, la mochila. No es completamente impermeable, sobre todo con la lluvia cayendo así, pero al menos me permite respirar y tomarme un minuto.

Tengo que evaluar mis heridas. Tengo que llegar a un lugar más seguro, más seco. Tengo que pedir ayuda.

Mientras repaso mentalmente una lista de pasos, intento seguirla físicamente.

Mis movimientos son lentos, torpes. Me late la cabeza, el tobillo me arde y la vista se me nubla.

Aun así, hago todo lo posible por mantenerme a salvo.

Y rezo para que mi equipo envíe a alguien a buscarme lo antes posible.

25

AVERY

—HAS ENTRENADO DE PUTA MADRE —dice Talon, dándome una palmada en la espalda.

—Tú también, tío —respondo.

—Este año vamos a llegar hasta el final —predice West Crawford —. ¡Sobre todo después de aplastar a Houston!

—¡Shh! No lo gafes, joder —replica Jag al instante.

Gage suelta una carcajada.

—El talento puro no se gafa. ¡Lo tenemos!

—Tú lo que quieres es retirarte por todo lo alto —le lanza Jag, burlón.

Como Gage tiene ya casi treinta y ocho años y su contrato termina al final de esta temporada, todo el equipo se pregunta si —o cuándo— anunciará su retirada.

—No sería una mala forma de terminar —responde Gage, sin mojarse demasiado.

West se ríe.

—¿Vamos a Corks?

—Claro que sí —acepta Talon—. Leni está visitando a su hermana en Londres. Lo último que me apetece es ir a casa y aburrirme. La casa está demasiado silenciosa sin ella. Casi agradezco que el próximo partido sea fuera del estado solo para largarme.

Joder. Conozco demasiado bien esa sensación. Desde que dejé mi apartamento para quedarme en casa de mi hermana y de Cohen hace más de una semana, ese desasosiego ha vuelto. Ese del que antes huía como de la peste.

Ha vuelto con ganas, haciéndome darme cuenta de cuánto echo de menos a mi mujer.

Ahora que Lena se ha ido, he vuelto al apartamento. Encontré la nota adhesiva que me dejó. Debería haberme tranquilizado, pero lo único que hizo fue despertar aún más preguntas. Con ella fuera no hay respuestas, así que la inquietud se me pega a la piel.

Otra vez estoy aparte, incluso cuando estoy en medio de todo.

Solo me sentía realmente conectado cuando Valentina estaba a mi lado. Pienso en ella constantemente, preguntándome cómo le irá con su investigación.

Odio que no haya dado señales de vida. Han pasado cinco putos días desde que se internó en las Great Smoky Mountains y, aparte de un mensaje el primer día diciendo que estaba bien, no ha habido ni una palabra más.

Es como si hubiera desaparecido del mapa y no puedo evitar preocuparme por ella, por nosotros, y por lo que su silencio significa para nuestro matrimonio. Un tentáculo helado se enrosca alrededor de mis extremidades y se aprieta un poco más con cada hora que pasa mientras mi preocupación crece. ¿Por qué no ha llamado? Los nervios se transforman en paranoia y no consigo frenar los pensamientos intrusivos que me atraviesan la cabeza.

—Eh —dice Cohen.

Levanto la mirada y noto la preocupación en sus ojos.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

—Sí. Estoy bien.

—Nadie te echaría en cara que pasaras de las copas —añade.

Le lanzo una mirada. Claro que los chicos me echarían cosas en cara. Como mínimo me vacilarían. Soy el capitán del equipo y acabamos de tener un entrenamiento duro antes de nuestro próximo partido de playoffs. En dos noches cogemos un avión rumbo a Detroit y necesitamos estar al cien por cien.

Cohen suspira.

—¿Qué pasa? Has estado metido en tu cabeza todo el día y, aunque sé mejor que nadie que sabes concentrarte en el fútbol cuando toca, esto es algo más.

Aprieto los labios y me balanceo sobre los talones, con las manos en las caderas. ¿Cuánto le cuento? Es mi mejor amigo y me quedé a dormir en su sofá unos cuantos días la semana pasada; obviamente sabe que lo mío con Valentina está hecho una mierda ahora mismo.

—No sé nada de ella.

Cohen frunce el ceño.

—¿No está en las montañas? Seguro que no hay cobertura.

Niego con la cabeza.

—Han pasado cuatro días desde que me escribió. No sé, tío… algo no me cuadra.

No consigo quitarme la sensación de que algo va mal. Que hay demasiado espacio… demasiado silencio entre Valentina y yo.

—Sé que lo vuestro está complicado —dice Cohen con cautela.

Lo miro a los ojos y sé que sabe más de lo que dice. Es mi mejor amigo, tenemos mucha historia juntos y siempre me cubrirá las espaldas. Pero no voy a confesarle que Valentina y yo nos casamos por las razones equivocadas.

—Eso no significa que la quiera menos.

—Claro que no —coincide—. Pero ¿no crees que quizá estás paranoico? O—

—No lo estoy. —Niego con la cabeza, cortándolo—. Llevo dos días con esta sensación. Puede que estemos tomándonos un descanso y aclarando las cosas, pero nunca dejamos de hablar. Sí, era incómodo de cojones, pero nunca pensé que me dejaría de responder. Ni lo pienso ahora. La he llamado dos veces, Cohen. Le he enviado tres mensajes. Me habría contestado.

—A lo mejor no tiene cobertura.

—¿Todo este tiempo? Está en Tennessee.

—En mitad de la nada —replica.

—No me cuadra, tío. Algo va mal. Lo siento en los huesos. Y oye, supongamos que me equivoco… ¿qué daño hay en que un marido se asegure de que su mujer está bien?

Cohen se queda callado un momento.

—Ninguno. ¿Hay alguien más a quien puedas llamar?

—A la doctora Mendoza —digo, preguntándome cómo demonios consigo su número.

—¡Eh! ¿Nos vemos en Corks? —grita Talon.

—Luego vamos —responde Cohen, haciendo un gesto para que los demás se adelanten.

Me siento en el banco y me inclino hacia delante. Reviso el móvil y me doy cuenta de que no tengo ningún contacto de los compañeros o amigos de Valentina.

Frunzo el ceño, preguntándome quién forma parte realmente de su círculo.

Aparte de la noche en que fui a su presentación y conocí a la doctora Mendoza, no he tenido contacto con ninguno de los miembros del equipo con el que está en este viaje. No hay nadie a quien llamar.

Estoy a punto de llamar al departamento para ver si pueden ponerme en contacto con la doctora Mendoza cuando el móvil vibra en mi mano.

Es un número desconocido. Pero en cuanto lo veo en la pantalla, el estómago se me encoge.

Y sé que tiene que ver con Valentina.

—¿Diga? —contesto rápido.

—¿Hablo con Avery Callaway? —responde una mujer, con la voz tensa.

—Soy Avery —confirmo.

Las cejas de Cohen se fruncen y se sienta a mi lado.

La mujer suspira.

—Avery, siento llamar así. Soy la doctora Mendoza. Nos conocimos…

—Sé quién es. De hecho, iba a intentar localizarla. No he tenido noticias de Valentina. ¿Está todo bien?

Se hace un breve silencio. Corto, pero se siente como una eternidad. En ese instante mi corazón se detiene, el estómago se me hunde y la náusea me revuelve por dentro.

—No. No lo está. Valentina ha desaparecido —explica la doctora Mendoza.

—¿Desaparecido? —repito.

Cohen suelta una maldición a mi lado. Siento su pesada mano en mi hombro.

—¿Qué significa eso? ¿Cuándo fue la última vez que la vieron? ¿Qué están haciendo para encontrarla? —empiezo a disparar preguntas en cuanto me cruzan por la cabeza.

—Han pasado casi veintidós horas desde que se separó del grupo. Estaba realizando investigación en una zona conocida, pero una tormenta fuerte con rachas de viento azotó la región. Creemos que se perdió o que sufrió una caída, pero todavía no la hemos localizado. Hay equipos buscándola: del propio centro universitario y también personal de emergencias. Dado que eres su marido… —la voz de la doctora Mendoza vacila—. Pensé que debías saberlo. Habría llamado antes, pero Valentina no te tenía puesto como contacto de emergencia.

Aprieto el teléfono con más fuerza cuando esa información me golpea en el estómago.

No me había puesto en sus papeles.

Porque cuando los rellenó nuestro matrimonio aún era un acuerdo. O estábamos en medio de un puto descanso. Sea como sea, da igual. Lo que importa es que mi mujer no confió en mí para respaldarla, para dar la cara por ella como prometí que haría. Y eso me desgarra por dentro.

—¿Qué puedo hacer? —susurro.

—Puedes venir a la zona si quieres. Pero lo mejor es dejar la búsqueda y el rescate en manos de los profesionales. Te llamaré en cuanto tenga cualquier información.

—Cualquier cosa. Por favor, llámeme con cualquier novedad —digo con la mandíbula apretada.

—Lo haré. También puedes llamar a este número. Es mi móvil personal —añade la doctora Mendoza.

—Gracias por llamarme, doctora Mendoza.

—Vamos a encontrarla, Avery.

—Lo sé —respondo. Porque ¿qué cojones sería la alternativa?

La llamada se corta y miro a mi mejor amigo.

—Está desaparecida —dice él en voz baja.

Asiento, sintiendo cómo el pánico me recorre el cuerpo. Parpadeo rápido; los ojos me arden como si tuviera arena dentro.

—Tengo que encontrarla.

Me levanto de golpe y meto la mano en mi taquilla para recoger mis cosas.

—Espera —dice Cohen, poniéndose a mi lado—. No tienes suficiente información. Apenas eres un puto campista, Ave. Para ti "aislarte" es quedarte en un Airbnb.

—Mi mujer está desaparecida en las putas montañas, Cohen. ¿Qué harías tú si fuera mi hermana? ¿Te quedarías aquí sentado esperando a que otro cabrón lo resolviera?

Cohen se echa ligeramente hacia atrás ante el veneno en mi voz, pero también ve el pánico en mis ojos. ¿Cómo no iba a verlo? Estoy completamente fuera de control. Estoy muerto de miedo.

—Tengo que hacer todo lo posible por ayudar a Valentina —digo, intentando contener un poco la voz.

—Vale —acepta Cohen—. Entonces voy a llamar a Cooper —dice, refiriéndose a su hermano, un apasionado del ciclismo de montaña —. Montaremos un grupo. Un grupo de gente con experiencia de verdad y con las habilidades necesarias —añade, llevándose el teléfono al oído—. Cooper sabrá a quién avisar para reunir a la gente en un momento.

Lo oigo hablar con Cooper, pero no distingo las palabras. No puedo. Mi mente es un maldito torbellino. Un rugido de pensamientos incoherentes y un miedo asfixiante.

—Voy a avisar a Raia —dice Cohen después—. Ella hablará con tus padres. Vamos a quedar en casa de mi hermano. ¿Quieres avisar al equipo?

Niego con la cabeza. Cohen es mi mejor amigo, mi familia, y confío en él. Pero no voy a meter a nadie más en este asunto.

—Te tengo, tío. Vamos a encontrarla —dice con firmeza—. El vuelo a Detroit… —añade, leyendo mi expresión.

Me importa una mierda el vuelo, el partido en Detroit o los playoffs.

Me importa una mierda el fútbol o cualquier otra cosa que no sea asegurarme de que Valentina está a salvo.

Tres horas más tarde, junto a Cohen, Cooper y algunos amigos suyos, conduzco hasta el punto de encuentro y entro en las Great Smoky Mountains decidido a hacer precisamente eso.

26

VALENTINA

EL CIELO GIRA sobre mí mientras intento mantener los ojos abiertos.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Tengo el cuerpo helado hasta los huesos. Y el dolor.

Dios mío, el dolor es tan insoportable que a ratos ni siquiera lo siento. Es como si estuviera entumecida.

Debe de ser el shock. Eso es. Estoy en shock.

El agotamiento tira de los bordes de mi visión y, por mucho que quiera dejarme caer en el olvido que promete, el miedo me obliga a luchar por mantenerme despierta. Pero debí de dormirme durante la noche. Aquí, acurrucada contra el tronco de un arce azucarero, la oscuridad me rodeaba como un tornillo que se aprieta. Tenía miedo. Estaba exhausta, rendida y congelada.

Aun así, cuando abrí los ojos, me recibió un cielo azul. La tormenta ha pasado. Tengo que moverme. Llamar la atención. Conseguir ayuda. Pero justo cuando creo haber reunido la fuerza suficiente para hacerlo, vuelvo a caer en la inconsciencia.

Entonces lo veo.

Con sus ojos gris pizarra y su pelo corto y castaño. Sus hombros anchos, la mandíbula fuerte y esa sonrisa ladeada imposible de resistir.

En mis sueños, Avery está conmigo. Sus brazos me rodean, sosteniéndome, soportando mi peso, protegiéndome del miedo que me aprieta la garganta, del dolor que arde como un incendio descontrolado en mis venas.

Te quiero, Lena. Es como si pudiera oír su voz.

Dijo que no era un hombre de arcoíris y magia. Pero es mucho más que eso. Es todo lo que siempre soñé y todo lo que tuve demasiado miedo de aceptar. De abrazar. De entregarme por completo.

Y ahora es demasiado tarde. Nunca sabrá lo profundo que es lo que siento por él.

Debería habérselo dicho cuando tuve la oportunidad. En lugar de eso, lo aparté de mí y, al hacerlo, también me fallé a mí misma.

Las lágrimas se acumulan en las comisuras de mis ojos. Es casi demasiado para soportarlo.

¿Y si no vuelvo a verlo? ¿Y si no vuelvo a ver a Mamá, a Papá, a Ale y a Carla?

Tengo que moverme. Tengo que encontrar ayuda.

Pero mi cuerpo me traiciona. No responde a las órdenes de mi mente. Ni siquiera se inmuta ante las preocupaciones que giran en espiral dentro de mi cabeza. Ni ante los rostros que aparecen en mis sueños.

¡Valentina! Vuelvo a oírlo.

Sonriendo para mí misma, consigo arrastrarme un poco lejos del árbol. En medio del sendero despejado, me tumbo boca arriba y miro al cielo. Ahora está anocheciendo: el azul se disuelve en amarillo dorado, naranja quemado y luego azul marino. Es hipnótico. Hermoso.

Aquí, en plena naturaleza, puedo respirar hondo. Supongo que, si este es mi final, podría ser peor.

¡Valentina! ¡Lena, por favor!

Una punzada me atraviesa el pecho mientras me aferro a su voz. Entonces me concentro en el recuerdo de su rostro. Lo mantengo en primer plano de mi mente.

Se cierne sobre mí. Tan real, tan vivo, que podría alargar la mano y tocarlo. Acariciarle la mejilla, presionar mis labios contra los suyos.

Pero mi brazo no se levanta. En cambio, sonrío.

—Avery —susurro.

—Te tengo, cariño. Estoy aquí, Lena.

Su voz está tan cerca.

Estoy alucinando.

—No la mováis. Revisad el cuello. La cabeza.

La voz de un hombre.

Manos. Suaves y clínicas.

Calor. Una manta.

Agua. Un regalo del cielo.

Y después vuelvo a elevarme en el aire.

El ritmo constante de un corazón late contra mi oído.

—Te quiero, Valentina. Voy a llevarte a casa, cariño.

Casa. Suena bien, ¿verdad?

CUANDO ME DESPIERTO HORAS DESPUÉS, olores extraños y luces brillantes me asaltan.

—Shh, estás bien —dice una voz.

Unos ojos amables parpadean mientras algo presiona mis brazos.

—Estás gravemente deshidratada. Tienes una conmoción cerebral. Pero tranquila, estás en buenas manos.

Y otra vez me quedo inconsciente.

—ES UN ESGUINCE FUERTE, pero se recuperará por completo.

La voz de mi hermana.

¡Carla está aquí!

Me relajo y me dejo llevar, sabiendo que de verdad estoy en buenas manos.

—NUNCA VOY A DEJARTE, cariño. Tendrás que pelear conmigo para eso.

La voz de Avery, un susurro junto a mi oído. Me besa la mejilla.

—Te necesito, Lena. Vi tu nota y, joder, preciosa, me rompiste el corazón. Yo también te quiero. No me voy a ir a ninguna parte. Debería haber luchado más por ti. Se acabaron las pausas porque no puedo soportar la distancia ni el silencio contigo. No puedo.

Otro beso.

—Cuando despiertes, Lena, estaré aquí.

CUANDO POR FIN vuelvo en mí, no sé cuántas horas han pasado.

Pero el dolor es soportable, el latido en mi tobillo ha disminuido y el frío que tenía metido en los huesos se ha disipado.

Giro la cabeza y veo a Avery sentado en la silla junto a mi cama.

—Gracias a Dios —dice en cuanto me ve. Tiene los ojos enrojecidos. ¿Ha estado llorando? ¿Por mí?—. Estás despierta.

—Avery —digo, con la garganta áspera.

Se pone en movimiento al instante. Llena un vasito con agua y acerca la pajita a mis labios.

—Sorbitos pequeños, Lena.

Hago lo que dice, dejando que el agua fría resbale por mi lengua y mi garganta. Al instante me siento más despierta. Más alerta.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, intentando reconstruir los últimos días.

—¿Cuánto recuerdas? —pregunta Avery con suavidad, mientras pulsa el botón para llamar a la enfermera.

—Estaba en las montañas, haciendo trabajo de campo —digo frunciendo el ceño—. Y de repente se abrió el cielo. Resbalé en una placa de hielo y rodé cuesta abajo. Me hice daño en el tobillo.

Llevo la mano a la sien y mis dedos rozan un vendaje.

—Me golpeé la cabeza.

Avery asiente.

—Te dejó inconsciente. El tobillo es un esguince muy fuerte. Para serte sincero, casi habría sido mejor una fractura limpia. Pero se curará. Lo que de verdad nos preocupaba era la conmoción, la deshidratación y la hipotermia. —Niega con la cabeza, con gesto dolorido—. No podían encontrarte, Lena. Estabas en las putas montañas, sola, delirando, entrando y saliendo de la inconsciencia durante más de veinticuatro horas.

—¿En serio?

Asiente, con el corazón roto.

—Nunca he estado tan jodidamente asustado en mi vida. Cooper, el hermano de Cohen, reunió a un grupo de amigos suyos que practican ciclismo de montaña. Algunos son exmilitares y tienen mucha experiencia. Nos coordinamos con los equipos de emergencia y con los de la universidad para compartir información. Más gente significaba cubrir más terreno y, joder, fue una suerte increíble que te encontráramos cuando lo hicimos.

—Lo siento. —Busco su mano.

Agarra mis dedos.

—No lo sientas. Solo estoy feliz de que estés a salvo.

Se inclina hacia delante y me besa la frente.

—Te llevo a casa, Lena.

Frunzo el ceño.

—¿Y qué pasa con nosotros?

Avery suelta un bufido.

—¿Eso es de lo que quieres hablar ahora mismo?

Asiento.

—Necesito hacerlo, Avery. Siento haberte apartado. Yo…

—Vi tu nota. La escribiste antes de irte de viaje —dice.

Asiento, recordando el post-it que dejé en la isla de la cocina.

—¿Lo decías en serio? —pregunta Avery.

—Sí.

—Bien. Porque yo también te quiero. Eres lo único para mí. Odié la distancia entre nosotros, Valentina, pero sé que han sido muchas cosas, y entiendo que quieras que tus padres aprueben lo nuestro.

—Ya no importa.

—Sí que importa. Tu familia importa. Creo que, con el tiempo, acabarán aceptándolo, cariño.

—Odio lo fácil que fue empezar a dudar. Me hizo sentir que lo nuestro ya estaba tambaleándose, pero no era así, Avery. Solo que el tiempo no estaba de nuestra parte. No llevábamos suficientes meses ni años juntos para que yo me sintiera segura.

—Lo sé. En cuanto te apartaste de mí, empecé a asustarme pensando que acabarías guardándome rencoer si no tenías la oportunidad de vivir más cosas. Me pregunté si te estaba haciendo sentir como me sentí yo cuando estaba con Mila. Empecé a proyectar toda esa mierda en ti, Lena, y me aterrorizó. No quiero perderte jamás. Podemos afrontar juntos lo de tu familia.

—Es lo que deberíamos haber hecho desde el principio —admito, mirándolo—. Si todavía me quieres, soy tuya.

Avery sonríe. Sostiene mi mano, donde su alianza rodea su dedo.

—Para siempre.

Le devuelvo la sonrisa mientras el alivio me inunda.

—Te quiero siempre —le prometo, tirando suavemente de sus dedos.

Se acerca sin resistirse y besa mis labios.

—Muy bien, ya habrá tiempo para eso más tarde —interrumpe el médico al entrar en la habitación.

Me sonríe.

—Soy el doctor Allen. Nos dio un buen susto, señora Callaway. Pero la hemos tenido en observación toda la noche y todo está en orden. ¿Lista para irse a casa? Algo me dice que su marido va a cuidarla muy bien.

—Estoy lista —digo, mirando a mi marido.

Lo digo en más sentidos de los que el médico puede imaginar. Estoy lista para convertirme de verdad en la señora Callaway.

Avery lo entiende y sus ojos se suavizan.

—Repasemos un par de cosas y podremos darle el alta —añade el doctor Allen.

Mientras le explica a Avery las indicaciones para mi recuperación, estudio a mi marido.

Sus hombros anchos y su mandíbula fuerte. Sus ojos gris pizarra y esa sonrisa ladeada.

Me salvó de más maneras de las que jamás sabrá.

Es mi hogar, mi corazón, mi todo.

27

AVERY

—ESTÁS FLOTANDO DEMASIADO —dice mi hermana, acusadora.

—¿Y tú qué haces aquí? —le respondo.

Mamá resopla.

—Tienes un partido al que llegar. —Mira su reloj—. Avery, vas a perder el avión.

—Déjame comprobar cómo está Lena. —Vuelvo al dormitorio.

—Estoy bien, Avery. Te lo prometo. —Mi mujer me sonríe. Levanta el móvil y veo a su abuela en una videollamada.

—Hola, Abuela. —La saludo con la mano.

—¡Hola! Ve a tu partido. Lo estoy viendo en el ordenador —dice en español, haciéndome un gesto para que me marche.

Valentina sonríe.

—Su vecina le ha comprado una suscripción o algo así para que pueda ver tus partidos.

—Gracias, Abuela. —La saludo otra vez con la mano.

Ella me espanta con la mano para que me vaya, aunque una sonrisa le curva los labios.

—Abuela, luego te llamo —dice Valentina, lanzándole besos antes de colgar.

Luego me sonríe. Su pelo oscuro destaca contra la funda blanca y limpia de la almohada de lino, y me alivia ver que ya tiene más

color en las mejillas ahora que está fuera del hospital y descansando en nuestra cama.

—Tienes que irte. No me puedo creer que hayas perdido el vuelo con el equipo.

—Ni de coña me iba sin saber que estás a salvo —digo, inclinándome para besarle la frente—. Mi madre y Raia están aquí.

—Vamos a ver reality shows y beber vino. ¿A quién le importa el fútbol? —grita mamá desde el salón.

Valentina sonríe.

—Tus padres llegan mañana —le recuerdo.

El señor y la señora García casi pierden la cabeza cuando se enteraron de que Valentina había desaparecido. Como ya habían aterrizado en España, compraron billetes de vuelta a Tennessee y vienen a pasar unos días con ella mientras yo juego los playoffs.

Pero ahora mismo lo último que quiero hacer es subir a un avión rumbo a Detroit.

—Vas a perder el vuelo. Te prometo que estoy bien, Avery. Nosotros estamos bien. Ahora ve a ganar tu partido.

—Ya voy —gruño, besándola antes de irme.

Valentina me dice adiós con la mano cuando salgo del dormitorio.

—¡Vete! —dice Raia, empujándome hacia la puerta.

Cohen voló con el equipo anoche, pero yo me negué a marcharme hasta que Valentina saliera del hospital y estuviera segura en casa, metida en nuestra cama. Por suerte, el doctor Allen le dio el alta esta mañana.

Perderme cosas del fútbol tiene sus consecuencias, pero nada importa tanto como mi mujer y la vida que estamos construyendo. El entrenador Strauss entendió que no cogiera el vuelo con el equipo, pero los dos sabemos que tengo que llegar al estadio antes del inicio del partido.

—Gracias por venir, mamá —le digo, dándole un beso de despedida.

Ella me sonríe.

—Siempre. Ya lo sabes. —Me acaricia la mejilla—. Mucha suerte esta noche.

Abrazo a Raia, lanzo un último adiós y salgo del apartamento.

Después voy al aeropuerto, vuelo a Detroit y me prometo ganar el partido de esta noche.

DETROIT ES UN EQUIPO DURO, pero los Coyotes se crecen de una forma que nunca deja de sorprenderme.

—¿Listo, capitán? —pregunta Baglione.

—Listo —respondo al entrar en el vestuario.

No veo enfado ni frustración en los ojos de mis compañeros. Solo comprensión absoluta. Incluso los entrenadores Strauss y Stevens me lo han puesto fácil, asegurándose de que Valentina estuviera bien antes de exigirme que apareciera en Michigan.

—Vamos a salir ahí fuera. Vamos a jugar duro y vamos a ganar —anuncio.

—¡Claro que sí! —respalda Gage.

El equipo se reúne en círculo. Nuestros hombros se rozan mientras cerramos los ojos y guardamos un momento de silencio. No es exactamente religioso; supongo que más bien espiritual. Es un minuto de oración, o de manifestación, o de visualización. Un momento juntos, imaginando el resultado que todos deseamos: la victoria de esta noche.

Cuando cierro los ojos, el rostro de Valentina aparece al instante en mi mente.

Voy a ganar este partido por ella… y luego voy a volver a casa, envolverla entre mis brazos y no dejarla marchar nunca más.

—¡LO conseguiste! —me saluda en cuanto entro en nuestro apartamento.

—Felicidades, Avery —dice la señora García, abrazándome.

—Señora García, hola —respondo.

Se aparta un poco y me observa durante un largo momento antes de sonreír con sinceridad.

—Por favor, llámame Paloma. —Me besa en ambas mejillas—. Ahora eres un poco español.

Suelto una pequeña risa, algo desconcertado por el recibimiento tan cálido.

El señor García se pone en pie y se acerca para estrecharme la mano. El apretón es firme, pero ni de lejos tan aplastante como la primera vez que nos conocimos.

—Bien jugado. Ha sido un gran partido.

—Gracias —respondo.

—Todos te animamos —dice mi hermana, levantándose del sofá. Me da un beso en la mejilla—. ¡Enhorabuena, hermano! ¡Yo me voy a ver a mi prometido! —dice, moviendo las caderas.

Gimo mientras Valentina se ríe.

—Ven —dice el señor García, haciendo un gesto a su esposa—. Déjemosles un momento.

Valentina alza una ceja.

—Qué considerado por tu parte, papá.

El señor García levanta una mano.

—Sé reconocer cuando me equivoco, Vale. —Me mira—. Eres un buen hombre y tenemos suerte de tenerte en la familia García.

Extiende la mano.

Sonrío y vuelvo a estrechársela.

—Gracias, señor García.

Miro a mi mujer con una sonrisa ladeada.

—Pero Valentina podría haber encontrado algo mejor.

El señor García me observa durante un largo instante antes de negar con la cabeza, como si ya hubiera tomado una decisión.

—No, no lo creo, Avery.

Me da una palmada en el hombro.

—Gracias por salvar la vida de mi hija.

Desde una esquina de la habitación, la boca de Valentina se queda abierta. Incluso Paloma parece sorprendida.

—Ven a España en el descanso entre temporadas. Te llevaré a ver un partido de fútbol de verdad —ofrece él.

Valentina suelta una risa por la nariz.

Yo me río.

—Le tomaré la palabra, señor García.

—Bien. Y llámame Rubén. —Se acerca a Valentina, se inclina para besarle la coronilla y le susurra algo en español.

Los ojos de Paloma se suavizan y sonríe.

—Le ha dicho que está orgulloso de ella.

Las lágrimas se acumulan en los ojos de Valentina, y sé que las palabras de su padre significan el mundo para ella. Que Rubén se las haya regalado gracias a nuestro matrimonio lo significa todo para mí.

Los acompaño hasta la puerta.

—¿Nos vemos mañana?

Paloma asiente.

—Estamos en el hotel de la esquina. ¿Qué tal si llevamos el desayuno?

—Me parece perfecto —respondo.

Cuando los padres de Valentina se marchan, me vuelvo hacia mi mujer.

—¿Cómo te encuentras, Lena?

Levanta los brazos y voy hacia ella sin pensarlo, rodeándola con un abrazo.

—Mejor ahora que estás en casa.

—¿Estás comiendo?

—¿Con tu madre y la mía vigilando? Muy bien.

—¿Estás bebiendo agua?

Señala el vaso grande sobre la mesa de centro.

—Raia me lo ha estado rellenando.

—¿Te duele el tobillo?

—No mucho —promete, levantándome la barbilla para inclinarse y besarme.

Cierro los ojos al devolverle el beso, con ganas de tenerla aquí mismo, en el sofá. Joder, ha pasado demasiado tiempo, y llevo días con los nervios a flor de piel. Necesito esa conexión física con Valentina para convencerme de que está bien y de que lo nuestro es sólido.

—Tenemos que hablar, preciosa —murmuro.

Niega con la cabeza y roza su nariz contra la mía.

—Creo que ya hablamos de todo lo importante.

—En el hospital, justo después de que despertaras —le recuerdo.

Sonríe.

—Recuerdo lo que dijimos. Nos queremos, vamos a superar las cosas juntos y vamos a estar casados para siempre.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —pregunto, buscando la verdad en sus ojos.

La sinceridad brilla en su mirada.

—Más que nada en el mundo.

El alivio me inunda las venas. El miedo de haber estado a punto de perderla —dos veces— se me pegó al cuerpo como una película durante todo el partido en Detroit.

—Bien. —Bajo la boca hasta la suya.

Me besa con pasión, rodeándome el cuello con los brazos y acercándome más a ella.

Mi mano se cierra sobre su costado.

—Lena, tu tobillo.

—¡Es un esguince! —se ríe—. ¿Alguna vez un esguince te ha impedido tener sexo?

Suelto una carcajada y niego con la cabeza.

—No.

—Entonces hazme el amor, Avery. Te necesito —murmura, casi sin aliento.

Y eso es mi jodida perdición. ¿Qué hombre podría decirle que no a su mujer, y menos cuando lo pide así?

Con cuidado de no sacudirle el tobillo lesionado, la levanto del sofá y la llevo hasta nuestro dormitorio.

Luego tumbo a Valentina en la cama, le quito la ropa y me quedo contemplando su belleza.

—¿Piensas unirte a mí en algún momento? —bromea.

Sonriendo, me quito la camiseta, me deshago de los vaqueros y de los boxers. Después me coloco sobre Valentina, bajo la boca hasta la suya y la beso.

La toco, la provoco, la saboreo, disfrutando de cada segundo.

Es sensual, embriagador. Nos tomamos nuestro tiempo; nuestras manos exploran, nuestros labios se deleitan.

Ella envuelve mi polla con la mano y suspira, satisfecha, mientras atrapo uno de sus pezones firmes con la boca y paso la lengua por la punta.

—Dios, cuánto te he echado de menos —suspira.

—Te necesito, Lena —respondo, deslizando la mano para acunar su coño.

—Tómame, Avery —suplica cuando paso los dedos por su humedad.

Dedico unos instantes a jugar con ella, preparándola para mí. Después me coloco en su entrada, me deslizo dentro despacio y llevo a mi mujer de vuelta a casa.

Porque eso es lo que somos.

El hogar del otro.

28

VALENTINA

AUNQUE MIS DÍAS se hacen largos, atrapada en el sofá viendo la televisión y leyendo libros, las noches pasan volando.

Cada noche que Avery no está viajando la paso enredada en él, perdida dentro de nuestra pequeña burbuja.

La doctora Mendoza fue increíblemente comprensiva y me dio tiempo para recuperarme. Aun así, la suerte estuvo de mi lado, porque mis notas del inicio del viaje se recuperaron y podían leerse. Reuní toda la información que pude y la envié al departamento la semana pasada, unos días antes de la fecha límite.

Desde entonces, no he tenido mucho más que hacer aparte de animar a mi marido y a sus compañeros mientras se preparan para la Super Bowl.

Viajé a Tampa para el gran partido con Arlene, Joe y Raia. Joe se aseguró de alquilar un SUV con espacio extra para las piernas para acomodar mis muletas, y Avery consiguió un asiento cómodo para mí en el palco.

—¡Ojalá ganen! —murmura Leni a mi lado mientras nos acomodamos para el partido.

Raia coge mis muletas y las aparta para que nadie tropiece con ellas. Mi tobillo se está curando. Me alivia saber que la conmoción no

fue demasiado grave y que salí de las montañas casi ilesa. Aun así, estoy deseando dejar las muletas y volver a llevar dos zapatos.

—Yo también —digo, acomodándome en el asiento.

—Toma —dice Raia, pasándome una taza de chocolate caliente.

—Gracias, Rai —respondo, fijándome en los jugadores cuando salen corriendo al campo—. ¡Allá vamos!

Raia, Leni, Nova y yo vemos la Super Bowl con las manos entrelazadas y los hombros pegados. Animamos, nos quejamos de las malas decisiones arbitrales y apoyamos a los hombres que amamos.

También nos apoyamos entre nosotras.

Hace unos meses no tenía amigas propias. No había ningún hombre en mi vida. Había distancia entre mi familia y yo. Entonces me arriesgué —di un salto de fe— y me casé con Avery Callaway razones totalmente equivocadas.

Excepto que resultaron ser las razones correctas. Las mejores razones.

Su amor me ayudó a sanar las heridas del pasado. Su paciencia me ayudó a descubrir mi confianza. Y su anillo me dio el matrimonio con el que siempre soñé.

Con mis nuevas amigas y mi nueva familia a mi alrededor, me inclino hacia delante en el asiento y animo a mi marido.

A falta de tres minutos para el final del partido, Avery recibe el balón, retrocede dos pasos y lanza un pase perfecto en espiral hacia Cohen. Lo veo atraparlo y correr hasta la zona de anotación, dando a los Coyotes una ventaja clave. Talon Miller sale al campo y anota el punto extra unos minutos después.

—Ay, gracias a Dios —susurra Leni a mi lado.

—Ya lo tienen —digo.

Y así es. Porque cuando el reloj llega a cero, los Knoxville Coyotes ganan la Super Bowl.

Los aficionados estallan en júbilo. El palco se llena de gritos y aplausos. Mis amigas se ponen en pie y me levantan con ellas. Raia me rodea la cintura con un brazo para que no pierda el equilibrio mientras nos abrazamos y gritamos.

—¡Qué partido! —exclama Arlene.

—Qué vida —responde Joe, sonriéndole y besándole la sien.

Nos guiña un ojo a Raia y a mí, y una vez más me doy cuenta de lo increíblemente afortunada que soy.

No solo me he casado con un hombre maravilloso, sino que también me he casado con una familia increíble que me acepta tal como soy.

Arlene y Joe me ayudan a salir del palco y bajar al campo. Avery nos ve de inmediato y viene directo hacia mí, levantándome en brazos y apretándome con fuerza.

—¡Lo has conseguido! —grito.

—Lo hemos conseguido, cariño. Lo hemos conseguido.

Me besa con fuerza.

A nuestro alrededor reina el caos. Hay vítores y chillidos. Familias abrazándose y llorando de felicidad. Avery me sostiene con un brazo, pegada a su cuerpo, soportando mi peso mientras abraza primero a sus padres y luego a Raia, en cuanto Cohen la deja respirar.

—¡Tus muletas! —grita Raia.

—Luego voy a por ellas —prometo.

Avery sonríe.

—Yo la tengo. No voy a soltar a Lena.

Me aprieta más contra él y me vuelve a besar.

En el campo de Tampa, en medio de uno de los mayores logros de la carrera de Avery, mi marido me besa delante de todo el mundo.

Y juntos celebramos su victoria en la Super Bowl.

RAIA y yo esperamos en el aeropuerto para recibir al equipo en cuanto regresan a Knoxville.

Nos aferramos la una a la otra, todavía eufóricas por la victoria y agotadas después del vuelo de vuelta. Cuando Cohen y Avery nos ven, sonrisas enormes iluminan sus rostros.

—Esta es increible —dice Raia, dando pequeños saltitos sobre las puntas de los pies.

La miro y sonrío. Tiene razón: tener a Avery como marido, haber ganado a Raia como hermana y celebrar una victoria en la Super Bowl es algo verdaderamente increíble. Los cuatro nos reunimos en un pequeño círculo para intercambiar saludos y felicitaciones.

Luego Avery me rodea la cintura con el brazo y me sostiene mientras caminamos hacia el aparcamiento. Cuando salimos del aeropuerto, me levanta en brazos y se dirige a grandes zancadas hacia su SUV, con una mano apoyada en mi culo y la otra sujetando mis muletas, antes de dejarme con cuidado en el asiento del pasajero.

Guarda su bolsa de deporte en el maletero, se sienta al volante y me mira.

—¿Lista?

—¿Adónde vamos? —pregunto mientras mete el coche marcha atrás.

—A casa —dice simplemente, conduciendo en esa dirección.

—¿Ya? ¿No quieres celebrar? ¿Quedar con el equipo?

—Oh, sí que quiero. —Avery me dedica una sonrisa traviesa y aprieta suavemente mi muslo—. Pero primero quiero celebrarlo con mi mujer. No tienes ni idea de lo bien que se siente decir eso, saber que estabas animándome en el partido, saber que puedo volver a casa y estar contigo.

Cuando llegamos, me levanta con facilidad y toma el ascensor hasta la séptima planta. Me deja sentada en el borde del sofá y, en cuestión de segundos, se quita la ropa.

—No llevas ropa interior —me río.

Avery niega con la cabeza mientras baja con cuidado mis vaqueros y mis bragas por las piernas, teniendo cuidado con mi tobillo.

Voy a levantar la camiseta que llevo puesta —una de las suyas, porque he estado vestida con ropa de los Coyotes toda la semana—, pero él niega con la cabeza.

—Déjala, Lena. Me gusta verte con nuestro nombre en la espalda.

Jadeo. Él sonríe.

Luego me ayuda a ponerme de rodillas, me aprieta el culo con las manos y va mordisqueando un camino por la columna de mi cuello. Avery besa cada centímetro de mi piel, excepto mi boca, hasta que estoy jadeando, casi retorciéndome, necesitándolo.

—De rodillas —ordena.

Obedezco al instante.

—Así me gusta, buena chica.

—Dios… —murmuro, tensa y más que preparada para él.

Pero mi marido me da primero su lengua, lamiéndome con movimientos largos y profundos hasta que me deshago por completo. Solo cuando me corro se desliza por fin dentro de mí, me estrecha con fuerza, mi espalda contra su pecho, nuestro apellido atrapado entre los dos, y me lleva de nuevo al límite.

Marca un ritmo implacable hasta que ambos gritamos.

—Bienvenida a casa, Lena —murmura cuando se corre dentro de mí.

Su gran mano se posa sobre mi bajo vientre, sosteniendo el lugar donde espero que algún día crezca nuestro bebé.

—Mi casa eres tú, Avery —respondo.

Él roza su nariz detrás de mi oreja y besa el lado de mi cuello.

—Para siempre, Lena.

—Para siempre.

¡MUCHÍSIMAS GRACIAS por leer *Atados y Atrapados*! Espero de corazón que hayas disfrutado de la historia de Avery y Valentina y de su matrimonio de conveniencia.

Después de investigar y escribir esta novela, mi familia y yo hicimos algo que llevábamos tiempo soñando: nos mudamos a Valencia, en España.

La experiencia ha sido increíblemente gratificante. Me he enamorado de su cultura, de su gente, de sus ciudades y pueblos… de todo lo que tiene España. (¡Y especialmente de las Fallas!).

Así que hice lo que haría cualquier escritora mínimamente sensata: ambienté mi siguiente serie, *Amor en Valencia*, en mi nueva ciudad. Espero de verdad haber sabido retratar Valencia —y a la maravillosa gente de España— como se merece.

El primer libro de *Amor en Valencia* se titula *Jugada Perfecta* y gira en torno al hermano de Valentina, la leyenda del fútbol y el hijo predilecto de Valencia: Alejandro García.

Pero antes… acompáñame en un pequeño viaje a Valencia para seguir los pasos de Gage Gutiérrez, jugador de los Knoxville Coyotes. Las chispas saltan cuando se reencuentra con nuestra agente deportiva favorita: Callie James… en *El Último Tanto*, que se publicará en castellano el 1 de mayo de 2026. ¡Reserva ya tu ejemplar!

En la siguiente página te espera el primer capítulo de *El Último Tanto*.

EL ÚLTIMO TANTO

1. GAGE

CALLIE

En serio, Gutierrez, ¿dónde estás?

Esbozo una sonrisa al ver su nombre iluminando la pantalla del móvil. Me reclino en la tumbona, cierro los ojos y dejo que el sol me caliente la cara. Se está de lujo… el calor, la luz, el murmullo constante de las olas de fondo.

—Esta podría ser tu vida cuando te retires —bromea mi primo Pablo, dejándose caer en la silla de al lado.

Resoplo y niego con la cabeza, sin decir nada. Desde que llegué a Valencia hace dos días para pasar tiempo con mi familia y celebrar el cincuenta aniversario de boda de mis padres, todos —aunque sea con la mejor intención— no han parado de intentar sonsacarme información.

—El caos del mercado de agentes libres ya se está calmando —me recuerda Pablo.

—Ya —murmuro, perfectamente consciente de que mis opciones de renovar como agente libre sin restricciones pintan bastante mal. Una parte de mí se plantea pedirle a Callie que contacte con los Knoxville Coyotes para intentar negociar algo, pero… otra parte empieza a pensar que quizá ha llegado el momento de retirarse.

Al fin y al cabo, tengo treinta y ocho años. Y desde que me rompí el ligamento cruzado hace unas temporadas, he perdido mucho ritmo. La rodilla todavía no se ha recuperado del todo. ¿De verdad quiero seguir machacando el cuerpo con entrenamientos cada vez más duros mientras mi rendimiento en el campo no deja de bajar?

¿Quiero seguir castigando la cabeza con la frustración de no poder rendir físicamente como hace diez años?

Suelto el aire despacio y me planteo pedir una cerveza en el chiringuito de al lado. La verdad es que no tengo ni idea de lo que quiero. Ahora que la temporada ha terminado —y además por todo lo alto, con otra victoria de los Coyotes en la Super Bowl—, las dos opciones me resultan igual de tentadoras.

Una me permite seguir con la vida que conozco. El fútbol, los entrenamientos, el equipo.

La otra me ofrece una libertad que llevo años empezando a desear. Más tiempo con mi familia, ir a los partidos y funciones del cole de mis sobrinos… joder, incluso la oportunidad de salir en serio con alguien.

El móvil vuelve a vibrar con un nuevo mensaje y se me escapa una sonrisa al ver su nombre. Porque, claro, la única mujer con la que de verdad quiero salir es precisamente la que no me va a hacer ni caso.

Callie James ha sido mi agente durante toda mi carrera. Y llevo colado por ella exactamente el mismo tiempo. Sí, he coqueteado, pero nunca se ha tomado mis intentos en serio. Se los quitaba de encima con una risa, tenía a toda mi familia comiendo de su mano gracias a lo buena que es en su trabajo, a lo lista que es y a ese humor suyo tan cabrón… y a mí me dejaba siempre con ganas de más.

CALLIE

Gage, venga ya. ¿Qué está pasando? Este acuerdo de patrocinio no va a estar esperándote para siempre. De hecho, cuanto antes lo firmes, mejor posicionado estarás, hagas lo que hagas después.

Suspiro y dejo el pulgar suspendido sobre el teclado.

—Oye, primo, ¿quieres una cerveza? —pregunta Pablo en español, a toda velocidad.

—Tráeme una —respondo, mientras le doy vueltas a qué contestarle a Callie.

Y entonces decido decir la verdad.

GAGE

Estoy en Valencia.

CALLIE

¿España?

Hago una mueca. No se lo he dicho a nadie. Ni a mis compañeros, ni a mis amigos, ni siquiera a Callie. Tampoco es que le deba explicaciones a nadie. Pero, en el fondo, sé por qué lo he hecho: aún no estoy preparado para decidir. No estoy listo para anunciar mi retirada. Joder, quién sabe, igual aparece una oferta en las próximas semanas.

Así que me subí a un avión y desaparecí. Volví al pueblo de mi madre, a pasar tiempo con mi familia. La única que siempre está ahí para mí, aunque ahora mismo estén igual de metomentodo que toda la gente de la que huyo en Estados Unidos.

GAGE

Es el aniversario de boda de mis padres. Cincuenta años.

Me muerdo el interior de la mejilla mientras escribo el siguiente mensaje. Dios, cómo me gusta picarla. Si supiera lo en serio que va todo lo que digo, aunque lo disfrace de broma…

GAGE

¿Ves lo que podríamos tener, Cal?

Me quedo mirando la pantalla mientras aparecen los puntitos indicando que está escribiendo. Se paran. Vuelven. Y desaparecen. Espero unos segundos hasta que Pablo regresa con una cerveza bien fría.

—Por ti, primo —dice, colocándomela en la mano y chocando el cuello de su botella con la mía.

Al soltar un suspiro, noto cómo la decepción me sube por el pecho al ver que no contesta. Apago el móvil y lo lanzo dentro de la mochila.

—Salud —digo, antes de darle un buen trago a la cerveza.

Después, vuelvo a cerrar los ojos.

A mi lado, Pablo sienta a su mujer, Martina, sobre sus piernas y le planta un beso sonoro en el cuello. La oigo reír, y entreabro un ojo para ver cómo se acomoda contra su pecho. Ambos vigilan a sus hijos, Jorge y Nico, que juegan en la arena con los niños de mis hermanos.

Vuelvo a cerrar los ojos.

Las voces de mi familia —esa mezcla reconfortante de español e inglés— me envuelven.

Está el típico cachondeo que siempre surge cuando nos juntamos todos. Aquí todo el mundo tiene gracia, y los comentarios vuelan rápidos, afilados, divertidísimos. Las carcajadas son constantes. Incluso entre los chillidos de los niños, distingo la risa auténtica de mi madre ante alguna historia que uno de sus hijos está contando otra vez.

Un grupo de adultos —es decir, mis hermanos— juega un partido de vóley nada amistoso contra sus propios hijos. Mis sobrinos tienen entre dos y dieciocho años.

Y mientras los escucho reír, insultarse en broma y hablar sin parar, me dejo caer en una sensación extraña, a medio camino entre la calma y la decepción. Estoy en paz porque los quiero a todos como si fueran mis propios hijos… y, al mismo tiempo, me pesa no haber intentado formar una familia. No de manera seria.

Estaba el fútbol. El equipo. Las expectativas.

Y… estaba una mujer. La mujer.

Callie James, con su pelo largo y oscuro, sus ojos color chocolate que relucen con descaro y esa sonrisa perfecta. Joder, es brillante. Negoció mi contrato con los Coyotes como una auténtica bestia. Es feroz, astuta, ambiciosa hasta decir basta. Pero también es compasiva, divertida y atenta.

Lo tiene todo.

Y después de verla luchar por mí como lo ha hecho —como ninguna otra mujer lo ha hecho jamás—, ninguna otra ha estado a su altura.

Mi cuerpo se relaja mientras la mente me lleva de vuelta a una de las primeras veces que coincidí con Callie.

Estaba en Miami con unos compañeros de la universidad, empapándome de sol y disfrutando del spring break. Ella se alojaba en nuestro hotel, llevaba apenas unos años en su carrera y había conseguido una gran oportunidad: apoyar a uno de los tenistas de su agencia que jugaba el Miami Open.

Me muerdo el interior de la mejilla al recordar aquel día.

El sol me golpea en cuanto salgo del hotel. Miro a mi alrededor: el complejo es enorme, impecable, lleno de gente por todas partes. Mujeres relajadas en tumbonas. Hombres agrupados junto al bar y las cabañas tiki. Parejas magreándose en la piscina, lejos de los niños que chillan chapoteando para llamar la atención de sus padres.

He llegado pronto. Caleb y Sam habían quedado conmigo para tomar una cerveza y comer algo antes de ir a la playa. Pero anoche nos pusimos finos y me imagino que los dos todavía arrastran la resaca. Joder, Sam igual ni siquiera se ha levantado… o sigue con alguna tía en la cama.

Me acerco a la barra y entonces la veo.

Una mujer camina hacia mí.

Lleva un bikini rojo. Tiene unas curvas de escándalo, sus voluptuosos pechos a punto de desbordar las copas triangulares. El pelo oscuro le cae por la espalda, negro como la noche, y le enmarca los hombros en ondas suaves. Sus caderas se balancean al andar.

No puedo dejar de mirarla.

Y joder, tampoco quiero.

Sonrío de oreja a oreja cuando se acerca a la barra. Ella me sostiene la mirada, sin mostrar nada más.

—¿Qué vas a tomar? —le pregunto, con la intención clara de invitarla.

Se muerde la comisura del labio mientras me recorre de arriba abajo.

—¿Eres suficientemente mayor para pedir en un bar?

Me río. Me gusta que sea directa.

—Cumplí veintidós en febrero —le confirmo.

Su expresión se suaviza y me devuelve la sonrisa.

—Entonces, un margarita con hielo. Con sal en el borde.

—Hecho.

Llamo al camarero y pido una cerveza de barril y un margarita.

—¿Estás aquí por el spring break? —pregunto.

Su sonrisa se amplía y niega con la cabeza.

—Soy demasiado mayor para el spring break. Me gradué hace seis años.

Joder. Pensaba que tenía mi edad, como mucho un año más. Aun así, su manera sutil de marcar las distancias no me echa para atrás. Si acaso, despierta más mi curiosidad.

—Entonces… ¿de vacaciones? —insisto.

Me observa unos segundos, como si valorara algo, antes de decidirse.

—En realidad estoy aquí por trabajo.

—¿A qué te dedicas? —pregunto, dando las gracias al camarero cuando deja las bebidas.

La mujer de rojo se apoya en la barra y levanta su margarita.

—Soy agente deportiva.

Choca su vaso contra el mío.

—Gracias por la copa.

Casi me atraganto con la cerveza. Toso, trago como puedo y consigo recomponerme.

La mujer se ríe, divertida. Se gira en dirección a su tumbona y entonces veo al grupo de amigos que la espera. Nos observan con una sonrisa cómplice, claramente entretenidos con la escena.

—Igual algún día me representas —le suelto.

Se vuelve y me mira por encima del hombro. Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo, analizándome con una intensidad que hace que me enderece casi sin darme cuenta. Joder… está increíble.

—¿Fútbol americano o rugby?

—Fútbol americano.

Asiente.

—Entonces espero que volvamos a cruzarnos.

Y sigue andando.

—¡Yo también! —le grito.

Sus amigos se ríen y no es hasta que vuelve a reunirse con ellos cuando caigo en que ni siquiera le he preguntado su nombre.

—Bien jugado, colega —comenta el tío que tengo al lado en la barra.

No sé si lo dice en serio o con sorna. Me encojo de hombros y me alejo para tumbarme al sol mientras espero a mis compañeros.

Pero a la noche siguiente, antes de cenar, la vuelvo a ver.

Está sola en el vestíbulo del hotel y yo voy de camino al bar donde he quedado con Caleb y Sam. En cuanto me ve, una chispa de reconocimiento prende en sus ojos oscuros y sonríe.

—Gage Gutierrez. El mítico tight end de Notre Dame.

—Me has buscado —respondo con una media sonrisa, sintiendo cómo el orgullo me recorre por dentro.

Asiente.

—He preguntado por ti.

—¿Por qué?

—Porque me llamaste la atención.

Lo dice en serio, pero su expresión sigue siendo juguetona. Relajada.

Alzo una ceja.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Lo sé. Por eso —replica, tendiéndome la mano—. Callie James. Trabajo para Regal Sports Agency.

Aspiro aire con fuerza. Regal Sports juega en otra liga.

—Has oído hablar de nosotros —señala.

—¿Quién no?

Callie se ríe, ligera, musical.

—¿Quieres hacerte profesional, Gage?

Trago saliva.

—Más que nada en el mundo.

Su risa se apaga y me mira con una seriedad que me desarma. Como si atravesara toda la fachada, todo el postureo, y llegara directo a lo que soy de verdad. Como si escuchara la sinceridad en mi voz y quisiera ayudarme a alcanzar ese sueño.

—Entonces me pondré en contacto contigo. Me gustaría que trabajáramos juntos.

Hace un gesto con la barbilla hacia dos mujeres que se acercan.

—Hablamos pronto, Gage.

—Estaré esperando, Callie —respondo.

Y lo digo en serio. Mucho más de lo que mis palabras dejan entrever.

La observo alejarse y, lo juro, me enamoro de ella en ese mismo instante. Aunque ella no tenga ni idea. Aunque nadie la tenga.

Callie me escribe la semana siguiente y, tres semanas después, firmo con ella y con Regal Sports. Ese acuerdo acaba de un plumazo con cualquier posibilidad de que entre nosotros haya algo más que una relación profesional.

Porque Callie no mezcla trabajo con placer.

Nunca lo ha dicho explícitamente, pero jamás la he visto —ni he oído— salir con ninguno de sus clientes. Llevo dieciséis años siendo uno de ellos. Para ella, lo primero es el trabajo y, aunque admiro eso a rabiar —y la admiro a ella—, ojalá me diera una oportunidad.

Un cubo de agua helada me golpea en el estómago y me arranca de golpe de mis recuerdos. Me incorporo de un salto. Abro los ojos y veo a cinco de mis sobrinos corriendo hacia el mar, dejando caer cubos de agua sobre la arena a su paso.

—¡Seréis cabrones! —les grito, poniéndome en marcha.

La rodilla se me queja con el movimiento brusco, pero la ignoro mientras corro tras ellos hacia el agua.

Se parten de risa, mirando por encima del hombro con los ojos brillantes. Cojo a mi sobrina pequeña, Ariella, y la lanzo hacia una ola que rompe.

—¡Yo ahora! —grita Matteo, levantando los brazos para que lo coja.

Lo alzo y lo lanzo después. Y entonces todos los niños se pelean por mi atención.

Paso la siguiente hora en el mar con mi familia, jugando con los pequeños, dando consejos a los mayores y esquivando las miradas inquisitivas de mis hermanos.

¿Te vas a retirar?

¿Vas a quedarte más por aquí?

¿Vas a sentar la cabeza como nosotros y tener… todo esto?

Un vacío agobiante empieza a roerme por dentro, justo en el pecho, pero me lo quito de encima con un gesto. Me obligo a centrarme en el momento. Sonrío a mi madre y saludo con la mano a mi padre, que nos observa a todos desde sus tumbonas, colocadas justo al borde del agua.

La tarde pasa volando, como siempre que estoy con los míos, y no miro el móvil ni una sola vez. De hecho, ni siquiera lo enciendo en los dos días siguientes. Ahora mismo, estar desconectado del mundo me sienta bien. Lo necesito.

—Jake, el vino tinto, no el blanco —dice Svetlana, señalando a su hijo.

—El de la Rioja —añade mi hermano Joe, el marido de Svetlana.

—El favorito de la abuela —remata ella.

—Una botella famosísima y nadie se acuerda de cómo se llama —refunfuña Jake mientras vuelve a la bodega en busca de la correcta.

—¿Cuándo le dio por ponerse así? —pregunta mi tía María.

Svetlana se ríe.

—El día que cumplió trece.

Mi padre suelta una carcajada.

—De eso hace ya cinco años.

—Y seguimos sufriéndolo —añade Svetlana con una sonrisa de lo más tranquila.

—Aquí el vino corre como el agua —comenta mi sobrina Carla, de dieciséis años, con una mirada cargada de reproche.

—Cariño, tenemos que emborrachar al tío Gage para que nos diga si va a anunciar su retirada o no.

Gimo, cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia atrás.

Carla se ríe y me agarra de los hombros. Me planta un beso rápido en la mejilla.

—No te preocupes, tío. Seguirás siendo mi favorito juegues o no al fútbol.

—¡Eh! —protesta Joe—. ¿Y yo qué?

—En tu casa hay demasiado ruido —replica Carla sin dudar—. Además, los amigos de Jake se comen todos los snacks buenos.

—Eso es verdad —confirma Svetlana.

Suena el timbre y aparto la silla para levantarme.

—Salvados por la campana —murmura mamá.

Le guiño un ojo mientras voy hacia la puerta.

Al abrir, doy un pequeño traspié hacia atrás. Parpadeo. La sorpresa me estalla en el pecho.

—Callie.

Mi agente está en el umbral. El pelo negro le cae en ondas por la espalda y los hombros. Normalmente lo lleva recogido en un moño pulido, pero joder… me encanta verla así, suelta. Me recuerda a aquel primer día, junto a la piscina del hotel. Natural, salvaje, con esas ondas que invitan a perderse en ellas.

Arquea una ceja y sus ojos brillan.

Contengo la sonrisa, leyendo perfectamente la frustración en su mirada.

—¿Has apagado el teléfono, Gutierrez?

Resoplo, cruzo los brazos sobre el pecho y apoyo el hombro en el marco de la puerta.

—¿Has venido hasta aquí solo para decírmelo, Cal?

Sus ojos se entrecierran, pero enseguida su atención se desplaza por encima de mi hombro y una sonrisa cálida se dibuja en sus labios.

—¡Callie, cariño! —exclama mi madre con una alegría desbordante—. Gage no me dijo que venías. ¡Pasa, pasa!

Por dentro, gimo. Conozco a mi familia: van a acaparar toda la atención de Callie y a devorarla antes de que yo tenga oportunidad de preguntarle por qué ha venido.

¿Será por el acuerdo de patrocinio?

Claro que es por el acuerdo de patrocinio.

—Hola, señora Gutierrez. Feliz aniversario —dice Callie.

Mi madre la envuelve en un abrazo y la arrastra hacia dentro, cruzando el umbral de la enorme casa que mis padres construyeron hace años, cuando la familia empezó a crecer. Por suerte, yo tengo un apartamento cerca.

Por mucho que adore estar con ellos… Carla tenía razón. Aquí siempre hay demasiado ruido y los snacks buenos nunca llegan a la noche.

—Gracias, cielo —responde mamá con sinceridad, enlazando su brazo con el de Callie mientras la guía hacia la cocina—. Ven, debes de tener sed. Acabamos de abrir varias botellas de vino.

—Oh, yo… —La voz de Callie se pierde en cuanto entra en la cocina y estalla un coro de saludos.

Niego con la cabeza y cierro la puerta.

—Espabila —dice Jake, observándome desde la escalera.

—¿Qué? —suelto, riéndome.

—Está clarísimo que te gusta —apunta Carla.

Alzo las cejas, sintiendo otra oleada de sorpresa.

—Yo…

—Venga, tío. Se te nota —insiste Carla.

Jake asiente, dándole la razón.

—Y ahora está aquí, muévete y haz algo, tío.

—Es ahora o nunca —añade Carla.

Entrecierro los ojos y miro a esos dos pequeños demonios.

Pero esta vez… creo que tienen razón.

Continúa leyendo *El Último Tanto,* que se publicará en castellano el 1 de mayo de 2026*.*

¿TE GUSTARÍA QUE SIGAMOS EN CONTACTO?

Si quieres estar al tanto de mis nuevos libros, adelantos exclusivos, capítulos extra, promociones especiales y contenido solo para lectores, te invito a suscribirte a mi newsletter mensual en español.

También me gusta compartir un poco de mi día a día como autora y mis aventuras viviendo en Valencia. Así que, si te apetece, ¡estaré encantada de que me acompañes en este viaje!

Suscríbete aquí.

Gracias de corazón por leer mis historias y por todo tu apoyo.

Con cariño,

Gina

TAMBIÉN DE GINA AZZI

Amor en Valencia:
Jugada Perfecta
Sin Defensa
Fuera de Juego
(Se lanzará en junio de 2026)

Knoxville Coyotes Football (Castellano):
Fingir y fallar
Sorprendido y sometido
Tentada y Tacleada
Atados y Atrapados

Knoxville Coyotes Football (English):
Faked and Fumbled
Surprised and Sacked
Trapped and Tackled
Bound and Blitzed

Tennessee Thunderbolts:
Hot Shot's Mistake
Brawler's Weakness
Rookie's Regret
Playboy's Reward

Hero's Risk
Bad Boy's Downfall
Lock 'em Down

Boston Hawks Hockey:
The Sweet Talker
The Risk Taker
The Faker
The Rule Maker
The Defender
The Heart Chaser
The Trailblazer
The Hustler
The Score Keeper

Dating the Drummer Trilogy:
Bitter Beats
Tainted Tempos
Resilient Rhythms

The Burnt Clovers Trilogy:
Rebellious Rockstar
Resentful Rockstar
Restless Rockstar

Second Chance Chicago Series:
Broken Lies
Twisted Truths
Saving My Soul
Healing My Heart

The Kane Brothers Series:
Rescuing Broken (Jax's Story)
Recovering Beauty (Carter's Story)
Reclaiming Brave (Denver's Story)
My Christmas Wish
(A Kane Family Christmas

+ *One Last Chance* FREE prequel)

Finding Love in Scotland Series:
My Christmas Wish
(A Kane Family Christmas
+ *One Last Chance* FREE prequel)
One Last Chance (Daisy and Finn)
This Time Around (Aaron and Everly)
One Great Love

The College Pact Series:
The Last First Game (Lila's Story)
Kiss Me Goodnight in Rome (Mia's Story)
All the While (Maura's Story)
Me + You (Emma's Story)

Standalone
Corner of Ocean and Bay

SOBRE LA AUTORA

Gina Azzi escribe Romance Contemporáneo y Romance Deportivo con personajes auténticos y cercanos que viven el amor, la amistad, los retos y la vida real. Sumérgete en sus series deportivas: **Amor en Valencia, Knoxville Coyotes Football**, **Boston Hawks Hockey** y **Tennessee Thunderbolts**, o piérdete en sus romances de rockstar en la trilogía **The Burnt Clovers**.

Jersey girl de corazón, Gina pasó sus veintes viajando por el mundo, viviendo y trabajando en el extranjero, antes de establecerse en Valencia (España) con su marido y sus tres hijos. Es una lectora voraz, soñadora empedernida y entusiasta del café, que disfruta conociendo gente nueva.

Conecta con ella en redes sociales **@gina_azzi** o en **shop.ginaazzi.com**.